HARLEQUIN



Deseo

Cuestión de interés

Brenda Jackson

Acceder a su petición era el camino más directo hacia el desengaño…Hacerse pasar por la prometida de Jared Westmoreland no era precisamente la principal prioridad de Dana Rollins, pero le debía un favor y Jared tenía un encanto de lo más persuasivo… por no hablar de sus apasionados besos. Así que no tardó en acceder y en preguntarse cómo iba a sobrevivir a aquella farsa sin acabar con el corazón roto.Jared era un soltero empedernido que no deseaba ni acercarse siquiera a ningún tipo de compromiso. Pero cuanto más conocía a su falsa prometida, más se preguntaba si aquella farsa no sería lo que quería realmente.

Prólogo

Jared Westmoreland levantó la vista del documento legal que había estado leyendo al oír una conmoción al otro lado de la puerta de su despacho.

Oyó decir a su secretaria:

-Espere un momento, señorita. No puede entrar en la oficina del señor Westmoreland sin que yo la anuncie.

Y entonces la puerta se abrió y apareció una mujer muy atractiva, pero muy enfadada.

Los latidos del corazón de Jared se aceleraron. Reprimió el deseo que se apoderó de él al mirarla, mientras rodeaba su escritorio. Era una mujer realmente deslumbrante. Ni su enfado mermaba su belleza. Jared le echó una mirada y descubrió una masa de cabello castaño oscuro lleno de rizos enmarcando su rostro y una piel de color caoba, suave y perfecta. También tenía unos hermosos ojos marrones con unas cejas perfectamente arqueadas, unos labios deliciosos y unas mejillas redondeadas con unos hoyuelos que ni su enfado podía ocultar. Un cuerpo lustroso y lleno de curvas enfundado en unos pantalones y una camisa completaba su belleza.

-Señor Westmoreland, he intentado detenerla, pero...

-Está bien, Jeannie -dijo Jared a su secretaria, que había entrado corriendo detrás de la mujer.

-¿Quiere que llame a los de seguridad?

-No, no creo que sea necesario. Jeannie Tillman, que llevaba cinco años trabajando con él, no pareció convencida.

-¿Está seguro?

Jared miró a la mujer que tenía delante. Estaba con los brazos en jarras, observándolo.

-Sí, estoy seguro.

Jeannie asintió, dudosa, y se dio la vuelta para marcharse. Luego cerró la puerta.

Jared concentró toda su atención en la bella desconocida. Estaba seguro de que no era una clienta, puesto que él no se olvidaba de una cara bonita. De hecho, estaba seguro de que no la había visto nunca.

Dana Rollins se encontró con los ojos de Jared e intentó disimular su intensa reacción ante él. Había oído hablar de Jared Westmoreland, el rico abogado de Atlanta. Pero ahora lo estaba viendo en persona, y parecía que todo lo que decían de él era cierto.

Definitivamente, era un hombre de ensueño hecho realidad: Alto,

elegante de los pies a la cabeza, tenía un cuerpo fuerte y sólido como una roca. Su piel era de color café, tenía los ojos marrones oscuros, una mandíbula compacta, nariz recta y cabello negro. Sus facciones eran agradables, y su rostro, en conjunto, sensual.

Pero no era momento para fijarse en lo sexy que era aquel abogado. Había ido por un tema profesional y nada más.

-Supongo que habrá tenido una razón para irrumpir de este modo en mi despacho, señorita...

-Rollins -dijo ella-. Y sí, tengo una razón. ¡Ésta! -exclamó, sacando un sobre de su bolso. Luego extendió la mano para dárselo-. He recibido esta carta certificada hace menos de una hora, en la que usted me pide que devuelva el anillo de compromiso a Luther Cord. He intentado llamarlo, pero me han dicho que estaba fuera, así que he venido aquí inmediatamente para que me den una explicación.

Jared agarró la carta y la miró. Se dio cuenta enseguida de qué se trataba.

Levantó la mirada y dijo:

-Veo que tiene problemas para devolver el anillo, señorita Rollins, ¿verdad?

-Por supuesto. Luther decidió que no estaba dispuesto a dejar su estado civil de soltero y canceló nuestra boda una semana antes de la fecha en que se iba a celebrar. Además de la incómoda situación en la que me ha puesto, y de la humillación que supone, por ejemplo, tener que explicárselo a mis amigos y devolver los regalos que nos habían hecho, me dejó con todos los gastos de la boda. ¡Y por si fuera poco, recibo esa carta de su abogado!

Jared respiró profundamente. Evidentemente, la mujer todavía no se había dado cuenta de que Luther Cord le había hecho un favor.

-Señorita Rollins, le aconsejo que consulte con su abogado para verificar lo que le digo, pero mi cliente tiene todo el derecho a pedirle que le devuelva el anillo de compromiso. Un anillo de compromiso es un regalo con una condición. La condición es que el compromiso conduzca al matrimonio. No basta con el deseo de casarse. Por lo tanto, si el compromiso se rompe, por la razón que sea, se supone que el anillo debe devolverse, del mismo modo que se devuelven los regalos de boda -dijo Jared.

La observó cruzarse de brazos y ahondar el gesto de enfado.

-Me niego a devolverlo, por una cuestión de principios.

Jared agitó la cabeza, pensando que los principios no tenían nada que ver con aquello.

-Lamentablemente, señorita Rollins, se enfrenta a una batalla perdida, que le saldrá por mucho dinero si se mete en ella. ¿Quiere

agregar unas cuantas minutas de abogados a los gastos que ya tiene?

Sabía que la mención del aumento de gastos la haría recapacitar. Y como sabía que estaría reflexionando, se arriesgó a presionar más.

-Sé que está pasando por una situación penosa, pero mi consejo es que intente olvidar este episodio y que siga adelante. Usted es una mujer hermosa, y estoy seguro de que encontrará algún hombre digno de usted en algún sitio. Evidentemente, Luther Cord no es ese hombre. Quizás sea una suerte para usted haberlo descubierto ahora.

Jared sabía que sus palabras no eran lo que ella quería oír, pero quería ser todo lo sincero que su posición le permitiera ser. Puesto que Luther Cord era su cliente, no podía decir más. De hecho, ya había dicho más de lo que debería haber dicho. Pero por alguna razón quería ayudarla a que dejara de sufrir por su antiguo novio lo antes posible.

Pasaron unos momentos, y Dana no dijo nada, pero parecía estar pensando lo él acababa de decirle.

De pronto la vio sacar de su bolso una caja pequeña de color marfil y dársela.

Ella lo miró y le dijo:

-Le agradezco el consejo. Aunque sea algo amargo que tengo que tragarme, devolveré el anillo.

Jared abrió la caja y vio el deslumbrante solitario de diamantes.

-Está haciendo lo que debe hacer, señorita Rollins.

Ella asintió y extendió la mano para dársela.

-Lo que menos necesito es endeudarme más. Luther no se lo merece.

Él le dio la mano, y le gustó lo bien que encajaba en la suya.

-Espero que le vaya bien -dijo Jared sinceramente.

Dana sonrió, agradecida. Aunque no le había gustado escuchar sus palabras, no podía evitar estar agradecida por su sinceridad. Para ella, la compasión y la amabilidad eran dos sentimientos que no solían tener los abogados.

-Así será. Sé que he interrumpido su trabajo, irrumpiendo de este modo en su despacho, y le pido disculpas...

-No me ha interrumpido -dijo Jared suavemente-. Y en cuanto a mi consejo, considérelo un favor.

Dana sonrió.

-Gracias. Quizás algún día pueda devolverle el favor.

Al verla darse la vuelta para abandonar su despacho, Jared pensó lo sensual y femenina que era aquella mujer.

Capítulo Uno

Un mes más tarde...

Jared tenía una mañana horrorosa.

Había empezado con una llamada de su madre la noche antes, dejando un mensaje en su contestador, para recordarle que el cumpleaños de su padre y de su tío caía el domingo de Pascua, y le pedía que diera ejemplo a sus cinco hermanos llevando a una chica a la fiesta que su tía Evelyn y ella habían organizado para sus respectivos maridos mellizos.

La reciente boda de su primo Storm había hecho que su madre, Sarah, hiciera balance de la vida de sus seis hijos y hubiera descubierto que ninguno de ellos había mostrado un interés serio por ninguna mujer. Y, por supuesto, ella pensaba que él tenía que ser el primero, y tenía toda la intención de encaminarlo en la buena dirección. No importaba que él y sus hermanos estuvieran contentos con su soltería. Ella sentía que la verdadera felicidad de sus hijos estaba junto a una mujer. Al único que dejaba tranquilo, de momento, era a su hermano Spencer, cuya novia, Lynette, había muerto ahogada en un accidente hacía tres años.

Jared se levantó del sillón y se acercó a la ventana. Encima de la llamada de su madre, había llegado a la oficina una hora más tarde que de costumbre por culpa del tráfico. Y por si eso fuera poco, acababa de recibir una llamada del actor Sylvester Brewster, para decirle que quería divorciarse de su tercera esposa. Sylvester era bueno en su profesión, pero siempre se metía en relaciones que no duraban.

Cuando Jared oyó el zumbido del intercomunicador de su escritorio, se dio la vuelta y suspiró, preguntándose si la mañana podía empeorar aún más.

Atravesó el despacho y levantó el auricular.

-¿Sí, Jeannie?

-Señor Westmoreland, lo llama su madre. Jared agitó la cabeza. Sí, la mañana podía empeorar todavía más, pensó.

-Pásemela... -contestó-. Hola, mamá...

-¿Has oído mi mensaje, Jared? Jared puso los ojos en blanco y dijo:

-Sí, lo he oído.

-Bien. Entonces pondré un plato más para la cena el próximo domingo.

Jared quería decirle de un modo amable y respetuoso que si ponía un plato más, se quedaría vacío. Pero antes de que fuera capaz de

decírselo, su madre agregó:

-Recuerda que eres el mayor, y que quiero que des ejemplo. No eres tan joven...

Lo dijo como si él tuviera setenta y siete años, y no treinta y siete. Además, su madre sabía lo que él pensaba de la institución del matrimonio. ¡El era un abogado especializado en divorcios, por Dios! ¡Se ocupaba de que un matrimonio se acabara, no de unirlo! Y sabía que el matrimonio no era lo que se esperaba que fuera. La gente se casaba, y luego muchos de ellos se divorciaban. Era un círculo vicioso; un ciclo que le ayudaba a ganar dinero, pero que odiaba al mismo tiempo. Aunque había matrimonios que duraban mucho tiempo en la familia de los Westmoreland, los consideraba una excepción y no la regla. Seguramente él tendría la mala suerte de ser el primer fracaso matrimonial de la familia, y no quería transformarse en una estadística.

-Jared, ¿me estás escuchando? Jared suspiró. Cuando su madre usaba ese tono, no le quedaba más opción que escuchar.

-Sí, pero, ¿no se te ha ocurrido pensar que a Durango, a lan, a Spencer, a Quade, a Reggie y a mí nos gusta estar solteros? -preguntó respetuosamente.

-¿Ya vosotros no se os ha ocurrido que tu padre y yo nos estamos haciendo viejos, y que nos gustaría tener nietos cuando aún podamos disfrutar de ellos?

Jared agitó la cabeza. Era demasiado. Primero los quería empujar al matrimonio, y ahora le lanzaba indirectas con los nietos, pensó Jared.

Pero lo que menos quería era discutir con la cabezona Sarah Westmoreland. Prefería enfrentarse a un terrible juez en un juzgado que oponerse a su madre. Era una batalla que necesitaba de una energía de la que no disponía en aquel momento.

-Veré qué puedo hacer -dijo Jared finalmente.

-Gracias, hijo. Es todo lo que te pido.

-De verdad, Dana. Me gustaría que vinieses con nosotros.

Dana Rollins miró a Cybil Franklin, que estaba de pie en medio de su despacho, frunciendo el ceño con determinación.

Cybil era la mejor amiga de Dana del instituto, y la razón por la que Dana se había trasladado de Tennesee a Atlanta hacía tres años, para trabajar en Industrias Kessler como arquitecta de jardines.

-Gracias, Cybil, pero estoy segura de que has oído el dicho de que «tres son multitud». No creo que sea buena idea ir contigo y con Ben a North Carolina este fin de semana. Cybil puso los ojos en blanco.

-Es sólo un viaje de acampada a las montañas. Me siento fatal al pensar que pasarás la Semana Santa sola.

Dana se echó hacia atrás en el sillón que tenía ante el escritorio y

dijo:

-¡Eh! ¡Soy una mujer de veintisiete años! ¡Puedo cuidarme sola! Estaré bien. No tengo problema en pasar la Semana Santa sola. «Será como cualquier otro año desde que murieron mamá y papá», pensó.

Nunca más habían vuelto a ser lo mismo las vacaciones desde que habían muerto sus padres en un accidente de coche, hacía cinco años. Era hija única; y no tenía más familia, así que su muerte la había dejado realmente sola. Cuando había conocido a Luther había creído que aquello se había terminado. Habían empezado a salir a principios de la primavera y después de seis meses, le había pedido que se casara con él.

-En momentos como éste, me gustaría encontrar a Luther Cord y matarlo -dijo Cybil, enfadada-. Cuando pienso en lo que te ha hecho, me pongo furiosa...

Dana sonrió suavemente, ya no era capaz de sentir ira cuando hablaba de Luther. Le había hecho una visita inesperada la semana anterior para decirle que se mudaba a California. Le había dicho que su decisión de no casarse no tenía nada que ver con ella. Que finalmente había aceptado sus preferencias sexuales, y que a su manera, la quería, pero no del modo en que un marido se supone que debe querer a su esposa. Al principio había sido un shock, pero luego se había dado cuenta de que habían estado presentes en él todas las pistas. Sólo que ella no había querido verlas. Dana no se lo había contado a nadie, ni siquiera a Cybil. Dana volvió a concentrar su atención en Cybil.

-Te he dicho que voy a estar bien. No serán ni las primeras ni las últimas vacaciones que pase sola.

-Lo sé, pero quisiera...

-Cybil, déjalo ya. Tienes que marcharte, si quieres llegar a tiempo a almorzar con Ben -dijo Dana, intentando llevar a su amiga hacia la puerta.

-De acuerdo, pero llámame pronto.

En cuanto Cybil se marchó, Dana dejó escapar un gran suspiro.

Desde que había roto con Luther, Dana dedicaba todo su tiempo y energía a su trabajo. El trabajo no podía sustituir el tener una familia y una vida personal, pero la entretenía y la ayudaba a no pensar en la soledad.

Miró el calendario que tenía en el escritorio. Era increíble que la semana siguiente fuera Pascua. A sus padres siempre les había gustado hacer algo especial en vacaciones. Y ella había vuelto a casa en vacaciones aun en época de universidad, para pasar la Semana Santa con ellos. Recordaba su última Pascua juntos. Habían ido al servicio religioso y luego habían compartido una deliciosa cena preparada por

su madre, sin saber que serían las últimas fiestas que compartirían una comida.

Suspiró. No quería dejar los recuerdos, pero sabía que tenía que hacerlo. Tenía que pasar otras fiestas sin sus padres. No tenía alternativa.

— ¿Qué le sirvo, señor?

Jared estudió la enorme carta que había en la pared, detrás de la barra, y decidió.

-Mmm... Tráigame un bocadillo de jamón y queso de pan integral, unas patatas fritas y un vaso de té helado.

-De acuerdo. En unos minutos se lo traigo.

Jared asintió y luego miró alrededor. Generalmente almorzaba con clientes en restaurantes finos, y otras veces pedía que le llevaran la comida a la oficina y comía allí. Pero había decidido aprovechar el bonito día caminando desde su oficina hasta el bar donde encargaba la comida.

El lugar estaba lleno, y deseó encontrar un sitio para sentarse para cuando estuviera lista la comida. Hasta estaba dispuesto a compartir la mesa con alguien si a la persona no le importaba.

Miró alrededor para ver si veía a alguien comiendo solo. Bruscamente, su vista se detuvo en una mujer que le resultó familiar. Estaba leyendo un libro mientras masticaba una patata frita. Un recuerdo asaltó repentinamente su cerebro y sus sentidos, y le hizo sentir un calor en todo el cuerpo.

Dana Rollins.

Hacía un mes que había irrumpido en su despacho, pero él recordaba el impacto que había causado en su masculinidad aquel día. Había sentido el latido de la sangre en sus venas, lo que le había recordado que había estado tan ocupado con el trabajo, que hacía ocho meses que no estaba con una mujer.

Estaba acostumbrado a las mujeres guapas y hermosas, pero Dana Rollins tenía algo especial. Hacía mucho que no se sentía tan atraído por una mujer.

-Señor, su pedido está listo. Jared se dio la vuelta y agarró la bandeja que le dio el hombre desde detrás del mostrador.

-Gracias -dijo. Luego miró a Dana Rollins y después de tomar una rápida decisión, se encaminó hacia donde se encontraba ella.

Dana estaba tan absorta en el libro que no se dio cuenta de que Jared se hallaba de pie a su lado. Estaba inclinada hacia delante, con el libro frente a ella, así que el escote de su blusa estaba lo suficientemente abierto como para que pudiera echarle un vistazo. Le gustó lo que vio: unos pechos grandes y firmes.

Como sabía que no podía quedarse allí observándola, carraspeó y dijo:

-¿Señorita Rollins?

Enseguida Dana alzó la vista y lo reconoció. La vio sonreír.

-Señor Westmoreland. Me alegro de volver a verlo.

Aquella sonrisa le hizo darse cuenta de lo hermosa que era.

-Yo también me alegro de volver a verla. Hay mucha gente aquí, y la he visto sentada, sola y me he preguntado si podría sentarme aquí.

-Sí, por supuesto -la sonrisa de Dana se agrandó. Dejó el libro en la mesa.

-Gracias -respondió Jared y se sentó frente a ella-. ¿Qué tal se encuentra? Ella pestañeó y lo miró.

-Estoy bien. Y he hecho lo que me aconsejó, y he seguido adelante. Jared asintió.

-Me alegro, señorita Rollins.

-Por favor, llámame Dana.

-Sólo si me llamas Jared -dicho esto, procedió a poner ketchup en las patatas. Luego la miró y sonrió-: ¿Qué estás leyendo?

Ella tomó un sorbo de refresco, agarró el libro y con él en la mano dijo:

-Un libro de poesía de Maya Angelou. Es una poetisa muy buena y me encantan sus libros. Me levantan el ánimo.

Él asintió. Había leído algún poema de la escritora.

Dana lo miró.

-¿Lees mucho, Jared?

-Lo único que leo por placer, son las novelas de mi primo. Escribe con el seudónimo de Rock Masón.

Los ojos de Dana se encendieron y preguntó, sorprendida:

-¿Eres familia de Rock Masón? Jared se rió.

-Sí. Su verdadero nombre es Stone Westmoreland.

Dana sonrió.

-¡Guau! ¡He leído todos sus libros! Es un escritor con mucho talento. Jared se rió.

-Le diré lo que me acabas de decir. Él y su esposa, Madison, están en Texas visitando a unos primos que viven allí, pero vendrán al cumpleaños de nuestros padres el próximo fin de semana.

-¿De «nuestros padres»? Él sonrió.

-Nuestros padres son mellizos y cumplen sesenta años. Y como este año cae en el domingo de Pascua, nuestras madres están organizando una gran fiesta.

-Parece que os lo vais a pasar muy bien.

-Cuando estamos juntos, siempre lo pasamos muy bien. La familia

Westmoreland es muy grande. ¿Y tú? ¿Es grande tu familia?

Jared vio tristeza en sus ojos.

—No tengo familia. Soy hija única y mis padres se mataron en un accidente de coche hace cinco años, cuando iban a mi graduación en la universidad.

-Lo siento.

Ella lo miró y vio la sinceridad en sus ojos.

-Gracias. Fue duro para mí, pero ya ha pasado. Como mis padres no tenían hermanos, no tengo familia.

Jared vio que se mordía los labios, como si lo hiciera para que no le temblasen al recordarlo.

-¿Qué planes tienes para el domingo de Pascua? -no pudo evitar preguntar Jared.

-No tengo planes. Iré a la iglesia y probablemente me pase el resto del día en casa, descansando y leyendo.

El alzó una ceja.

-¿Y qué harás para la hora de la cena? Ella se encogió de hombros.

-Calentaré algo en el microondas y disfrutaré de ese día así.

Jared quiso concentrarse en la comida, pero no pudo. Como tenía una familia grande, siempre le habían gustado las fiestas, incluso las había esperado, aunque últimamente, la interferencia dé su madre había malogrado un poco su expectación.

De pronto se le ocurrió una idea. ¿Y si llevaba a Dana a cenar a su casa?

-¿Qué te parece si vienes a la cena de Pascua en casa de mis padres?

-¿Me estás invitando a cenar a casa de tus padres?

-Sí.

Dana agitó la cabeza.

-Pero, ¿por qué? Apenas nos conocemos.

-Es que podrías ayudarme a salir de un aprieto.

-¿Un aprieto? ¿De qué tipo?

-Mi madre está obsesionada. Últimamente se han casado varios de mis primos, y como ninguno de sus seis hijos parece seguir el ejemplo, ella se ha tomado como algo personal el encaminarnos hacia el altar. Yo soy el mayor, así que sobre mí cae más peso que sobre los demás. Ella espera que yo dé ejemplo llevando a alguien a cenar. Y como recuerdo que me debes un favor, creo que ahora quiero que me lo devuelvas.

Dana pestañeó y luego dejó escapar un profundo suspiro.

Al parecer, pensó Jared, se había olvidado de su promesa.

-Pero estoy segura de que hay muchas mujeres con las que has salido que estarían dispuestas a ir a cenar contigo a casa de tus padres -

dijo ella.

Jared asintió y sonrió.

-Sí, pero si llevo a alguna de ellas podrían interpretar que estoy interesado en una relación seria. Además, mi madre y mi tía son buenas cocineras. Lo único que tienes que hacer es mostrarte conmigo, aguantar a mi familia y unirte a nosotros en los festejos. Sé que es mucho pedir, pero realmente te agradecería mucho que vinieras. Eso me serviría para quitarme a mi madre de encima.

Jared vio que Dana se mordía nerviosamente el labio inferior. Luego lo miró. Había sentido la atracción física que había entre ellos, así que la compañía de Jared le parecía peligrosa. Pero le debía un favor y ella siempre cumplía su palabra.

-¿Ves esta vez solamente?

-Sí, sólo esta vez. Pero para convencerla necesitamos una historia. Creo que sería buena idea que te llamase un día de esta semana para hablar sobre las respuestas a preguntas que te hará mi familia.

Dana frunció el ceño.

-¿Qué tipo de preguntas? Jared sonrió.

-Oh, las normales, como cuánto hace que nos conocemos, cómo y cuándo nos conocimos... Si nuestra relación es seria. Y también puede haber preguntas más personales como si estás viviendo conmigo, si eres fértil, y si lo eres, cuántos niños quieres tener.

Dana pestañeó. Luego se rió. A Jared le pareció un sonido bonito, y pensándolo bien, era un sonido sensual, que lo excitaba.

-No hablas en serio, ¿verdad? -preguntó Dana controlando su risa.

-Lamentablemente, sí. Espera a conocer a mi madre personalmente, y verás. Su prioridad ahora parece ser el casar a uno de sus hijos.

Dana alzó una ceja y dijo:

-¿Y tú le tienes aversión al matrimonio?

-Sí, me ocupo de demasiados divorcios como para saber que los matrimonios no duran.

Jared la vio echarse hacia atrás en la silla con expresión pensativa.

-Entonces, ¿serás mi chica ese día?

Dana reflexionó acerca de la invitación de Jared. Después de un momento, asintió, aceptando.

Jared sonrió, satisfecho con el giro que habían dado los acontecimientos.

-Gracias, Dana. Te agradezco que me ayudes en esto. No te imaginas lo importante que es para mí quitarme a mi madre de encima.

Capítulo Dos

Dana miró el reloj. Jared iba a recogerla en cualquier momento y ella estaba hecha un manojo de nervios.

Habían hablado por teléfono durante la semana para ponerse de acuerdo en las respuestas que darían a las posibles preguntas que le hiciera la familia. Con sólo oír su voz, Dana ya se estremecía. Su voz profunda y sensual producía en ella una extraña sensación, como si le recordara que era una mujer, algo que se le había olvidado desde que había roto con Luther. Sentía cierta aprensión hacia aquella reacción descontrolada hacia Jared, porque no se sentía fuerte en aquel momento para vivir emociones intensas. No quería ser vulnerable a ningún otro hombre.

Dana casi saltó cuando oyó el timbre de la puerta. Respiró profundamente y se recordó que probablemente no volvería a ver a Jared después de aquel día, así que no había razón para estar nerviosa.

Suspiró profundamente y abrió la puerta.

Jared miró a Dana y tornó aliento. Si antes había pensado que era atractiva, aquel día le pareció increíblemente hermosa, sexy y atractiva. El siempre había tenido un sano impulso sexual, pero al verla allí, de pie en la puerta, con aquel cabello cayendo sobre sus hombros, y esos vaqueros que se ajustaban a su figura curvilínea, se preguntó cómo haría para pasar aquel día.

-Hola, Jared, por favor, entra.

-Gracias. Estás muy guapa.

Dana sonrió y dio un paso atrás cuando él entró y cerró la puerta.

-Gracias. Voy a buscar el bolso... —dijo Dana, caminando hacia una habitación que él supuso que sería su dormitorio.

Él agradeció tener unos segundos para recobrarse de aquel efecto avasallador que producía su presencia. Aquella mujer era muy femenina y sexy.

Jared miró la habitación para distraerse. Estaba decorada muy originalmente, en colores brillantes y con mobiliario moderno.

De pronto sintió algo frotándose contra su pierna.

-¡Eh! ¿De dónde has salido tú? -le preguntó Jared a un gato negro. Se agachó y lo levantó.

-Estoy lista -dijo Dana entrando en la habitación. Sonrió al verlo con el gato-. Veo que has conocido a Tom.

Jared se rió.

-¡Oh! ¿Se llama así?

-Sí. Lo tengo desde hace dos años, desde que era pequeño. Está muy malcriado, pero me hace mucha compañía.

-Es majo -dijo Jared mientras seguía acariciando al animal.

-Shh... No lo digas demasiado alto. Es muy engreído -susurró Dana.

Jared sonrió, dejando al gato en el suelo.

Cuando se irguió, se encontró con los ojos de Dana. Y sintió una punzada de deseo. Tragó saliva

Y dijo

-¿Estás lista?

-Sí.

-Bienvenida a nuestra casa, Dana. ¡Estoy tan contenta de que Jared te haya traído!

Dana de pronto se sintió envuelta en unos brazos fuertes cuando una mujer, que suponía sería la madre de Jared, le dio un gigante abrazo. Ella había esperado una amable bienvenida, pero no una demostración de afecto tan efusiva.

-Gracias por recibirme -respondió Dana cuando la mujer dejó de abrazarla.

Luego miró a Jared, que le sostuvo la mirada un momento. Y ella no pudo dejar de preguntarse qué estaría pensando.

Recordó la atracción que había sentido cuando Jared había llegado a su casa, y sintió un nudo en la garganta. Aun vestido con vaqueros y un polo tenía un aspecto aseado, suave y sensual.

-Ya tendréis tiempo de miraros a los ojos, vosotros dos -dijo Sarah Westmoreland, contenta-. Venid. Todo el mundo está deseoso de conocer a Dana.

Jared agitó la cabeza. Lo que menos quería era que su madre pensara que Dana era algo más que una amiga íntima a la que había invitado a cenar.

-Parece que somos los últimos en llegar... -dijo él, poniendo la mano en la espalda de Dana mientras su madre los hacía entrar en el vestíbulo.

-Quede no ha llegado. Pero ha llamado para avisar que ya estaba en camino.

Jared asintió. Su hermano Quade trabajaba en los Servicios Secretos y muchas veces se perdía las reuniones familiares debido a su trabajo. Pero hacía todo lo posible por estar presente. Como todos los Westmoreland, Quade disfrutaba mucho de las reuniones de la familia.

Jared oyó voces provenientes de la sala y volvió a mirar a Dana. Había tenido intención de mirarla sólo un momento, pero la luz de la araña parecía realzar aún más su belleza, y no había podido quitar la vista de ella. ¡Esa boca que tenía...! Se preguntó cómo sería sentirla...

-¡Por Dios, Jared! ¡Quieres dejar de mirar a Dana de ese modo! -exclamó su madre en tono jocoso,

« ¡Maldita sea!», se dijo Jared. No se había dado cuenta de que la estaba mirando de ese modo. Se había olvidado de lo observadora que era su madre. Sarah Westmoreland estaba sonriendo con picardía y por primera vez Jared se preguntó si no habría sido un error llevar a Dana allí. Tendría que actuar más fríamente y no parecer tan fascinado con ella. Si no, habría más de un malentendido.

-¡Ya era hora de que llegases! —exclamó alguien.

Jared se dio la vuelta y frunció el ceño. Era su hermano Durango, un donjuán que pensaba que todas las mujeres habían nacido para su placer, excepto las que tenían otro dueño. Durango le estaba hablando a él, pero fijando la vista en Dana.

-Durango -dijo Jared cuando su hermano se acercó.

Durango asintió pero siguió mirando a Dana.

-¿Quién es esta bella criatura? -preguntó Durango, sonriendo.

-Ésta es la chica de Jared. No está a tu alcance. Así que, compórtate -intervino Sarah Westmoreland.

«La chica de Jared», pensó Jared, rascándose la nuca.

-¿Estás segura de que no quieres más tarta de cumpleaños, Dana? Dana sonrió a Sarah.

-Gracias, pero no puedo comer más. Toda la comida ha estado deliciosa, señora Westmoreland.

Dana se sintió abrumada cuando Jared la llevó al salón y le presentó a toda la familia. La casa estaba decorada con globos y guirnaldas. Y no le llevó mucho tiempo saber que los Westmoreland eran un gran clan. Se notaba el cariño y la calidez entre ellos.

Estaban los primos varones de Jared: Daré, Thorn, Stone, Chase, Storm, Clint y Colé. Había pocas mujeres en la familia: la prima de Jared, Delaney, que estaba casada con un jeque de Oriente Medio, un hombre alto, moreno, muy apuesto; su prima Casey, que vivía en Texas, y que era hermana de Clint y Colé, y Shelley, Tara, Madison y Jayla, las esposas de Daré, Thorn, Stone y Storm. También conoció al tío de Jared, Corey, y a su esposa, Abby.

Nunca había visto tantos parientes juntos reunidos en un lugar, y por un momento, una parte de ella sintió celos de que hubiera gente que tuviera una familia tan grande mientras que otros no tenían a nadie. Pero enseguida se le pasó, cuando vio lo amables y amistosos que eran todos con ella. Al principio habían tenido mucha curiosidad, puesto que Jared no había llevado nunca a ninguna mujer, pero enseguida la habían tratado como a uno más de la familia, después de hacerle algunas preguntas, cuyas respuestas parecieron satisfacer su

curiosidad.

Cuando su hermano Quade llegó, la familia dirigió su atención a él momentáneamente, pero luego volvieron a concentrar su atención en Dana.

Jayla estaba embarazada de mellizos, e invitó a Dana a ir con ellos de compras el fin de semana siguiente, para decorar la habitación de los bebés. Como Dana sabía que Jared había planeado aquello como una única ocasión, no aceptó, poniendo la excusa de que tenía muchas cosas que hacer el sábado por la mañana, pero agradeció la invitación.

Ella miró hacia donde estaba Jared hablando con sus hermanos y su corazón empezó a acelerarse. Como si él hubiera intuido que lo estaba mirando, levantó la cabeza en su dirección y se miraron.

Ella dejó escapar una profunda exhalación antes de desviar la mirada.

Miró por la ventana para distraerse. La casa de los padres de Jared era de estilo sureño. Tenía dos plantas, y unos tres acres de tierra. Había un gran ventanal desde el que se veía un lago. Estaba anocheciendo, y eso quería decir que la Semana Santa estaba acabando.

-Quiero hablar contigo a solas un momento -le dijo Jared al oído.

Ella tomó aliento. No había notado que se había acercado y la fragancia de su loción para después de afeitar y el calor de su respiración la habían sorprendido.

Se preguntaba de qué querría hablarle, y supo que también había despertado la curiosidad de su familia cuando le dio la mano y la llevó a la cocina, y luego cerró la puerta.

Jared se apoyó en la encimera de la cocina, y se miraron un momento sin decir nada. Luego él carraspeó.

-Debí darte esto cuando fui a recogerte, pero se me olvidó -dijo Jared.

Podría haber esperado hasta llevarla de regreso a su casa, pero por algún motivo, había querido estar con ella a solas unos minutos.

—Luther Cord envió esto el viernes, con instrucciones de que te lo diera. Después de llegar a California, evidentemente, cambió de parecer y decidió que te lo quedases.

Dana alzó una ceja con curiosidad.

Jared sacó una pequeña caja blanca de su bolsillo. Y ella supo enseguida qué era.

— ¿El anillo de compromiso?

Jared vio su cara de sorpresa y de placer a la vez y no pudo evitar sonreír.

-Sí, es para ti -le dio la caja de joyería.

-¡Lo sabía! ¡Sabía que era el anillo! Jared se dio la vuelta y vio a su

madre entrar en la cocina. Tenía la cara sonriente.

-Pasaba por la puerta de la cocina y he escuchado las palabras «anillo de compromiso». ¡Oh, Jared! ¡Me haces tan feliz! ¡Estoy tan orgullosa de ti! -exclamó su madre entre lágrimas y risas. Luego abrazó a Dana y agregó-: Bienvenida a la familia.

Jared sintió pánico cuando se dio cuenta de lo que había imaginado su madre. Y cuando abrió la boca para explicárselo, entró toda la familia en la cocina.

-¿Qué pasa? -preguntó su padre al ver a su esposa con los ojos llenos de lágrimas.

Jared nuevamente quiso hablar, pero lo acalló la voz de su madre.

-Jared y Dana. ¡Acaban de comprometerse! Jared le ha dado un anillo! ¡Me siento tan feliz! ¡No puedo creer que uno de mis hijos finalmente esté sentando la cabeza y vaya a casarse!

Jared y Dana de pronto se vieron envueltos en palabras de felicitaciones y buenos augurios. Jared miró por encima de las cabezas de la gente a Dana y vio que ella estaba tan sorprendida como él por el rumbo que había tomado aquella historia. Jared extendió la manó y tomó la de Dana para apretarla suavemente, como queriéndole dar a entender que intentaría arreglar el malentendido cuanto antes. Sabía que tenía que hacerlo en aquel momento, pero no recordaba cuándo había visto a su madre tan feliz por última vez.

Sarah Westmoreland empezó a llorar otra vez.

-¡Me has hecho muy feliz hoy, Jared! ¡Quién hubiera pensado que uno de mis hijos cambiaría su opinión acerca del matrimonio! Pero enseguida que os he visto me he dado cuenta del amor que había entre vosotros...

Dana miró a Jared, y comprendió el mensaje. Asintió silenciosamente para decirle que comprendía lo que le estaba pidiendo y respiró profundamente.

-Dana y yo tenemos que marcharnos -dijo Jared tomando la mano de Dana y llevándola fuera de la cocina.

-Pero... Pero no hemos celebrado la buena noticia -gritó su madre cuando él se estaba acercando a la puerta de entrada.

Jared se dio la vuelta para mirar a sus familiares, quería decirles que no lo celebrarían. Los habían seguido hasta la puerta y los habían rodeado. Frun¬ció el ceño al ver las caras de los solteros, como queriendo decirle «me alegro de que seas tú y no yo».

-Os veré mañana a todos -le dijo a su familia. Luego, sin decir nada más, salió de casa de sus padres, llevando a Dana de la mano.

-Siento lo que ha sucedido -le dijo Jared-. Es que no he podido decirle a mi madre la verdad. ¡Estaba tan feliz!

-Lo comprendo -respondió Dana, asintiendo. Jared miró a Dana.

-Gracias -le dijo al ver que su comprensión era sincera.

Ella sonrió.

-No tienes que agradecérmelo. Éste era un día especial para tu familia. Me he dado cuenta de lo feliz que estaba tu madre cuando pensó que nos habíamos comprometido.

Jared asintió, agradecido por su comprensión.

-Hablaré con ella mañana y aclararé las cosas.

-De acuerdo.

Satisfecho, Jared puso en marcha el coche y se alejó de la casa de sus padres. En un semáforo se dio cuenta de que Dana tenía el anillo de compromiso en el dedo. Frunció el ceño al recordar la insistencia de su madre de que se lo pusiera. No sabía por qué, pero no le gustaba verla con el anillo que le había regalado Luther Cord en el dedo.

-Ahora que tienes otra vez el anillo, ¿qué vas a hacer con él? -le preguntó Jared, tratando de poner tono neutro.

Daría lo miró y luego se miró el anillo.

-Lo que he pensado hacer desde el principio: venderlo y pagar los gastos que quedan de la boda. Me sorprende que Luther me lo haya devuelto.

Jared no se sorprendía. Durante la última conversación que había tenido con Luther Cord, le había recomendado que le devolviera el anillo, aunque no tuviera obligación legal de hacerlo, porque era una manera de ayudarla con los gastos que había ocasionado la ruptura del compromiso. Y evidentemente, el hombre le había hecho caso.

Cuando cambió el semáforo, Jared miró a Dana. Tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás en el asiento. No pudo reprimir una sonrisa. Indudablemente, aquél había sido un día agotador para ella. Él estaba acostumbrado a su enorme familia, pero un extraño podría sentirse abrumado.

-Teniendo en cuenta todos los aspectos, ¿te arrepientes de haber ido a cenar a casa de mis padres? -no pudo evitar preguntar.

Aunque Dana no abrió los ojos, sonrió.

-No, lo he pasado muy bien, Jared. El estar entre tus familiares, y percibir la estrecha relación que tenéis me ha traído recuerdos de mi relación con mis padres, y del tiempo en que festejábamos juntos las fiestas -abrió los ojos y sonrió-. Realmente te agradezco que lo hayas compartido conmigo.

La mirada cálida que le dedicó Dana lo estremeció. El también había disfrutado de estar con ella aquel día. Era una persona encantadora, y a diferencia de las chicas con las que había salido, no exigía su absoluta atención, pegándose a él todo el tiempo. Se había

adaptado fácilmente a su familia y se los había ganado con la misma facilidad. Se daba cuenta de por qué su madre había pensado que se había enamorado de ella.

Las manos de Jared apretaron el volante. Pensar que estaba enamorado de ella era una cosa, y pensar que se había comprometido, otra muy distinta. ¿Cómo había podido pensar eso su madre? Sabía bien lo que él pensaba del matrimonio. ¿Creía que una sola mujer lo iba a hacer cambiar de parecer en algo que tenía tan arraigado?

Momentos más tarde paró el coche frente a la casa de Dana. Volvió la cabeza y vio que se había dormido. No le gustaba la idea de despertarla, pero tenía que hacerlo. Para no sobresaltarla se inclinó hacia delante y le susurró:

-Dana, hemos llegado a tu casa.

La vio abrir los ojos lentamente. Luego Jared fijó la mirada en sus labios, grandes, lascivos, tentadores. Hubiera dado cualquier cosa por probarlos.

-Te acompañaré a la puerta -le dijo, reprimiendo sus ganas de estrecharla en sus brazos y besarla.

-De acuerdo -contestó ella después de respirar profundamente.

Jared se bajó del coche y le abrió la puerta para que saliera. Fueron juntos hasta la puerta de entrada. Ella lo miró.

-Gracias, Jared, por un día tan hermoso. Ha sido muy especial.

Jared asintió. Quería decirle que ella era especial también, pero sabía que no podía hacerlo. Aquél era el único tiempo que pasarían juntos y tenía que aceptarlo.

-Gracias por ser mi chica hoy. Hablaré con mi madre mañana.

-De acuerdo.

La observó poner la llave en la puerta. Un momento después Dana lo miró como dudando, y por fin le dijo:

-¿Quieres pasar a tomar algo?

De pronto él decidió que quería entrar, pero no para beber algo. Deseaba hacer con ella algo en lo que había estado pensando todo el día.

-Sí, me encantaría.

Entraron a su casa. Cuando ella fue hacia la cocina, él le agarró el brazo y le dijo:

-No se me ocurre mejor forma de terminar este día que ésta...

Y la besó. Se moría por probar su boca.

Dana se estremeció al sentir su boca. Automáticamente cerró los ojos.

Cuando la lengua de Jared penetró su boca, notó el sabor del té que había tomado antes. Al sentirla, ella tuvo un escalofrío de placer.

Era la primera vez que tenía sensaciones tan intensas. Cuando él la envolvió con sus brazos y la apretó contra su cuerpo, ella casi se derritió allí mismo. El asalto a su boca fue sensual, sin prisas, hecho para tentar y despertar cada una de las partes de su ser.

Luego la besó más profundamente, más minuciosamente, apasionadamente. Una parte de ella quería apartarse, pero Jared tenía razón. Aquélla era la mejor forma de acabar el día. Se habían sentido atraídos desde el primer momento y fingir lo contrario habría sido una absoluta pérdida de tiempo. Y puesto que aquélla sería la última vez que estarían juntos, al menos podrían compartir aquel momento.

Así que dejó que la besara. Y disfrutó del beso.

Entonces Jared cambió el ritmo y su lengua jugó con la de ella.

El calor se apoderó de Jared mientras seguía besando a Dana. Al principio había pensado en el beso como una forma de decirle adiós, para satisfacer su curiosidad y su deseo, pero en el momento que probó su dulzura, irremediablemente se zambulló en él y lo saboreó.

La besó con suavidad pero a fondo, explorando toda su boca. Y cuando ella le rodeó el cuello con sus brazos y arqueó su cuerpo contra el de él, Jared se sintió consumido por el deseo. Ella tenía algo que inundaba sus sentidos. Nunca había sentido tanto deseo de devorar a alguien.

Momentos más tarde, con un gemido enfervorizado, él dejó de besarla, pero siguió acariciando su boca con sus labios.

-Eres hermosa en todos los sentidos, Dana -susurró en su oído, hundiendo la cara en su cuello suave y femenino y dándole un beso allí.

Su piropo le llegó al alma. Nadie le había dicho nunca nada así.

-Gracias.

-No me des las gracias. Es la verdad -respondió él, separándose por fin-. Y quiero volver a agradecerte el que me hayas ayudado hoy.

-Yo también quiero darte las gracias. Como te he dicho, tu familia es maravillosa.

El asintió. No habría razón para verla después de aquel día. Intentó pensar en alguna excusa para pasar a verla alguna vez, pero no encontró ninguna. Se pasó la mano por el cuello. Ninguna mujer le había hecho dudar tanto para despedirse de ella.

-¿Dónde está Tom? -preguntó, intentando prolongar la despedida.

-Probablemente en la cama.

« ¡Qué suerte tenía aquel gato!», pensó Jared. La miró y se dio cuenta de que tenía que irse antes de que hiciera una locura, como agarrarla y volver a besarla.

-Adiós, Dana.

-Adiós, Jared.
-Cuídate.
Con esas últimas palabras, Jared se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo Tres

Cerca de las diez, la siguiente mañana, Jared fue a casa de sus padres. Habían cancelado la vista que tenía en el juzgado a las nueve, lo que le daba la oportunidad de poder visitar a su madre y arreglar el malentendido del día anterior.

-¡Mamá! ¡Papá! -gritó mientras iba del salón a la cocina.

-Estoy en el fondo -fue la respuesta de su padre.

Jared abrió la puerta de la cocina y salió al patio.

Su padre estaba ocupado lustrando su Ford Mustang clásico.

-Buenos días, papá.

-Buenos días, hijo. ¡Qué agradable sorpresa, verte un lunes por la mañana!

-Me han cancelado una vista que tenía esta mañana. ¿Dónde están todos?

-Durango se ha quedado a dormir anoche en casa de Stone, e lan y Spencer están desayunando con sus primos en Chase's Place. Quade ha tenido que volar a primera hora a D.C., y Reggie, supongo que se habrá ido a trabajar.

Jared asintió y miró alrededor.

-Tengo que hablar con mamá. ¿Está arriba? Su padre suspiró profundamente.

-No, tenía consulta con el médico esta mañana. Jared frunció el ceño.

-¿Una consulta con el médico? ¿Pasa algo? Su padre se encogió de hombros.

-Espero que no, pero ya conoces a tu madre. Si algo va mal, seré el último en saberlo. Piensa que me preocuparía demasiado. No me habría enterado de la consulta de hoy si no hubiera sido porque escuché el mensaje de la secretaria del médico recordándole la cita. Al parecer, le han encontrado otro bulto durante su último chequeo, la semana pasada.

Jared frunció el ceño. Hacía tres años a su madre le habían diagnosticado cáncer de mama y había tenido que hacer varias sesiones de quimioterapia y radioterapia hasta que había desaparecido.

-El coche de mamá está en la entrada, ¿cómo ha ido al médico?

-Yo le he ofrecido llevarla, pero ella ya había arreglado con tu tía Evelyn que la llevase. Ya sabes cómo son... Han sido amigas íntimas durante años.

Jared asintió. Las dos mujeres, amigas íntimas desde la época del

instituto, se habían casado con los mellizos, y se habían transformado en cuñadas.

-¿Crees que es algo serio?

No pudo evitar recordar lo que había pasado la última vez. Los tratamientos contra el cáncer habían debilitado mucho a su madre. Sus hermanos, su padre y él habían cometido el error de tratarla como a una inválida, y eso había empeorado las cosas. Probablemente fuera el motivo por el que su madre no le había dicho a nadie de la familia que tenía una consulta con el médico. Porque habrían aparecido todos en la consulta.

-Para serte sincero, Jared, yo me estaba empezando a inquietar. Sabía que a tu madre la estaba preocupando algo, aunque intentaba ocultarlo. Pero todo eso cambió ayer.

Jared alzó una ceja.

-¿Ayer? ¿Qué sucedió ayer?

-La hiciste muy feliz cuando tú y Dana anunciasteis vuestro compromiso.

Jared iba a hablar, pero su padre siguió: : —Creo que tu compromiso le ha dado un nuevo motivo para luchar, la determinación de luchar contra todo lo que se le ponga por delante. Y estoy muy agradecido por ello. ¡Recuerda lo deprimida que estaba cuando tuvo que pasar por todos esos tratamientos! Si pasa lo mismo, ¡Dios quiera que no sea así!, tu madre podrá enfrentarse a ello con más fuerza, ahora que sabe que la espera un día muy importante en su vida.

-¿Qué día?

-El día que Dana y tú os caséis -sonrió James Westmoreland-. No ha hablado de otra cosa anoche y esta mañana. Dana le gusta, y cree que será una buena esposa. Y yo también. Has elegido bien, Jared, y no podrías haber sido más oportuno. Si hubiera alguna posibilidad de que volviese el cáncer, y ella tuviera que hacer esos tratamientos, hará lo que sea por mantener su salud para poder organizar con vosotros vuestra boda.

-¿Mi boda?

-Sí, tu boda. Gracias, hijo, por dar a tu madre una razón para vivir. Hará lo que sea por ver casado a uno de sus hijos, y por disfrutar en un futuro próximo de un nieto.

Jared se quedó helado, y mudo. Pero una cosa estaba clara: no podía contarle lo de Dana a su madre en aquel momento.

Dana miró por la mirilla y vio a Jared. Se suponía que se habían despedido el día anterior, entonces, ¿qué hacía allí, a las seis de la tarde, frente a su porche?

Tragó saliva e intentó controlar los latidos de su corazón. No le

costaba mucho recordar el beso que se habían dado. Un beso en el que había estado pensando todo el día. En lugar de concentrarse en su trabajo, su mente se había distraído con el recuerdo de Jared.

Siguió mirándolo por la mirilla. Llevaba un traje, lo que significaba que probablemente habría ido directamente del trabajo a su casa. Parecía reservado, distante, controlado. No obstante, estaba muy atractivo. Y la atraía tanto como otras veces.

Respiró profundamente, y se recompuso para abrir la puerta.

-¿Jared? -murmuró sin fuerzas.

-Dana, siento molestarte, pero tengo que hablar contigo sobre algo importante.

-De acuerdo -respondió ella.

Parecía serio lo que le quería decir, fuese lo que fuese.

Lo hizo pasar.

-¿Quieres beber algo?

-No, gracias.

Por el rabillo del ojo vio al gato correr desde el sofá a la cocina.

Jared se sentó en el asiento que Dana le ofreció, y ella se sentó frente a él. Jared no pudo evitar mirar la abertura de su falda, que dejaba ver un trozo de pierna. Ni pudo evitar mirar la forma de sus pechos bajo la blusa.

-¿Jared? Has dicho que tenías que decirme algo importante.

Él recordó lo que había ido a decirle.

-He ido a ver a mi madre esta manaría para aclarar el malentendido, pero las cosas se torcieron. No estaba en casa, y he hablado con mi padre.

Dana asintió.

-¿Y le has dicho la verdad?

-No.

-¡Oh! -exclamó Dana, confusa.

-Al parecer, hay un problema —dijo Jared-. Hace tres años, a mi madre le diagnosticaron cáncer de mama. Le quitaron el bulto y tuvo ocho semanas de quimioterapia y radioterapia. Tuvo días buenos y malos, y mi padre, mis hermanos y yo vimos que era una mujer extraordinaria.

La sinceridad de Jared conmovió a Dana. Se imaginaba lo que Jared y su familia podrían haber sentido. Había notado que adoraban a su madre.

-De todos modos, he hablado con mi padre esta mañana y antes de que pudiera decirle la verdad sobre nosotros, me ha dicho que los médicos le han encontrado otro bulto a mi madre en el pecho, y si es maligno, tendría que volver a pasar por los tratamientos del cáncer

nuevamente.

-¡Oh, no! -susurró Dana, e inmediatamente se levantó de la silla y se sentó junto a Jared en el sofá. Le tocó el brazo y le dijo con toda sinceridad-: ¡Cuánto lo siento, Jared!

Jared se puso de pie lentamente y se metió las manos en los bolsillos. Su tacto había irradiado sensaciones por todo su cuerpo. Y era algo con lo que no quería batallar en aquel momento. Tenía que concentrarse en lo que quería decirle.

-Yo también -respondió él-. No obstante, conociendo a mi madre, luchará con todas sus fuerzas. Pero hay algo que yo puedo hacer que hará que su lucha sea más fácil.

-¿Qué? Jared la miró.

-Es una idea muy loca, pero en este momento haría cualquier cosa por mi madre, incluso mentir.

Dana frunció el ceño, preguntándose en qué mentiría.

-Jared, ¿sobre qué tienes que mentir? -preguntó, levantándose del asiento y poniéndose frente a él.

Los músculos de la mandíbula de Jared se tensaron y él desvió la mirada brevemente. Cuando la volvió a mirar, sus ojos tenían un brillo atormentado.

-Jared, ¿Sobre qué tienes que mentir? -repitió Dana.

Jared dudó un momento. Luego habló:

-Sobre nosotros. Mi padre me ha hecho darme cuenta de que mi madre está muy contenta creyendo que finalmente voy a asentarme y a casarme. Y no quiero decepcionarla en este momento.

Confusa, Dana dio un paso atrás.

-¿Qué estás diciendo? -no estaba segura de comprender lo que decía.

-Quiero hacerte una proposición -dijo Jared, mirándola.

-¿Qué tipo de proposición? El sonrió afectadamente.

-Que continuemos fingiendo que estamos comprometidos un tiempo más, por mi madre.

Hubiera sido más fácil, pensó Dana, si hubiera estado sentada en lugar de estar de pie. De todos modos, el impacto de las palabras de Jared fue rotundo.

Dana lo miró, como buscando alguna señal de que estaba bromeando. Pero no, parecía serio.

-¿Fingir que estamos comprometidos? -finalmente pudo decir Dana.

-Sí.

-Pero... No podemos hacer eso. El se quedó mirándola.

-Sí, podemos hacerlo. Nunca antes me había dado cuenta de lo que significaba para mi madre ver a alguno de sus hijos establecido. Ahora

lo sé, y haré cualquier cosa por verla feliz.

-¿Hasta casarte? Él frunció el ceño.

-Espero no tener que ir tan lejos, Dana. Creo que la ayudará el creer que estoy comprometido, por lo menos hasta que pase la peor parte de esto.

-¿Y luego?

-Luego le diré que las cosas no van bien entre nosotros y que hemos roto nuestro compromiso. A veces ocurre...

Dana se hundió en el sofá.

-Créeme, Jared, eso lo conozco bien... Jared suspiró profundamente.

-Lo siento. Sé que es mucho pedir, teniendo en cuenta que tu compromiso con Luther se rompió, pero no sé qué otra cosa puedo hacer.

La calidez de su mirada la conmovió. Dana se echó hacia atrás en el sofá, tratando de asimilar todo aquello. Lo admiraba por su capacidad de sacrificio. No tenía la más mínima intención de casarse, y lo había dejado muy claro. Así que seguramente no querría caer en ninguna de las trampas que conducían al matrimonio, aunque fuese un asunto fingido.

Pero por amor a su madre haría lo que creía que tenía que hacer.

Dana levantó la barbilla y se alisó nerviosamente la falda.

-Si te acompaño en esto, Jared, ¿qué esperas de mí?

Jared se sentó en la silla frente a ella. Se alegraba de que al menos se estuviera pensando su proposición.

-Yo no he estado nunca prometido, pero tú sí. ¿Cómo era la relación entre Cord y tú? Dana suspiró.

-Al principio, yo me veía pasando el resto de mi vida con él. Pero ahora tengo que admitir que quería casarme con él por motivos equivocados. El amor no tenía nada que ver con aquello. Luther tenía éxito en la vida, era guapo,...

-Y gay.

Dana alzó las cejas, sorprendida.

-¿Lo sabías?

Jared se encogió de hombros.

-No estaba seguro hasta que te he conocido. Lo primero que pensé cuando entraste en mi despacho fue que ningún hombre en su sano juicio te dejaría escapar.

Dana sonrió.

-Gracias. Yo no sabía nada sobre las preferencias sexuales de Luther, hasta hace poco. Ha venido a verme y me ha contado la verdad. Tengo que agradecer que haya roto el compromiso cuando lo hizo.

Jared asintió.

-¿Habéis salido durante un año más o menos y no sabías nada?

Dana agitó la cabeza.

-No tenía ni una pista, aunque luego me he dado cuenta de que había algunas señales. Pero yo no las vi.

-¿Qué señales?

-El sexo, por ejemplo.

A Jared se le hizo un nudo en la garganta. Se hizo un silencio entre ellos.

-¿El sexo? -preguntó torpemente él.

-Sí, el sexo. Decidimos que no íbamos a acostarnos hasta que nos casáramos. Jared asintió.

-¡Oh! ¿Y de quién fue la idea?

-Fue idea de Luther, y yo acepté, porque el sexo está sobreestimado.

Jared la miró como sin comprender. Para él no estaba sobreestimado y no comprendía cómo Dana podía pensar algo así.

-¿Sí?

-Sí.

Jared sintió curiosidad, y no pudo evitar preguntar:

-¿Por qué piensas eso?

-No soy virgen, Jared. He tenido relaciones sexuales, y sinceramente, nunca he experimentado nada que valga la pena.

Jared se preguntó quiénes serían los hombres que la habían decepcionado. La miró.

-Tal vez no lo hayas hecho con la persona adecuada.

Dana sintió que sus palabras recorrían su espina dorsal provocándole un cosquilleo en todo el cuerpo. Se preguntó si un revolcón entre las sábanas con Jared la haría cambiar de opinión, luego pensó que no lo sabría nunca. Pero la idea era suficiente para que sintiera un calor en el vientre.

Dana carraspeó y dijo:

-Créeme, dos veces me bastaron. Puedo comprender la torpeza de una persona casi adolescente, pero hace unos años tuve otra relación, y mi opinión no ha cambiado.

Jared se echó hacia atrás en la silla.

-¿Hace pocos años? ¿Cuánto hace de eso?

-Tres años, casi cuatro.

-¿Hace casi cuatro años que no tienes relaciones con un hombre? -preguntó Jared, sin poder creerlo.

Dana levantó la barbilla, preguntándose cómo habían entrado en un tema tan personal. Pero de todas formas, contestó:

-Sí, así es.

Luego pensó que le había dado demasiada información y le dijo:

-Dime, ¿qué cosas esperas que hagamos durante nuestro compromiso ficticio?

Jared la vio lamerse los labios, y pensó que le hubiera gustado que fuera su lengua la que lo hacía y no la de ella.

Y por si eso fuera poco, Dana cruzó las piernas y él no pudo evitar mirarlas. Se le tensó el vientre cuando pensó en lamer esas piernas y muslos.

« ¡Maldita sea!», se dijo. Se sentía demasiado atraído por ella, y lo último que quería era tener una razón para pasar más tiempo con ella. Las necesidades de su madre estaban en primer término. Pero él también tenía necesidades...

Se acomodó en el asiento para aliviar la tensión que sentía detrás de la cremallera del pantalón. Le habría encantado disfrutar del sexo con ella sin establecer ningún lazo afectivo. Pero después de que ella hubiera roto su compromiso con Luther no quería aprovecharse de su situación sugiriéndole semejante cosa.

Jared carraspeó y dijo:

-¿Qué cosas hacíais tú y Cord juntos? -sonrió-. Me has dicho una cosa que no hacíais...

Dana se alisó la falda. Luego la observó girar los hombros, y su interés pasó de sus piernas a sus pechos. Jared sintió un deseo irresistible de cruzar la habitación, levantarle la blusa y desabrocharle el sujetador, en caso de que llevara, y acariciar su piel antes de jugar con su pezón y succionarlo...

-Luther y yo salíamos mucho -dijo ella finalmente-, íbamos a conciertos, al teatro, a fiestas... Él era un vendedor en la empresa, y tenía que hacer muchas relaciones sociales;

Jared se quedó mirándola. Él también tenía muchas relaciones sociales, pero últimamente había cortado un poco su vida social debido a la cantidad de trabajo que tenía.

-Podemos hacer esas mismas cosas. Pero a mi madre le gusta reunir a la familia, así que también tendríamos que ir a reuniones familiares. ¿Te importa?

Dana recordó lo bien que se lo había pasado el día anterior.

-Sí. Ya te lo he dicho: tienes una familia maravillosa. Pero no me gusta engañarlos.

-Es por una buena razón -Jared sonrió-. Me gustaría imaginar que un compromiso ficticio conmigo no es algo tan malo. Soy un tipo bastante decente.

La decencia era en lo último que estaba pensando Dana.

-¿Cuánto tiempo piensas que tendría que durar este compromiso ficticio? -preguntó ella.

-Eso depende de cómo esté mi madre. Si esto es una falsa alarma, bastará con un par de semanas. Pero si tiene que hacer tratamientos, la última vez duraron dos meses. ¿Es mucho tiempo para ti?

Dana suspiró. Todo le parecería mucho tiempo.

-No, mmmm... Está bien.

Jared la hubiera querido ver más decidida, pero sabía que sus dudas eran iguales a las de él. Jared tragó saliva y se puso de pie:

-Entonces, ¿quieres seguir siendo mi prometida ficticia?

Dana contestó después de un momento de tensión. Sabía que podía meterse en un lío, teniendo en cuenta la atracción que sentía por él, pero no podía dejarlo colgado.

-Sí.

Jared sonrió, aliviado. Se acercó a ella, le tomó la mano y tiró de ella para que se pusiera de pie.

-Gracias, Dana. Ahora soy yo quien está en deuda contigo.

La idea de que Jared le debiera algo le producía una sensación extraña. Se lamió los labios secos e intentó sonreír.

-Está bien. No te pediré nada que no puedas darme.

Jared miró los labios de Dana, que estaban húmedos aún. Estaban muy cerca el uno del otro, y hubiera sido muy fácil tomar su boca.

-Entonces, ¿qué es lo primero que tenemos que hacer? –preguntó Dana.

Su pregunta le hizo alzar una ceja. Estuvo a punto de decirle que «un beso con lengua» podía estar bien, pero cambió de opinión.

-¿A qué te refieres?

Ella sonrió, y él se preguntó si habría adivinado lo que estaba pensando.

-¿Tenemos que volver a ver a tu familia? Él respiró. Estaba bien que se lo preguntase. Casi se había olvidado.

-Sí. Mis hermanos siguen en la ciudad hasta el domingo, excepto Quade. Ha tenido que volver a D.C. y ha tomado un vuelo el sábado por la tarde. Dana asintió. Después de pasar un día entero con su familia, ella sabía que su hermano Quade trabajaba para los servicios secretos; Durango era guardabosques y vivía en Montana; Jan era capitán de un lujoso barco que hacía cruceros por el Mississipi y tenía la casa en Memphis, y Spencer era un consejero de finanzas, que vivía en la tranquila comunidad de Sausalito, California. Jared y su hermano pequeño, Reggie, eran los únicos que vivían en la zona de Atlanta.

-¿Saben ellos lo que ocurre con la salud de tu madre? —preguntó Dana. Jared agitó la cabeza.

-No. Y conociendo a mi madre, no nos dirá más que lo necesario. Es su forma de protegernos. Pero yo les diré lo que sé. Vamos a cenar a

Chase's Place dentro de una hora. Y más tarde llamaré a Quade para ponerlo al tanto.

-¿Vas a decirles la verdad acerca de nosotros? Jared agitó la cabeza.

-No. Cuanta menos gente lo sepa, mejor. No quiero que a nadie se le escape nada. No quiero que mi madre pueda sospechar nada.

Dana asintió. De pronto se acordó de algo.

-¡El anillo!

-¿Qué ocurre? -preguntó Jared mirando la mano izquierda de Dana. Había notado antes que no lo tenía puesto.

-Ya no lo tengo. Lo he llevado a la joyería a la hora del almuerzo. Necesitaba el dinero para pagar algunas facturas.

Jared se rascó el cuello por detrás. No le había gustado ver el anillo de Cord en su dedo, porque simbolizaba su compromiso. Pero había que hacer algo.

-¿Adonde lo has llevado?

-A Garbella Joyeros. ¿Crees que todavía lo tendrán?

Jared respiró profundamente y miró su reloj. Garbella era una joyería muy conocida, frecuentada por gente adinerada.

-Aunque lo tengan, la tienda está cerrada ahora -respondió Jared—. Mañana los llamaré a primera hora. Si lo tienen, iré a que me lo devuelvan.

-¿Y si no lo tienen? Jared tomó aliento.

-Entonces, te compraré otro -dijo.

-Pero... Tu familia vio ese anillo. Si ven otro diferente sospecharán.

Jared asintió. Era cierto.

-En ese caso tendré que inventarme una historia que justifique el cambio. Dana asintió.

-De acuerdo -dijo.

Jared miró nuevamente su reloj.

-Tengo que marcharme. Si no, no llegaré a tiempo de cenar con mis hermanos.

Dana lo acompañó a la puerta.

Se detuvieron cuando llegaron. Ella lo miró. Los ojos de Jared parecían más oscuros, del mismo color que cuando la había besado el día anterior.

-Te llamaré mañana -le dijo sensualmente él-. ¿Puedo llamarte al trabajo?

-Sí, no hay problema. Espera, te daré mi tarjeta.

Jared la vio atravesar la habitación, hasta una mesa. El movimiento de sus caderas casi lo deja sin aliento. Respiró profundamente. Dana estaba muy sexy con aquella falda corta. Definitivamente tenía el cuerpo apropiado para usarla.

-Aquí tienes mis teléfonos -dijo ella cuando volvió y le dio la tarjeta.

Jared sintió un escalofrío cuando rozó su mano al aceptarla.

-Gracias -dijo.

Al ver que él no se movía, Dana carraspeó y dijo:

-¿Algo más, Jared? Él pensó que sí.

-Creo que deberíamos sellar este acuerdo, y esto será mejor que un apretón de manos.

Se inclinó y la besó. Algo que había deseado hacer desde que había entrado en su casa.

La oyó ronronear, sintió que sus pezones se erguían contra su pecho viril, lo que hizo que la besara más profundamente.

Jared sintió una multitud de sensaciones mientras la besaba. Y evidentemente, hubo un cortocircuito en su cerebro que no lo dejó pensar con claridad. Como si sus dedos fueran independientes de su mente, se deslizaron para tocar su muslo hasta llegar al bajo de la falda que lo había estado volviendo loco desde hacía media hora. Su mente le advirtió que aquella mujer era una genuina tentación; algo sin adulterar.

La soltó lentamente e intentó recobrar el control de su respiración, el control de su deseo y de su lascivia. « ¡Guau!», pensó. El seducir a Dana Rollins no era parte de su proposición, pero...

-¿Crees que ha sido sensato de tu parte esto? -preguntó ella.

Él miró sus labios, aún húmedos de su beso.

-Sí, sinceramente, creo que ha sido lo mejor que he hecho en todo el día.

Jared tomó un sorbo de su bebida mientras miraba alrededor de Chase's Place. La reunión con sus hermanos había salido bien. Todos habían estado de acuerdo en que no debían agobiar a su madre, y habían dicho que el compromiso de Jared había sido muy oportuno. Aunque se alegraban de que fuera él quien se fuera a casar y no ellos.

-¿Estás bien?

Jared miró a su primo Daré. Su primo y él se llevaban apenas unos meses y siempre habían tenido una relación muy estrecha.

-Sí, estoy bien, en general. Daré se sentó frente a él.

-Durango nos ha dicho a Chase y a mí lo que ocurre con tía Sarah. Sabes que puedes contar con nosotros para lo que quieras. Pero sé que todo irá bien.

Jared asintió.

-Eso espero -respondió—. Ni siquiera sé qué ha sucedido en la consulta del médico hoy. He pasado por casa de mis padres hoy, pero mi madre no quiere hablar de otra cosa que no sea de mi compromiso.

Daré se rió.

-Bueno, admitirás que eso le ha dado a la familia algo de qué hablar. ¡Quién hubiera pensado que tú finalmente decidirías atarte!

Jared frunció el ceño.

-Sólo nos hemos comprometido.

-Sí, pero a no ser que tú sepas algo que yo no sé, los compromisos son el preludio de una boda. Te casarás con Dana algún día.

Jared bebió otro sorbo de vino y miró a su primo por encima del borde de la copa.

Si algo había aprendido siendo abogado era a saber a quién se le podía decir algo y a quién no.

-El compromiso no es real. Daré se irguió.

-¿Cómo?

Jared le contó la historia, incluso cómo Dana y él se habían conocido.

-¡Maldita sea! Un compromiso ficticio... Ya sabes lo que pasó cuando Shelly y yo fingimos un noviazgo. Que se transformó en real -dijo Daré, recordando aquel tiempo.

-Eso no me pasará a mí. Ya sabes lo que pienso del matrimonio. Daré se rió.

-Sí, y tú sabes lo que yo opinaba entonces... Pero ahora no podría vivir sin Shelly.

-Vosotros tenéis una historia muy particular. ¡Además, estaba el tema de AJ!

Daré asintió al pensar en su hijo, a quien no había conocido hasta los diez años, cuando Shelly había vuelto al pueblo después de desaparecer diez años.

-Pero igualmente, Shelly y yo teníamos que volver a conocernos. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que aún nos queríamos. Jared resopló.

-En mi trabajo veo la peor cara del matrimonio: Cuando dos personas que se han prometido amarse hasta la muerte se enfrentan en un juzgado con odio en sus miradas, y ganas de quitarle al otro todos sus bienes -se rió y luego continuó-. El hombre al que represento mañana en el juzgado quiere arrebatarle a su futura ex-mujer la custodia del perro...

Daré agitó la cabeza con tristeza.

-No dejes que lo que veas en tu profesión te influya en tu opinión sobre el matrimonio, Jared. Jared respiró profundamente.

-Ya lo ha hecho. Este asunto de Dana lo hago por mi madre, y no pienso olvidarlo.

Capítulo Cuatro

Dana levantó la cabeza de su escritorio y sonrió cuando vio entrar a Cybil.

-Buenos días.

-Mmm... No me parece bien que guardes secretos con tu mejor amiga...

Dana alzó una ceja.

-¿Cómo?

Cybil frunció el ceño y caminó hasta el escritorio.

-No sé si tienes alguna disculpa, pero tu compromiso aparece en las noticias de Sociedad en el periódico de hoy -Cybil agitó el periódico local delante de Dana.

-¿Qué? —Dana le quitó el periódico bruscamente a su amiga-. No lo sabía. Cybil la miró, confusa.

-¿Qué es lo que no sabías? ¿Que estás comprometida con uno de los solteros más codiciados de Atlanta o que la noticia aparecería en el periódico de hoy?

Dana levantó la vista del periódico.

-Puedo explicártelo -le dijo a su amiga.

-Dime.

Dana suspiró y se levantó a cerrar la puerta.

-Será mejor que te sientes para que te lo cuente -le dijo al volver.

Le llevó veinte minutos explicarle toda la historia. Le hubiera llevado menos tiempo si su amiga no la hubiera interrumpido todo el rato para hacerle preguntas.

-¡Dios! ¡Esto es irreal! Toda la oficina está murmurando. Espero que Jared te traiga un anillo diferente. La gente se extrañará que lleves el mismo de tu compromiso con Luther.

Dana suspiró. No había pensado en eso, puesto que no había imaginado que su compromiso se haría público.

-¿Quién crees que filtró la noticia a los periódicos? —preguntó Cybil.

-No lo sé. Pero eso no importa ahora.

Dana sabía que tenía que ser alguien de la familia de Jared, probablemente su madre. El artículo estaba muy bien escrito.

-Me pregunto si Jared lo ha visto -comentó Dana.

Cybil sonrió con picardía.

-Yo creo que sí. Y te aseguro que en esta oficina lo han visto todos.

Dana la miró, preocupada. Cybil estaba siempre al tanto de los

cotilleos cíe la oficina. No era que su amiga participase de ellos, pero todo el mundo sabía que dos miembros de su plantilla, Mary Bonner y Helen Fisher, eran las cotillas más grandes de Industrias Kessler.

-Están todos perplejos, puesto que no te han visto el anillo. Pero creo que la mayoría se alegra. ¡Después de lo que te ha pasado con Luther...! Han pasado de compadecerte a tenerte envidia, sobre todo porque has cazado al apuesto y pudiente Jared Westmoreland.

La sonrisa de Cybil se borró de su cara de pronto, y luego continuó:

-Pero cuando se rompa tu compromiso con Jared, nuevamente sentirán pena por ti, y se preguntarán cómo has dejado escapar dos buenos hombres -Cybil miró a Dana y agregó-: Tengo el presentimiento de que esto puede complicarse, Dana.

Dana pensaba lo mismo, pero ya era tarde. Le había dado su palabra a Jared.

Dana abrió la boca para decirle a Cybil que no se preocupase, que al final todo iría bien, pero en ese momento sonó el teléfono.

-¿Sí?

-Buenos días, Dana.

Dana sintió un escalofrío al oír la voz sensual de Jared. Y su mente se llenó del recuerdo de su beso.

-Buenos días, Jared -miró a su amiga. Luego desvió la mirada al ver que ésta la estaba observando con mucha atención.

-¿Has visto el periódico de esta mañana? -preguntó Jared.

Dana pensó en su pregunta y miró a Cybil otra vez, clavándole los ojos, para pedirle intimidad para hablar. Pero Cybil se quedó allí, ignorando su silenciosa petición.

Dana suspiró y miró a Cybil como protestando.

-Sí, lo he visto.

-Te pido disculpas por no habértelo dicho, pero yo mismo no lo he sabido hasta esta mañana, en que lo he visto. Parece que la felicidad de mi madre no tiene límites.

-Sí, eso parece -respondió ella.

Jared no parecía enfadado, por el tono de su voz. Al contrario, Jared pareció hablar con ternura y calidez. ¿O eran imaginaciones suyas?

-¿Quieres almorzar conmigo? -preguntó Jared.

-¿Almorzar?

-Sí, en Jenzen's.

Dana abrió mucho los ojos. Jenzen's era un restaurante exclusivo de Atlanta. Ella había oído decir que allí había que reservar mesa con mucha antelación, semanas antes. No era un lugar que ella frecuentase.

-De acuerdo. ¿Quieres que nos encontremos allí? -dijo ella.

-No, pasaré a recogerte. A las once y media, ¿te parece bien?

Dana miró el reloj. Tenía una reunión que terminaría un poco antes de esa hora.

-Sí, a esa hora está bien. Estaré esperándote delante del edificio.

-De acuerdo. Tengo ganas de volver a verte, Dana.

Dana colgó. Cerró los ojos y pensó por qué Jared le despertaba tantas emociones. Emociones que nunca había sentido.

-¿Estás bien?

Dana levantó la cabeza. Se había olvidado de que Cybil aún estaba en su despacho.

-Sí, estoy bien. Era Jared. Cybil sonrió.

-Eso he oído -se puso de pie—. Disfruta de la comida con él, pero prométeme una cosa.

-¿Qué?

-Que no te meterás demasiado en la historia. He visto la expresión de tu cara cuando has oído la voz de Jared.

-¿Y?

-Y no quiero que te vuelvan a hacer daño. Dana hizo un gesto con la mano, restando importancia a la preocupación de su amiga.

-¡Eh! Sé cuáles son los límites de la relación entre Jared y yo. Sólo estoy haciéndole un favor.

-Un favor... Lo he visto alguna vez y es muy seductor, la fantasía de cualquier mujer. ¿Hasta dónde piensas llegar en esta farsa de compromiso? ¿Vas a intimar?

-¿Intimar? Cybil sonrió.

-Sí, ya sabes, acostarte con él, compartir la almohada. Tener orgasmos...

La imaginación de Dana se disparó con aquellas imágenes y los latidos de su corazón se aceleraron.

-¡Por supuesto que no!

-¿Estás segura?

Antes de que Dana pudiera responder, Cybil abrió la puerta y salió.

Jared miró a Sylvester Brewster. Realmente no había tenido demasiado entusiasmo en reunirse con él. Sylvester era un conocido cantante de veintiocho años, que viajaba por todo el país cantando canciones que siempre terminaban siendo número uno en las listas de éxitos.

Pero tenía serios problemas con la elección de esposas, o más exactamente, se terminaba aburriendo de todas. Cambiaba de esposa como de camisa. Eso sí, cuando dejaba a una esposa y elegía otra, era muy generoso con la pensión que le daba.

Ahora quería separarse de su tercera esposa para casarse con la

cuarta. Pero el problema era que su esposa quería más dinero del que Sylvester estaba dispuesto a darle.

-No quiero darle un solo penique más, Jared, haya o no haya bebé por medio.

-¿Tu esposa está embarazada? -era la primera noticia que tenía Jared.

-Eso dice ella, y bien podría estarlo, pero da lo mismo, porque no es mío. Jared alzó una ceja.

-¿Estás seguro?

-Sí -dijo Sylvester con un suspiro de frustración. Luego, bajando la voz como si pudieran escucharlo, susurró-: Soy estéril. Es el resultado de una enfermedad que tuve en la infancia. Así que si Jackie proclama que está embarazada de mí, no es cierto.

-Si lo que dices es cierto, no será difícil probarlo con una prueba de paternidad.

-Es verdad, y no permitiré que nadie me demande declarando que soy el padre del bebé. Jared miró a Sylvester pasear por la habitación.

-No me sorprendería que te volvieras a casar a las pocas horas de divorciarte, ¿me equivoco? Sylvester dejó de caminar y miró a Jared.

-Sí, te equivocas. Yo amaba a Jackie y no estaba saliendo con nadie más. Con ella no me he aburrido ni un momento, la excitación era permanente. Ella era distinta. Por primera vez en mi vida me enamoré. Por eso estoy tan disgustado. Jackie se niega a ser sincera conmigo, aun después de haberle dicho que soy estéril y que ese niño no puede ser mío. Ahora dice que soy yo el que miente -con rabia, golpeó el escritorio con el puño-. No se puede confiar en las mujeres. No me volveré a casar.

Jared se quedó callado unos segundos. Luego asintió. Pero estaba seguro de que Brewster no cumpliría esa promesa. El matrimonio era una adicción para Brewster. Una adicción que Jared se alegraba de no compartir.

-Me pondré en contacto con el abogado de Jackie la semana que viene. Siento que hayáis llegado a esto, porque hacíais buena pareja. Pero si estás seguro de que te ha sido infiel...

-Estoy seguro. No conozco el nombre del hombre con el que está liada, pero hubo una aventura. Su embarazo es prueba de ello.

Media hora más tarde, Jared terminó de grabar información en su grabadora para que la transcribiera su secretaria. Se puso de pie y se acercó a la ventana. Era otra mañana que no iba bien. Lo primero que había sucedido era que se había encontrado con esa nota en el periódico a la hora del desayuno.

Luego había ido a Garbella Joyeros, en cuanto habían abierto, y se

había encontrado con que ya habían vendido el anillo. Había terminado comprando otro anillo y se estaba rompiendo la cabeza tratando de encontrar una excusa para darle a su familia de por qué Dana no llevaba el mismo anillo. Lo único que se le ocurría era decir que el que había comprado tenía un diamante más grande y que le parecía que a Dana le gustaría más.

Suspiró mientras miraba el reloj. Era hora de marcharse, si quería ir a recoger a Dana para almorzar.

Dana.

Empezaba a ser un problema. El no había considerado su propuesta un asunto de negocios, si no, habría extendido algún documento entre ellos. Ella sólo le estaba haciendo un favor. Se habían hecho favores anteriormente, así que él sabía que cumpliría su palabra. Pero había algunos factores con los que no había contado.

Como la fuerte atracción que sentía por ella. Y los sueños que había tenido. La pasada noche había soñado con sus piernas y sus muslos, y otras partes de su cuerpo que no había visto. En sus sueños había acariciado la suave piel de la parte interna de su muslo y había deslizado los dedos dentro de su calor húmedo. Y luego habían estado los besos... Su boca temblaba de sólo recordar con su lengua su sabor. Con sólo pensar en ella, ya se excitaba.

¡Dios Santo! No comprendía aquella inusual química sexual que había entre ellos. Él estaba acostumbrado a las mujeres guapas. ¡Hasta había salido con una Miss Georgia! Entonces, ¿qué tenía Dana Rollins que le hacía estar contando los minutos que le faltaban para verla?

No le gustaba reconocerlo, pero las mujeres con las que había salido antes, habían sido muy egocéntricas, muy agresivas y habituadas a hacer siempre lo que querían. Pero Dana, no. Era una persona con fuerza de voluntad. Y aunque él había tenido una muestra de su explosivo carácter la vez que había irrumpido en su despacho, sabía que era una persona amable. Se había preocupado del bienestar de su madre lo suficiente como para aceptar la farsa de su compromiso.

Y hablando de su madre. A Sarah Westmoreland le gustaba Dana. El día antes su madre había llegado a sugerirle que tuvieran un compromiso corto y una boda en junio. Él la había decepcionado diciéndole que eso era imposible. No obstante, tenía que admitir, la cara de felicidad de su madre valía aquella farsa, pensó.

Jared se rascó la cabeza recordando la conversación que había tenido con Daré la noche anterior. Realmente estaba convencido de lo que le había dicho a su primo. Entre Dana y él no habría nada, por más que se sintiera atraído hacia ella. No era la primera vez que se sentía atraído por una mujer, ni sería la última.

La reunión con Sylvester había reafirmado su convicción de que el matrimonio no era lo que la gente pensaba, y deseaba acabar sus días sobre la tierra como un hombre soltero.

Cuando se acercó con el coche y vio a Dana, sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

Tenía un aspecto muy profesional, con aquel traje de falda y chaqueta de color azul marino. La falda le llegaba a la rodilla, era más larga que la que había llevado el día anterior, ¡gracias a Dios!, porque de lo contrario no hubiera estado seguro de poder abstenerse de tocar sus piernas. Dana abrió la puerta del coche y se sentó.

-Hola, Jared.

Jared la observó ponerse el cinturón de seguridad e intentó no mirar cómo se le subía la falda al sentarse, dejando al descubierto aquellas largas piernas. Respiró su fragancia, un aroma muy femenino, que era otro detalle para sus fantasías.

-¿Llevas esperando mucho tiempo? -preguntó él, colocándose las gafas de sol e intentando controlar los rápidos latidos de su corazón.

Ella sonrió y se acomodó en el asiento, mostrando involuntariamente más muslo. El pulso de Jared se aceleró más.

-No, he salido hace un momento. Llegas justo a tiempo.

Jared intentó concentrarse en el tráfico.

-¿Has podido recuperar el anillo?

-No -volvió la vista hacia ella en un semáforo-. Ya lo habían vendido, así que he tenido que comprar otro -la observó torcer su atractiva boca.

-¿Y qué le diremos a tu familia?

-Que éste me gustaba más -Jared suspiró.

Era verdad. Todavía no comprendía por qué le molestaba ver el anillo de Cord en el dedo de Dana. Probablemente sería porque conocía toda la historia y sabía que ella se merecía algo mejor.

-La historia va a tener que sonar convincente cuando se la cuentes -dijo ella frunciendo el ceño. Jared se rió.

-Soy abogado, no te olvides. Mi trabajo consiste en convencer a la gente.

Ella sonrió.

-Sí, tienes razón. Perdona, me había olvidado -se quedó callada un momento y luego agregó-: De todos modos, ha sido lo mejor.

-¿El qué?

-Comprar otro anillo. El artículo del periódico ha provocado un gran cotilleo en mi oficina, y todos querían ver mi anillo. No se me había ocurrido que si me quedaba con el anillo de Luther ellos lo recordarían.

A él tampoco se le había ocurrido.

-¿Qué les has dicho?

-Que lo estaban haciendo a mi medida. Él asintió.

-Siento haberte puesto en una situación incómoda.

-No hay problema. Sólo que no esperaba que apareciera ese artículo en la prensa. Creí que sólo tenía que fingir este compromiso con tu familia, no con toda Atlanta.

-¿Yeso te trae problemas? –preguntó Jared, dándose cuenta de las implicaciones de su representación.

-No, siempre que no te cause problemas a ti. Jared frunció el ceño y preguntó:

-¿Qué clase de problemas? —detuvo el coche.

-En tu forma de vida. Tú eres uno de los solteros más cotizados de Atlanta. Si estás comprometido conmigo, desapareces del mercado...

Jared sonrió débilmente. Evidentemente sería un cambio en su vida, pero transitorio.

-Mmm... Supongo que sí, pero sólo por un tiempo -la miró fijamente un momento, como si buscase en ella algo que le indicase que quería que fuera de otro modo.

Jared suspiró. No había visto nada. Se alegraba de que ella comprendiera que entre ellos no había nada ni lo habría. Esos ardientes besos no habían significado nada, y no quería que ella confundiera amor con lascivia. Aunque no pensara que efectivamente ella los confundiera. Pero necesitaba asegurarse de que no había malentendidos.

Su compromiso era un juego, y nada más.

Dana estaba frente a Jared en el restaurante. Su presencia había ejercido un gran magnetismo sexual sobre ella desde que la había ido a recoger. Y no pudo evitar recordar la pregunta de Cybil acerca de la relación física entre ellos.

La idea de que Jared pudiera esperar tener una relación íntima con ella la inquietaba. Sabía que era un tema del que debían conversar. Pero ella no había sido capaz de sacar el tema. Durante el viaje habían hablado de diferentes temas sin mencionar para nada su compromiso. Habían hablado del tiempo, de las películas que habían estrenado durante la Semana Santa y de las recientes elecciones de Georgia.

No le sorprendió enterarse de que vivía en el Country Club of the South, una zona exclusiva de Atlanta Norte, en la zona de Alpharetta. Las casas valían millones, y allí vivían varios famosos del cine y el deporte.

-Estás muy callada.

Dana alzó la mirada. Los ojos de Jared parecieron penetrarla con un

calor que le recorrió todo el cuerpo. Ella agarró la taza de café para romper el contacto visual. Cybil le había advertido no involucrarse demasiado, y ella le había dicho, segura, que no ocurriría, pero en aquel momento toda esa seguridad se le estaba desmoronando. Jared Westmoreland era un hombre con el que tenía que poner cierta distancia. Ella era lo suficientemente lista como para leer entre líneas. Y él le había estado diciendo todo el tiempo entre líneas, que no era un hombre a quien debiera entregar su corazón una mujer.

-Mmm... Estaba pensando.

-¿Estás pensando en cambiar de parecer en relación a esto?

Ella lo miró. Aunque su expresión no dejaba entrever nada, ella sabía cuánto significaba la felicidad de su madre para él. Y lo admiraba por ello.

-No, pero hay algo de lo que me gustaría hablar.

Él asintió.

-De acuerdo. ¿De qué quieres hablar?

Dana suspiró profundamente. La química sexual entre ellos estaba presente en todo momento. Aquella fuerte atracción le advertía que podía meterse en algo peligroso.

-Sobre nuestros besos...

-¿Sobre nuestros besos?

Ella bajó nuevamente la mirada hacia la taza al ver el brillo de deseo en los ojos de Jared.

-Sí -dijo por fin, mirándolo otra vez.

-¿Qué ocurre con nuestros besos, Dana?

Dana casi se derritió al ver su mirada mientras le hacía aquella pregunta.

Le hubiera gustado poder contestar que quería más besos. Pero sabía que ésa era una respuesta equivocada.

Dana carraspeó y dijo:

-No quiero que nos lleven a otra cosa... Él la miró un momento. Luego preguntó:

-¿En tu definición de «otras cosas» incluyes esas cosas que nunca hiciste con Cord?

-Sí -dijo ella después de morderse el labio inferior.

Después de una breve pausa, él dijo:

-¿Dana?

-¿Sí? -tuvo que mirarlo.

-¿Por qué te molesta la idea de hacer el amor conmigo? -preguntó él, suavemente.

Ella sintió un cosquilleo en el vientre al oír su voz sensual. La idea de hacer el amor con él no le molestaba, pero le hacía perder el

equilibrio, y tener fantasías salvajes con él. También la hacía ser más consciente que nunca del estado sexual en el que se encontraba.

Llevaba cuatro años sin acostarse con un hombre. Hasta aquel momento no le había preocupado, pero ahora sentía deseos y sensaciones... Y tenía la intuición de que el hacer el amor con Jared borraría de su mente la idea de que el sexo estaba sobreestimado. Sabía que pedir una relación platónica con Jared no era realista. Después de todo, ella era una mujer. Y él un hombre diferente a todos los que había conocido. Sabía hacerla sentirse atractiva, querida, deseada.

Un silencio denso se extendió entre ellos.

-No me molesta, Jared. Me confunde. Él se quedó callado un rato y luego dijo:

-A pesar de que deseo una relación física contigo, quiero que sepas que nunca te presionaría para que hicieras algo para lo que no estés preparada.

Dana frunció el ceño.

-Ése es el problema, Jared. ¿Cómo puedo saber cuándo estoy preparada para algo? Todo esto es muy nuevo para mí.

-Lo sabrás, Dana. Lo sabrás mejor que nadie -dijo Jared suavemente-. Te mentiría si te dijera que no te deseo. Incluso ahora, te deseo tanto, que me muero por tenerte. Yo no soy Luther Cord. Pero como nuestro compromiso no es real, no espero nada de ti, ni asumo nada. Hasta dónde lleguemos será algo que siempre dependerá de ti.

-Gracias.

Un estremecimiento de deseo pasó por entre ellos. Jared reconoció el deseo en los ojos de Dana pero sabía que ella probablemente rió fuera consciente de él.

Jared maldijo a los dos tontos que habían hecho que ella pensara que el sexo no valía la pena. El no tenía la menor duda de que, si alguna vez le hacía el amor, disfrutarían de un gran placer.

-Y en cuanto a los besos... Pueden ser peligrosos, pero necesarios. Las parejas comprometidas se besan, así que, de nosotros se espera cierta demostración de afecto. Y aunque no tengamos que besarnos cuando estemos solos, disfruto de tus besos, y espero que tú disfrutes besándome también. Pero si prefieres que...

-El besarnos está bien... -lo interrumpió-. Ahora que hemos aclarado las cosas. Como has dicho antes, esto es temporal.

El viaje de vuelta al trabajo de Dana lo hicieron en silencio. Realmente no había mucho que decir.

Cuando Jared aparcó el coche, le dijo:

-Aquí tienes el nuevo anillo -le dio una cajita de terciopelo.

-¡Guau! -exclamó ella al abrirla-. ¿No te parece que esto es

demasiado? -se lo puso en el dedo. Le quedaba perfecto.

Jared sonrió. Por alguna razón, le gustó vérselo puesto.

-No, si se trata de que convenza a mi familia de que hay una buena razón para cambiar el anillo. Simplemente les diré que he visto éste y que he pensado que te quedaría mejor. Se lo tragarán.

Dana asintió. Era un anillo deslumbrante, de diseño exclusivo. Le habría costado una fortuna. Por supuesto que se lo devolvería cuando terminasen la farsa.

-Es precioso, Jared -Dana extendió la mano delante de él.

Jared le sonrió, le agarró la mano y se la besó.

-Me alegro de que te guste.

Dana tragó saliva cuando Jared le soltó la mano. El que le besara la mano había sido totalmente inesperado y ella había sentido un estremecimiento de los pies a la cabeza.

-Ahora quiero hacerte una pregunta -dijo Jared.

-¿Qué?

-¿Son amigas tuyas esas dos personas? Nos están mirando desde que hemos llegado.

Dana siguió su mirada y vio a Mary Bonner y a Helen Fisher de pie en la entrada del edificio, fingiendo estar conversando.

-No son amigas. Son compañeras de trabajo. Las más cotillas de todo el edificio.

-Entonces, ¿qué te parece si les damos algún motivo para cotillear?

Dana sonrió. Ella sabía lo que iría a continuación. Pero como habían dicho que las parejas comprometidas se besaban en público algunas veces...

-De acuerdo.

Jared tiró de ella hasta casi colocarla encima de su regazo. Dana se sobresaltó. Luego Jared la besó. Su cuerpo reaccionó instintivamente. El beso fue suave, amable, lento y caliente. También fue minucioso, tan completo que ella sintió que la sangre estallaba por todo su cuerpo. El beso número tres fue tan bueno como los anteriores, e incluso mejor. Jared la hizo concentrarse en el ascenso de su propio deseo. Su lengua jugó con la de ella y la hizo sentir un deseo urgente, desesperado. A él lo consumió el deseo. Su sexo duro y fuerte se apretó contra el vientre de ella.

Lentamente Jared se separó. Y ella puso las manos en el pecho musculoso y viril de Jared para recuperar la respiración normal. Estaba derretida por dentro, y un calor intenso que jamás había sentido antes se alzó entre sus piernas.

Capítulo Cinco

-¿Y? ¿Crees que ha funcionado? -preguntó Jared, bajando la cabeza para probar el sabor de la comisura de sus labios mientras ponía a Dana nuevamente en su asiento.

La respiración de Jared estaba caliente y su lengua húmeda, y parecía estar perdiendo el control.

-Sí -dijo ella-. Estoy segura de que no dejarán de hablar de nosotros.

El jardín y el patio de los Westmoreland estaban iluminados. Habían colocado mesas y sillas frente al lago y se había dejado una zona vacía para bailar. En el aire había olor a costillas y pollos de la barbacoa, y una enorme carpa cubría las mesas servidas con deliciosa comida.

Además de a los hermanos y primos de Jared, habían invitado a la barbacoa a amigos y antiguos compañeros de colegio.

Dana suspiró mientras miraba alrededor. La habían presentado como la prometida de Jared a todos los asistentes, y cuando le habían preguntado cuándo sería la boda, ella sólo había sonreído y había dicho que todavía no habían fijado una fecha, pero que no creía que fuera aquel año.

-Comprendo por qué Jared prefiere este anillo -dijo Madison, haciendo que Dana dejara sus pensamientos y volviera a prestar atención a lo que la rodeaba.

Jared había tenido razón. Su familia había aceptado sin problemas la razón para cambiar de anillo.

-Es precioso, ¿no crees? -dijo Tara-. El otro era bonito, pero éste es más estilo Jared.

Dana hubiera preguntado qué quería decir con aquello, pero apareció la madre de Jared.

-¿Te lo estás pasando bien, Dana? -preguntó Sarah, sonriendo. Dana sonrió.

-Sí, gracias por invitarme.

-No hace falta que me des las gracias. Ahora eres de la familia.

Dana asintió. Le molestaba engañar a la mujer.

-Has sido el secreto mejor guardado de Jared. Nunca dejó entrever que salía en serio con alguien. De hecho, yo he pensado que no salía con nadie. Siempre decía que no se casaría jamás. Eso te demuestra lo que puede suceder cuando alguien se enamora. Y es evidente que está enamoradísimo -sonrió su madre—. No te quita la vista de encima. Nunca lo he visto así con una mujer, y estoy muy contenta de que así sea.

Dana pensó que esa felicidad era la responsable de toda aquella farsa. Y el recordarlo, sin saber por qué, le bajó el ánimo.

-¿Qué te ha parecido la sala de proyecciones de Jared? -le preguntó Jayla minutos más tarde, cuando la conversación había pasado de hablar de Jared y Dana a las películas que estaban poniendo en el cine.

Dana no sabía de qué le estaba hablando. Pero intuía que se suponía que tenía que saberlo.

-¿La sala de proyecciones de Jared? Shelly sonrió.

-¿Es que no te ha contado la reforma que está haciendo? ¿Cuándo fue la última vez que estuviste en su casa?

Dana no sabía qué decir. No podía decir que no había estado nunca en casa de Jared, porque habría parecido extraño. Abrió la boca para decir algo, pero entonces apareció Jared a su lado. Y besó su boca, acallando la mentira que iba a improvisar.

-Ven a bailar conmigo, cariño -miró a su madre y a sus primas-. Perdonadnos un momento -dijo, antes de llevarse a Dana a la pista de baile.

Jared la estrechó en sus brazos y la miró. Le gustaba sentir el contacto de sus senos contra su pecho musculoso y viril, y el perfecto acoplamiento de su cuerpo al de él.

-¿Te he rescatado a tiempo? -le preguntó Jared, sonriendo.

Deseó estar a solas con ella y besarla del modo que había estado imaginando toda la noche.

-Iba a buscarte cuando oí la pregunta de Jayla sobre la sala de proyecciones. Ella alzó la cara y sonrió.

-Sí, me has salvado a tiempo. Hubiera sido raro que no conociera tu casa. ¿Hay algo que tenga que saber de esa habitación por si alguien me pregunta?

Jared deslizó suavemente su mano por encima del brazo de ella. Notó que Dana se estremecía, y le gustó causar aquel efecto.

Pero a él también le pasaban cosas, como la tensión que tenía en sus partes bajas. La deseaba, y con sus cuerpos tan juntos era imposible que ella no notase su excitación.

-Me gusta ver películas antiguas y he instalado una sala de proyecciones casera, con la última tecnología. El sistema de sonido es mejor que el de cualquier sala.

En realidad, a él no le apetecía hablar de aquello. Lo que le apetecía hacer era apretarla contra su cuerpo y besarla interminablemente.

Dana sonrió.

-Mmmm... Me siento impresionada.

Él estuvo a punto de decirle que además de impresionada estaba excitada.

Y su excitación aumentaba la de él.

Dana sabía cómo estar atractiva, ciertamente. Llevaba un vestido verde con escote en uve por encima de la rodilla, que se ajustaba perfectamente a sus curvas, y evidenciaba la estrecha cintura que tenía su bonito trasero. Su aspecto lo había estado matando desde que la había visto. Reprimió un gemido. Dana Rollins era sutil, pero provocativamente sexy.

-Creo que es hora de que conozcas mi casa, para que no vuelvas a tener estos problemas. Me encantaría que vinieras a cenar a mi casa -dijo él, bajando la cabeza y rozando suavemente con sus labios la boca de ella.

Buscó una excusa para besarla, y no le importó tener público. Al menos eso se dijo. Le gustaba sentir su boca. No veía el momento de poder tenerla a solas.

Ella se rió y lo miró.

-¿Sabes cocinar?

El sonrió.

-Sí. Así que, ¿qué te parece este fin de semana?

-Este fin de semana me voy fuera, a Brunswick. El sábado es el cumpleaños de mi madre y quiero ponerle flores en la tumba.

Jared vio que sus ojos habían dejado de brillar. También había oído la tristeza en su voz, y se imaginó que para ella sería doloroso ir a visitar la tumba de sus padres.

-Estaré contigo en el pensamiento este fin de semana -dijo Jared. La abrazó. Luego le preguntó-: ¿Qué te parece entonces si cenamos en mi casa la semana siguiente a tu regreso?

Ella sonrió. Se había sentido conmovida al imaginar que él pensaría en ella el fin de semana.

-Me encantaría -le respondió Dana cuando terminó la música.

Era cerca de la una de la mañana cuando Jared llevó a Dana a su casa. Aunque era tarde, ella lo invitó a tomar un café. Y él aceptó, lo que no la sorprendió.

Habían compartido algunos bailes lentos, y cada vez que habían bailado ella había notado su excitación, y estaba segura de que él también se había dado cuenta de que ella estaba excitada.

En un momento dado, Jared la había llevado a una zona oscura del patio y había estado a punto de besarla, cuando los había interrumpido Durango. Ella había notado la mirada asesina que Jared le había dedicado a su hermano, pero éste simplemente se había reído.

Pero ahora estaban en su casa, y estaban solos.

En cuanto Dana cerró la puerta, él la estrechó en sus brazos y la besó interminablemente. Su lengua fue una ardiente tortura para ella.

Jared sintió un deseo desesperado al notar que el cuerpo de Dana parecía disolverse en el de él, y en ese momento tuvo que tocarla, saborearla, acariciarla. Le acarició los brazos y los hombros, y sintió su gemido de placer contra su boca. Entonces siguió besándola hambrientamente, desesperadamente; en aquel momento necesitaba probarla, tanto como respirar. Y ella se aferró a él, besándolo, haciéndole perder el control casi por completo.

Un momento después, Jared se apartó para no sucumbir a la tentación de alzar a Dana en sus brazos y llevarla a la cama, y hacerle el amor toda la noche.

Jared la miró. Vio el deseo en sus ojos y su cuerpo masculino reaccionó. Se inclinó y besó su cuello, y le gustó su sabor. Hubiera querido probarla toda. Debajo de su lengua la sintió estremecerse, y él se excitó más, y supo que si no paraba, cedería a la tentación.

Pero él no quería parar. La deseaba con una intensidad que lo abrumaba.

Con un gran esfuerzo, se echó atrás y la miró. Hubiera dado cualquier cosa por quitarle el vestido y tenerla desnuda. Entonces hubiera tocado sus pechos, y luego los hubiera acariciado con su lengua, succionando sus pezones hasta volverla loca. Se habría arrodillado y habría seguido con su boca el sendero de sus piernas hacia su cuerpo, hasta que hubiera llegado a...

-¿Jared? -susurró suavemente ella.

-¿Sí? -respondió con la voz ronca de deseo.

-Creo que deberías marcharte.

Él tomó aliento. Sabía que pedirle que se marchase era un modo de decirle que todavía no estaba preparada para ir a la cama, y si él seguía allí, definitivamente la llevaría a la cama.

La había escuchado, pero todavía una parte de él, la que la deseaba y necesitaba, quiso insistir.

-Me deseas, Dana. Lo veo en tus ojos. Lo oigo en tu respiración. Lo siento en tus besos. ¿Por qué te niegas lo que quieres?

Ella le puso un dedo en los labios y dijo:

-Sí, te deseo, pero no puedo verme involucrada en una aventura sin importancia, Jared. En cuanto tu madre esté fuera de peligro, tú romperás este compromiso y te marcharás. ¿Lo niegas?

Ella se quedó mirándolo, esperando una respuesta, y le dio la única que podía darle.

-No, no lo niego.

-Entonces, lo mejor es no ceder a mis deseos -respondió ella, dando un paso atrás. Él frunció el ceño.

-No puedo darte más, Dana.

-Y yo no te he pedido más, Jared. Entonces tampoco debes esperar que yo te dé más de lo que puedo dar.

Jared se pasó la mano por la mandíbula.

-¿Por qué hacer las cosas tan complicadas?

-No quiero hacerlas complicadas, justamente. Si por un momento pensara que sería capaz de manejar una aventura contigo, en este momento estaríamos en mi dormitorio. Pero no puedo -terminó de hablar tan frustrada como suponía estaría él.

Jared suspiró, tiró de ella y la estrechó en sus brazos.

-Oye, lo siento. No he querido presionarte, sobre todo porque te he dicho que no lo haría. Pero te deseo de un modo en que no debería desearte. Creo que nunca he deseado tanto a una mujer.

Jared no deseaba otra cosa que abrazarla y permanecer así sin límite de tiempo. No sabía cuánto tiempo podrían mantener la farsa, pero empezaba a preocuparle. De algún modo necesitaba crearse inmunidad contra aquellos deseos que le acometían cuando estaba con ella.

Momentos más tarde, Jared se echó hacia atrás y la miró:

-Estaré fuera de la ciudad esta semana. No volveré hasta el viernes por la noche tarde. ¿Cuándo te marchas tú?

-El sábado por la mañana temprano. Tengo siete horas de viaje en coche, porque me gusta tomar la ruta con paisajes y pasar la noche en una de las Islas Sea.

Jared le rodeó los hombros con un brazo.

-¿En cuál?

-En Jekyll Island. Es hermosa y está cerca de Brunswick. Mis padres me llevaban de acampada allí todos los años.

-¿Cuándo estarás de vuelta?

-Probablemente el domingo por la noche, tarde.

Jared asintió. Si se marchaba el sábado por la mañana quería decir que no la vería hasta que volviese. Se inclinó y la besó una vez más, apretándola contra él. Sintió que la punta de sus pechos se endurecía al contacto con su torso, y él reaccionó apretando su erección contra el vientre de ella. La sensación se irradió a todo su cuerpo, y él la besó más profundamente, probando su sabor, penetrando su boca con su lengua, volviéndola loca y volviéndose loco de deseo.

-Échame de menos cuando me vaya -susurró él cuando finalmente la soltó.

Sabía que tenía que marcharse. Si se quedaba un minuto más no sería capaz de controlarse.

-Buenas noches, Dana.

Jared abrió la puerta y se marchó.

Dana suspiró profundamente y se apoyó en la puerta, echando de menos a Jared inmediatamente. Tenía que ser realista en relación con su compromiso ficticio, si no, se enamoraría de él. Y eso era algo que no debía permitir que sucediera.

Dos horas más tarde, Jared estaba tumbado en la cama, despierto, mirando al techo. Tal vez estuviera yendo muy rápido con Dana y tuviera que frenarse un poco. Él tenía fama de ser un hombre controlado, pero con Dana perdía el control totalmente.

Deseó poder dejar de pensar en el deseo que sentía por ella, pero era imposible. Él no había tenido intención de que su compromiso los llevase a una breve aventura. Le costaba centrarse y pensar que todo aquello era ficticio.

Hasta sus hermanos y primos le tomaban el pelo por lo enamorado que lo veían. Su padre le había hablado a solas y le había preguntado si estaba seguro de que podría esperar un año para la boda.

¡Dios! ¿Era tan obvio cuánto la deseaba?

Y por un momento, aquella noche, cuando se la había presentado a amigos y vecinos, realmente la había considerado suya.

Era una tontería, reflexionó. Nunca había considerado suya a una mujer, porque no le gustaba que ninguna mujer lo considerase suyo. A él sólo le interesaba la parte física de una relación, no la emocional. Tenía suficiente con los líos de sus clientes como para experimentarlos por sí mismo.

Atravesó la habitación y sacó un bañador de un cajón. Se quitó el pijama y se puso el bañador. Todavía estaba excitado. Tal vez un baño en la piscina pudiera enfriarlo y tranquilizar su mente.

Era casi de madrugada cuando volvió a acostarse. Su cuerpo estaba agotado, pero su mente seguía pensando en Dana.

Los siguientes días Dana estuvo muy ocupada. Los rumores acerca de su compromiso habían cobrado realidad, y se había corrido la voz de que llevaba en el dedo un diamante como una roca. Más de un curioso se había acercado a su despacho para mirarlo disimuladamente.

El martes por la mañana recibió una inesperada llamada de la madre de Jared.

-Señora Westmoreland, ¡qué agradable sorpresa! -le dijo sonriendo.

Cuanto más la conocía más le gustaba, pensó Dana, principalmente porque le recordaba a su madre: amistosa, dispuesta, dedicada a su familia.

-Dana, ¿cómo estás, guapa? Iba a preguntarte si querías almorzar conmigo en Chase's Place, ¿qué te parece?

-No hay problema. ¿A las doce?

-Perfecto. ¿Sabes cómo ir o quieres que te indique cómo llegar?

-Sí, sé cómo llegar. Es un lugar al que van muchos compañeros de trabajo. He ido allí un par de veces, además. La comida es fantástica.

-Sí, lo es. Chase todavía usa algunas de las recetas secretas de la familia Westmoreland.

Unas horas más tarde, mientras Dana conducía hacia Chase's Place, no pudo evitar pensar en Jared. Había dejado un mensaje en el contestador la noche anterior para decirle adonde se había ido, una información que una prometida debía saber. Incluso había dejado el número donde podía encontrarlo si lo necesitaba.

Pero ella no lo necesitaba. Lamentablemente tenía que recordárselo a sí misma muchas veces aquellos días. Tenía que tomarse la relación con Jared en su justa medida. Puesto que él mismo había reconocido que una vez que terminase aquella farsa él desaparecería de su vida.

Una voz interior le decía que disfrutase de lo que le diera, y otra le advertía que no se enamorase de él. Aunque debía admitir que ya estaba medio enamorada.

Se le hizo un nudo en la garganta. No quería admitir nada. La vida le había enseñado que no tenía que depender de otros. La pérdida de sus padres, de Matt y de Luther, dos hombres que habían entrado en su vida y luego se habían marchado, se lo había enseñado. Y ahora Jared pensaba hacer lo mismo.

Dana vio a la madre de Jared sentada frente a una mesa. Pensó que Sarah Westmoreland era hermosa a sus cincuenta y siete años. Su sonrisa le daba una gracia especial. Sabía que no sería sólo una suegra para sus nueras. Que sería como una segunda madre.

-Señora Westmoreland -dijo Dana al acercarse a ella.

-Dana, me alegro de verte otra vez -la mujer se levantó y le dio un abrazo.

Era una persona cariñosa, encantadora, pensó Dana. Y notó la excitación en la voz de la mujer.

-Yo también me alegro de verla. Cuando se sentaron, la señora Westmoreland sonrió y dijo:

-¿Qué tal te van las cosas en el trabajo? Jared me ha dicho que eres arquitecto de jardines. Da la impresión de ser una profesión interesante.

-Lo es -sonrió Dana-. Mi padres tenían un semillero, así que me acostumbré desde muy pequeña a las plantas, los árboles y los arbustos -hizo una pausa cuando la camarera les llevó dos vasos de agua y la carta-. Hay gente que no entiende que intervenga una diseñadora de jardines cuando se construye un edificio. Mi trabajo es hacer que la zona exterior de un edificio no sólo sea bonita sino compatible con el

entorno natural.

Sarah Westmoreland asintió. Luego la miró con tristeza.

-Jared me ha contado lo de tus padres. Debe de haber sido muy duro para ti. Ella asintió.

-Sí, lo ha sido. Era hija única y estaba muy unida a mis padres. Su muerte me dejó sin familia. Sarah sonrió.

-Bueno, eso ha cambiado ahora. Como te he dicho el otro día, los Westmoreland somos tu familia ahora y quiero que te sientas parte de nosotros.

-Gracias -Dana sintió un nudo en la garganta.

Odiaba engañar a la familia de Jared, aunque fuera por una buena razón.

Dana miró la carta. No era capaz de mirar a la señora Westmoreland a los ojos.

-Entonces, bonita, ¿has tenido noticias de Jared? Dana alzó la vista.

-Llamó anoche -se alegraba de que no fuera mentira.

-Estoy segura de que te echa de menos.

Dana sonrió. Dudaba que él la echase de menos, pero ella ciertamente sí lo echaba de menos, aunque no quisiera.

Dana bebió otro sorbo de agua, y decidió cambiar de tema.

-¿Qué tal se encuentra? -preguntó.

-Bien. Seguro que Jared te ha contado que tuve cáncer de mama hace unos años, y que hace poco me encontraron otro bulto. Pero es posible que no sea más que un bulto de grasa. Me lo van a quitar dentro de dos semanas, y entonces sabremos los resultados. Sea lo que sea, lo afrontaré. Soy la primera en reconocer que la quimioterapia y la radioterapia me sentaron mal, pero si tengo que pasar por ellas, lo haré. Soy una luchadora, Dana. Mi familia me da motivos para luchar. Y no veo el día de ser abuela -dijo excitada-. Jared me ha dicho que queréis tener hijos...

Dana pensó que Jared se había excedido un poco en su papel. Ni siquiera habían hablado de ese tema.

En ese momento la camarera se acercó a tomares nota. Dana lo agradeció internamente. Bastante tenía con fingir un compromiso, para que ahora pensara en tener hijos con Jared.

Capítulo Seis

El miércoles por la noche, después de dar de comer a Tom, Dana se arrebujó en su sillón favorito para leer y relajarse. Había sido un día difícil en el trabajo. Un cliente se había puesto furioso porque el Ayuntamiento no le había dado permiso para construir una cascada en el edificio de su empresa. Pero quería desconectar de los problemas de su trabajo, y prefirió recordar el almuerzo con la madre de Jared. Había establecido un lazo especial con Sarah, algo que no debía sentir, ni se merecía, porque no era la verdadera prometida de su hijo. Y se preguntó qué pensaría su familia cuando cortasen su relación, algo que podría suceder quince días más tarde.

Al oír el timbre, levantó la cabeza del libro. Miró su reloj. Eran apenas las seis y no esperaba a nadie. Cybil y Ben habían decidido tomarse la semana para ir a Tennessee a visitar al hermano de Ben.

En el momento en que miró por la mirilla, su corazón se paró. Era Jared. No lo esperaba hasta el viernes.

Tomó aliento y abrió la puerta.

—¡Jared, has vuelto!

El se apoyó en el quicio de la puerta y se miraron.

—Sí, he terminado antes de lo esperado, pero no he ido a casa todavía. He pensado pasar por aquí primero.

Dana sintió curiosidad por saber por qué había ido allí antes que a su casa. Lo único que se le ocurría era que se hubiera enterado de que había comido con su madre. Pero podría haberla llamado por teléfono para tener esa información.

Dana movió la cabeza y lo miró. Su presencia masculina era tan sólida y fuerte, que casi no podía hablar.

-Entra...

Jared suspiró en cuanto entró. La cara de Dana le había indicado que estaba sorprendida de que hubiera ido allí directamente desde el aeropuerto. ¡Maldita sea! Él mismo estaba sorprendido. La había echado de menos terriblemente, y en lo único que había podido pensar era en ir a verla en cuanto el avión aterrizara.

La miró. El sol del final de la tarde parecía hacerla resplandecer. Sólo podía estar allí de pie y mirarla. Y pensar lo hermosa que estaba con aquellos shorts y aquella camiseta que decía: Soy tuya.

La idea de que fuera suya lo excitó.

Claramente el estar a solas con ella le produjo un cortocircuito, y el calor que primero sintió en el vientre se expandió hasta llegarle más

abajo. Res¬piró su fragancia femenina y se embriagó.

-¿Me has echado de menos? -le preguntó.

Deseaba con todas sus fuerzas que lo hubiera echado de menos. Al mismo tiempo no comprendía que él la hubiera echado de menos, si ella no lo había hecho.

Dana intentó apartar el estremecimiento de su cuerpo. Por supuesto que lo había echado de menos. Pero maldecía el que se lo hubiera preguntado.

Enseguida recordó lo que había ocurrido la última vez que habían estado en aquel mismo sitio. Y sintió un calor en todo el cuerpo.

-¿Y tú me has echado de menos? -preguntó Dana de pronto.

Los ojos de Jared se llenaron de un brillo pícaro al ver que Dana le había dado la vuelta a la pregunta.

-¡Oh, sí! Te he echado de menos. He pensado en ti todos los días, y en esos sueños hacía todas las cosas que todavía no estás preparada para hacer. Hacía que te dieras cuenta de lo maravilloso que es que dos personas... las personas apropiadas, hagan el amor.

Jared se cruzó de brazos, y después de un momento de silencio, dijo:

-De acuerdo. Yo ya he contestado tu pregunta. Pero tú no la mía. ¿Me has echado de menos? -repitió.

Se quedaron mirándose, conscientes de que había algo entre ellos, una fuerza terrible en la atmósfera.

La química entre ellos era más intensa que nunca. Y en ese momento, Dana pensó qué pasaría si le decía que sí lo había echado de menos con la misma intensidad que se lo había dicho él.

Ella también había soñado con él, y cada vez que había invadido sus sueños había hecho el amor con ella. Pero se había sentido segura pensando que cuando se despertase podría enfrentarse a la realidad. Pero una parte secreta de ella se moría por ver si el sueño tenía alguna relación con la realidad.

En sus sueños le había entregado todo a él, y Jared le había hecho sentir un placer imposible de imaginar. ¿Podría hacerla llegar al orgasmo tantas veces como en sus sueños?, se preguntó.

-¿Dana?

-¿Sí?

-Te he preguntado si me has echado de menos.

-Sí, te he echado de menos. Y también he soñando contigo -le dijo Dana y observó a Jared tomar aliento.

Jared descruzó los brazos y dijo:

-Y en esos sueños...

-Eso es algo que sólo yo sé -respondió ella. Jared sonrió.

-¿Y yo no puedo averiguarlo?

-No creo que puedas.

Jared alzó una ceja y Dana se dio cuenta de que había cometido un error. Lo había desafiado.

Dana no pudo evitar mirar la cremallera de su pantalón y se excitó al descubrir lo que vio. Estaba excitado. Ella tragó saliva y levantó la mirada. Quiso recordar la conversación que habían tenido en su casa la otra vez, pero lo único que lograba era desearlo más.

-Creí que habíamos decidido no complicar más las cosas -comentó ella, tratando de recuperar la cordura.

-Averiguar tus sueños conmigo es algo poco complicado. Y muy placentero para ambos. Dana vio el deseo en su mirada.

-No voy a acostarme contigo, Jared. Jared alzó una ceja y la miró. Entonces se dio cuenta de que lo había desafiado nuevamente.

-Ya te lo he dicho, Dana, no haré nada que no quieras hacer.

-¿Y qué estás haciendo ahora si no es presionarme?

-Intentar destruir tu teoría de que el sexo está sobreestimado. Pero no tengo que dormir contigo para eso.

-¿No?

-No.

Daría tragó saliva. Vio la intensidad de su mirada. Le creía. Ahora comprendía por qué era uno de los abogados con más éxito de Atlanta.

-Poco a poco, lentamente intentas conseguirlo... Desde el tono de su voz a sus palabras, estaba intentando romper sus defensas.

-Pero también soy minucioso, Dana.

Ella volvió a tragar saliva, y se preguntó por qué diablos se lo hacía tan difícil. Pero la otra parte de ella tenía curiosidad. ¿Realmente podría probarle que el sexo valía la pena? ¿Qué haría para probarlo?

-Una vez me preguntaste cómo sabrías cuándo estabas preparada, Dana. Es posible que no estés preparada para acostarte conmigo, pero yo creo que estás preparada para esto. ¿Tú qué opinas?

Dana suspiró. Cómo podía saberlo, si no sabía de qué le hablaba exactamente.

Pero algo le decía que si no aceptaba aquella experiencia, se arrepentiría.

-Tal vez tengas razón... Jared asintió.

-Tendrás que ser tú quien lo proponga...

Hubo un silencio entre ellos. Luego, finalmente, Dana acortó la distancia que los separaba y se detuvo frente a él. Lo miró. La quemaba el deseo.

-Eso estoy haciendo...

Jared sonrió. Le gustaba todo de Dana: su sonrisa, su cuerpo, su

mente. El agitó la cabeza. Y se olvidó de lo que le gustaba. Era hora de concentrarse en lo que quería. Dana Rollins era una mujer muy seductora.

Y él la deseaba.

Le había dicho que no se acostarían, pero pensaba volverla loca... Llevarla hasta el límite, hasta que no pudiera aguantar más.

-¿Confías en mí, Dana?

Ella asintió, sabiendo lo que estaba preguntando y por qué lo estaba preguntando.

Ella lo miró intensamente a los ojos cuando contestó:

-Sí, confío en ti.

-Bien.

Y entonces, sin perder más tiempo, la estrechó en sus brazos y rápidamente se movió en dirección al dormitorio de Dana.

-Pero... Tú has dicho que no nos acostaríamos... Jared la miró.

-Y no vamos a hacerlo. Vamos a jugar a un juego. Ella se agarró a la chaqueta de Jared para sujetarse, puesto que él estaba caminando muy rápido.

-¿Un juego?

-Sí. Mi versión de «Luz roja, luz verde».

-¡Oh!

Jared sonrió al pensar en las posibilidades mientras la colocaba en la cama. Se alegraba de que Tom no estuviera por allí. Y para asegurarse de que el gato no apareciera más tarde, Jared cerró la puerta.

Suspiró cuando volvió junto a Dana, al ver una mirada de duda en sus ojos.

-¿Has cambiado de opinión? -preguntó, respetando sus dudas y temores.

No quería sólo satisfacer su deseo, sino enseñarle lo maravilloso que podía ser compartir el placer.

Dana lo miró mientras se echaba hacia atrás en la cama. Él intentó no concentrarse en sus piernas y muslos.

-No. No he cambiado de parecer, Jared.

-¿Estás segura?

-Sí.

Jared se alejó de la puerta y se quedó de pie a los pies de la cama.

-Entonces, déjame que te cuente lo de este juego -dijo Jared, quitándose la chaqueta y dejándola en una silla-. La luz siempre estará verde, permitiéndome saber que puedo seguir adelante.

Pero si en algún momento te sientes presionada, abrumada, o quieres que pare, bastará con que digas «luz roja», ¿de acuerdo?

Ella asintió lentamente. En realidad, lo único que comprendía era lo atractivo que estaba él allí, junto a la cama, sobre todo con aquella excitación tan evidente. Dana se preguntó qué sacaría Jared con aquel juego.

Como si él hubiera adivinado sus pensamientos, le dijo:

-No se trata de mí. Se trata de ti. Yo puedo manejar las cosas... Y cómo lo haga es cosa mía.

-¿Y yo no puedo averiguarlo? -preguntó ella. Él se rió.

-Sí, algún día.

Jared se acercó a la cama y apoyó una rodilla. La estrechó en sus brazos y susurró:

-Luz verde -bajó la cabeza y la besó.

En el momento en que su lengua penetró la boca de Dana, un ardiente deseo se apoderó de él. Nunca había deseado a nadie de aquella manera tan desesperada. La besó de la misma forma en que había soñado hacerlo, y se sintió feliz al ver que ella se lo devolvía con la misma pasión. Aquello lo excitó más aún.

De pronto, ella dejó de besarlo y dijo casi sin aliento:

—Luz roja. Jared la miró.

—Tenía que respirar... -le explicó ella. Él no dijo nada, pero siguió mirándola. La vio lamerse los labios después de tomar aliento.

—Luz verde —dijo Dana.

Él estaba listo. Volvió a besarla y tiró de ella hacia arriba y la apretó contra su erección. No sólo quería que la viera sino que la notase y que viera el efecto que tenía ella en él. Palmeó su trasero, y luego le acarició los muslos. Después deslizó lentamente su mano hacia la zona que había entre sus piernas. Quería tocarla, pero tenía un short que se lo impedía.

Jared se echó atrás y dijo:

-Luz roja -sonrió al oír el gemido de frustración de Dana-. ¿Puedo quitarte la camiseta y los shorts?

Dana lo miró un momento, derretida bajo la mirada de Jared.

-Luz verde -respondió.

Jared casi se quedó sin aliento. Dana le había dado luz verde para seguir adelante, y él iba a intentar aprovecharlo.

Se inclinó hacia ella y le quitó la camiseta, luego la tiró. Dana se quedó con el torso desnudo, a excepción de un sujetador negro. A Jared se le hizo la boca agua al imaginarse sus pechos. Pero él era un hombre de palabra, y le había dicho que la dejaría decidir a ella. Si no se quería quitar el sujetador, probaría sus pechos sin quitárselo.

Miró sus shorts, extendió la mano, y cuando ella levantó las caderas, se los quitó. Tenía braguitas de encaje negras. Nunca le había

gustado tanto la ropa interior negra como en aquel momento. Tiró los shorts junto a la camiseta. Luego, de rodillas se inclinó hacia ella y levantó su sujetador.

Dana se estremeció, pero no protestó. En aquel momento él no habría podido quitar la vista de sus pechos aunque alguien hubiera gritado « ¡Fuego!».

Tuvo que controlar su respiración. ¡Dana tenía los pechos más hermosos del mundo! Eran grandes y firmes. Jared la miró.

-¿Sigue verde la luz? -preguntó seductoramente.

-Sí.

Se acercó y agarró sus pechos. Luego trazó un círculo con la punta de su dedo en el pezón. Primero uno, luego el otro. La oyó respirar profundamente. Yeso lo excitó más. Se inclinó levemente y capturó un pezón entre sus dientes. Luego se lo acarició con la lengua para excitarla más.

Dana apretó la mano en un puño al sentir un placer que jamás había sentido. Apenas podía permanecer en la cama, con aquellas sensaciones que le hacía sentir Jared. Tomaba uno y otro pecho, jugaba con su pezón, se los metía en la boca, la torturaba con su lengua...

Dana cerró los ojos. Dejó escapar un gemido. Y se dio cuenta de que Jared también lo había oído. Pero él no dejó de hacer lo que estaba haciendo. Ella había soñado con que él le hiciera aquello.

Cuando sintió que Jared dejaba sus pezones, abrió los ojos y lo miró.

-¿La luz está verde todavía? –preguntó Jared. Ella asintió. No podía hablar.

-Entonces, túmbate-le pidió él.

Ella le obedeció. Y su vientre se contrajo cuando él empezó a trazar un camino de besos desde sus pechos hasta su ombligo. Y por si eso fuera poco, sintió sus dedos deslizarse por sus braguitas, provocando un fuerte latido entre sus piernas. Dana se olvidó de toda idea de resistencia. Le había dado la luz verde para que hiciera lo que quisiera. Y al parecer, los deseos más fervientes de él la complacían.

Jared notó el calor de Dana. Olió su esencia y su erección aumentó. Intentó olvidarse de su excitación y concentrarse en Dana. Deslizó un dedo por las braguitas y descubrió la humedad de su excitación.

Los dedos de Jared encontraron el camino hacia su feminidad. Dana automáticamente abrió las piernas. Luego Jared se puso manos a la obra, acariciándola hacia delante y hacia atrás, una y otra vez, deleitándose en el sonido de sus gemidos, en sus ronroneos sensuales, en el modo en que pronunciaba su nombre.

Sin dejar de acariciarla con la mano, quitó su boca de su ombligo y

volvió a sus labios, mordiéndolos, dibujándolos con su lengua de lado a lado, y luego penetró su boca con ardiente pasión, sin dejar de acariciarla con los dedos. Notó que Dana estaba más excitada, más húmeda, más caliente. No podía quedarse quieta. Se movía hacia arriba y hacia abajo contra sus dedos, levantando su trasero.

-Jared!

Y entonces ocurrió. Él lo sintió y continuó lo que estaba haciendo, pero levantó la cabeza para mirarla. Le pareció que era hermosa teniendo un orgasmo, y supo en aquel momento que querría verla en la agonía del placer el resto de su vida.

Pestañeó. Y rápidamente apartó aquel pensamiento y se preguntó qué locuras estaba pensando. Dana no tenía lugar en su futuro. Ninguna mujer lo tenía. Pero eso no lo abstuvo de estrecharla en sus brazos y de besarla, y de probar el dulce sabor de su sudor en la frente mientras sus espasmos iban terminando.

Sintió su erección latiendo intensamente. Pero quería reprimir su propia necesidad. Aquél era el momento de Dana, y sería sólo el comienzo. Un día llegaría su momento. Pero mientras tanto...

Jared bajó la cabeza y la besó. No entendía por qué necesitaba sentir su sabor con aquella desesperación. El beso fue rápido, intenso y satisfactorio. Ella suspiró y el sexo de Jared volvió a tensarse.

-¿Qué te parece si salimos mañana por la noche? -susurró él momentos más tarde cuando ella estaba acurrucada en sus brazos, mientras él la abrazaba.

En el fondo de su mente, todavía podía oír los gemidos de placer de Dana.

Dana lo miró. ¿Cómo podía estar pensando en el día siguiente cuando ella todavía estaba afectada por lo que le acababa de hacer? Ella no se había imaginado que podía existir un placer tan grande. Y todo con sus dedos. No quería pensar lo que sería hacer el amor con él.

-¿Mañana? -casi no podía hablar.

-Sí, mañana. Podemos salir a cenar, ver una película y luego dar un paseo por Stone Mountain. Cualquier sitio que no tenga una cama. Tú, mujer, eres una tentación muy grande.

Ella se movió en sus brazos y lo miró. Tal vez fueran sus hormonas las que pensaban por ella, pero cuando se trataba de Jared, quería disfrutar de lo que podía darle, sin medir las consecuencias.

-De acuerdo. Iremos donde quieras. Decide tú.

Él asintió y ella lo observó levantarse de la cama. Todavía tenía puestos los pantalones y la camisa y estaba tan desaliñado como ella. Entonces ella recordó algo importante.

-Ésta ha sido mi primera vez, ¿sabes? Él la miró.

-¿Tu primera vez de qué?

Ella dudó qué decir. Pero al verlo esperar su respuesta, dijo:

-Mi primer orgasmo.

Él la miró en estado de shock. Cuando se le pasó, se acercó a la cama y la abrazó. Luego la obligó a mirarlo.

-Me alegro de que hayas compartido esta primera experiencia conmigo.

-Yo también -sonrió ella.

Jared la volvió a besar. Ella sintió su deseo, pero también una ternura que la sobrecogió.

Jared se separó de ella lentamente, atravesó la habitación y recogió sus shorts y su camiseta. Volvió a la cama y se tomó el tiempo para vestirla, en silencio.

Cuando estuvo vestida, Dana lo miró. Él le acarició la mejilla con un dedo.

-Te llamaré mañana.

-De acuerdo —luego se dio cuenta de que necesitaba decirle algo más-. Comí ayer con tu madre.

-¿Sí? -preguntó Jared, sorprendido.

-Sí. Me llamó y me invitó a comer a Chase's Place. Es encantadora, Jared. Realmente me molesta tener que mentirle, aunque sepa el motivo por el que lo hacemos.

Él asintió y fijó sus ojos en ella.

-No te preocupes. Todo irá bien. Ella sonrió débilmente.

-Espero que tengas razón.

Pero una parte de ella lo dudó.

Porque se estaba enamorando de él.

Capítulo Siete

-¿Qué quieres decir con que existe una posibilidad de que el niño sea mío? -pregunto Sylvester Brewster, en estado de shock.

Jared sacó los documentos del sobre y miró al hombre.

-Lo que digo es que, de acuerdo con este informe médico, basado en el examen médico que te hiciste la semana pasada, no eres estéril. De hecho, tienes un buen recuento de espermatozoides.

Sylvester se hundió en el sillón.

-P... Pero... ¿qué ha pasado con esa enfermedad que tuve en la infancia?

-Según el doctor Frye, es posible que tuvieras un recuento bajo de espermatozoides en algún momento, pero no hay señal de que hayas sido totalmente estéril en ningún momento. No hay nada documentado en la historia clínica.

Sylvester agitó la cabeza, cerró los ojos y dijo:

-No puede ser...

-Te informaron mal. El médico que te diagnosticó esterilidad cuando eras pequeño, evidentemente, se equivocó. Y como eres capaz de engendrar hijos, es bastante posible que el niño de tu esposa sea tuyo, como dice ella.

Sylvester dejó caer la cabeza en el escritorio de Jared.

-¡Maldita sea, Jared! ¡No sabes todo lo que le he dicho! ¡Las cosas de las que la he acusado! Jared asintió. Podía imaginárselo.

-Lo que pone el informe médico es que no eres estéril. No prueba que el niño sea definitivamente tuyo. El siguiente paso es pedir una amniocentesis.

Sylvester levantó la cabeza, confuso y preguntó:

-¿Una qué?

-Una amniocentesis. Es una prueba que se le hace a la madre, generalmente de la semana catorce a la semana veinticuatro de embarazo, para determinar la paternidad de un no nacido. Podemos tener los resultados dentro de dos semanas.

-No.

-¿No? —Jared levantó una ceja.

-No. Ya la he humillado bastante. ¿Has visto la prensa amarilla esta mañana? Alguien ha filtrado mis acusaciones a los medios de comunicación, y está todo ahí. Jackie no me perdonará jamás por no confiar en ella.

Jared pensó que era posible. Aquella mañana había hablado con el

abogado de Jackie Brewster, quien le había informado que su cliente se sentía herida y estaba furiosa, pero que no tenía inconveniente en hacerse una prueba de paternidad. Una vez que se demostrase que Sylvester era el padre del bebé, pensaba demandarlo por haberla humillado públicamente, y tendría que darle por ello hasta el último céntimo que tuviera.

Jared miró a Sylvester.

-Te aconsejo que no tomes ninguna decisión hoy. Llévate el informe a casa y léelo, y luego quedemos un día de la semana próxima para hablar sobre cómo vamos a proceder.

-No quiero el divorcio, Jared. Quiero volver con mi esposa. Estaba equivocado. Debí confiar en ella. La amo y le debo una disculpa inmensa.

A Jared casi se le escapa decirle que hacía dos semanas, cuando creía que era estéril, le había dicho algo muy diferente.

-Sí, pero dudo que la señora Brewster tenga esa idea ahora en la cabeza. Según su abogado, no quiere verte, ni hablar contigo. Como abogado tuyo, te sugiero que no intentes ponerte en contacto con ella hasta que determinemos nuestro próximo paso.

Treinta minutos más tarde, Jared estaba mirando por la ventana. Sylvester se había metido en un lío. El amor que sentía por su esposa había sido manchado por su desconfianza. ¿Tendría alguna posibilidad de sobrevivir su matrimonio? Esperaba que sí, por Sylvester.

Jared suspiró y desvió sus pensamientos de los problemas de Sylvester a los suyos propios. Aunque podían resumirse en un solo nombre: Dana.

Pocas veces en su vida se había sentido en una situación que no podía manejar. Y aquélla era una de ellas. Respiró profundamente. Lo que había sucedido entre ellos el día anterior le había afectado de un modo peligroso. Y lo curioso era que no habían hecho el amor. Sin embargo, había compartido con ella algo que no había compartido con ninguna otra mujer.

Mientras la había besado y acariciado, había sentido que ella era la única mujer a la que podría querer. A la única que quería en su vida. ¡Maldita sea! Aquel compromiso fingido le estaba afectando a las neuronas, y lo estaba confundiendo terriblemente.

No había sido fácil dejarla la noche anterior, y antes de marcharse se había sentado en la cama y la había abrazado. Se habían quedado así, durante un rato. El único sonido que había roto el silencio había sido el maullido de Tom a la puerta de la habitación. Aun ahora, el recuerdo de lo que había sucedido le producía una opresión en el pecho, una sensación de necesidad a la que no estaba acostumbrado.

Miró su reloj. Tenía que recogerla a las seis para ir a cenar. Y no veía la hora de verla, de besarla con la desesperación que sentía. Definitivamente, no podía dejar de pensar en Dana Rollins. -¿Quieres más vino?

-No, gracias, Jared -Dana intentó no mirarlo. Cada vez que lo miraba, sentía una punzada en el corazón.

-¿Estás preparada para tu viaje de este fin de semana?

Ella lo miró e hizo el esfuerzo de sonreír.

-Sí. Estoy preparada. Es un viaje corto, así que no hace falta llevar muchas cosas.

-Me gustaría ir contigo.

-¿Por qué? -preguntó Dana abriendo mucho los ojos.

Jared se encogió de hombros.

-No me gusta la idea de que conduzcas sola tantas horas.

Ella agradeció su preocupación.

-Es algo que hago todos los años -dijo Dana-. Y cuando llega el cumpleaños de mi padre, en septiembre, lo vuelvo a hacer. No es tanto.

Jared frunció el ceño. Para él sí lo era.

-Tú has compartido el cumpleaños de mi padre conmigo, y yo quiero estar allí para compartir el cumpleaños cíe tu madre contigo.

Dana miró su copa de vino. ¿Cómo no iba a enamorarse de Jared si decía algo así?

Lentamente alzó el rostro y le dijo:

-Gracias, Jared, pero no es necesario. Él sonrió.

-Para mí, sí lo es -respondió Jared y se inclinó hacia ella-. Además, hace años que no voy a Jekyll Island y me gustaría volver allí.

Dana respiró profundamente. Le hubiera gustado decirle que era mejor que fuese en otro momento, que necesitaba estar sola, pero no pudo. Usó otra estrategia.

-No creo que sea buena idea que salgamos juntos de la ciudad, Jared.

-¿Por qué? ¿Por lo que pasó anoche?

Dana se estremeció al recordarlo. De pequeña había jugado muchas veces a «Luz verde, luz roja», pero nunca de aquel modo, ni con alguien como Jared.

-Por eso, entre otras cosas -dijo finalmente. Y no quería que le preguntase por esas cosas.

-Sé que tienes miedo de que te lleve a la cama, Dana. Pero creo que está claro que tú no quieres, y que yo no te voy a presionar. Esto no tiene nada que ver con irnos a la cama juntos.

-Entonces, ¿de qué se trata, Jared?

-Quiero estar contigo y disfrutar de tu compañía. Me gusta hablar

contigo.

Dana sabía que Jared se guardaba algo. Lo conocía lo suficiente como para saber que había algo que lo inquietaba. Lo sentía.

-¿Hay algo más? ¿Está bien tu madre? Él la miró un momento y después de respirar profundamente, dijo:

-He hablado con mi padre hoy y me ha dicho que a mi madre la han llamado del hospital. Han cancelado la operación de otro paciente y parece que pueden operarla a ella en su lugar. Será la semana que viene. No tendremos que esperar dos semanas.

Dana asintió.

-Son buenas noticias, ¿no?

-Sí, pero...

-¿Pero qué?

Jared se pasó la mano por detrás del cuello.

-Nada. Sólo me estaba acordando de cómo fue la otra vez.

Dana lo comprendía. Extendió la mano, tomó la de Jared y se la apretó. En parte se alegraba de estar con él en aquel momento y de compartir sus más íntimos temores.

-No podemos hacer nada más que tener esperanzas y rogar que todo vaya bien, Jared. Sé que tus hermanos, tu padre y tú queréis mucho a tu madre. Sé que tu cariño hacia ella es lo que te ha llevado a representar este compromiso, incluso...

Dana dejó su mano y se echó hacia atrás en el asiento, esperando haberle dicho algo que lo hiciera sentir mejor. Sabía que Jared estaba preocupado. Pero ella presentía que Sarah Westmoreland saldría de aquello sin problemas.

-¿Cómo se conocieron tus padres? —preguntó Dana, para que él se regodease en los buenos momentos.

-Mi madre y mi tía Evelyn eran amigas íntimas. Ambas se criaron en Birmingham, Alabama. Cuando terminaron el instituto, mi tía Evelyn vino a Atlanta a visitar a su tía. En su primera semana de estancia aquí conoció a mi tío John en un picnic de la parroquia. Le escribió a mi madre diciéndole que se había enamorado y pidiéndole que viniera a Atlanta para ser su dama de honor. ¡Hacía poco más de una semana que conocía a su futuro esposo! -Jared sonrió-. Mi madre, juiciosa como es, se subió a un coche de línea ese mismo día y vino a Atlanta para convencer a mi tía Evelyn de que era una locura. Ella no pensaba que existía el amor a primera vista, como te imaginarás.

Dana se rió suavemente.

-¿Y qué sucedió después? Jared sonrió.

-Llegó al pueblo, conoció al hermano mellizo de John, James, y se enamoró tan perdidamente como mi tía Evelyn. Mis padres se casaron

dos semanas más tarde de la boda de mi tío y mi tía.

-Es una bonita historia de amor. Jared se encogió de hombros mientras sorbía su bebida.

-Sí, ¿verdad?

Hacía mucho tiempo que no pensaba en cómo se habían conocido sus padres. Se habían enamorado inmediatamente y no se habían puesto a pensar en los momentos altos y bajos que pasarían. Simplemente se habían amado y habían querido estar juntos. Para ellos, eso era lo único que importaba.

Jared suspiró profundamente, miró su reloj y dijo:

-¿Estás lista para que nos vayamos? Esta noche es una bonita noche para pasear por el parque. ¿Te apetece que lo hagamos?

-Mucho -lo miró, y de pronto comprendió la necesidad de Jared de alejarse unos días de allí-. Me encantaría que me acompañases, si de verdad te apetece ir a Brunswick conmigo.

El sonrió.

-Me apetece.

-Bien.

Una hora más tarde, Jared acompañó a Dana a su casa. Fue con ella hasta la puerta y dijo:

-He disfrutado mucho de estar contigo esta noche, Dana -tomó sus manos. Su tacto la estremeció.

-Yo también he disfrutado de tu compañía. ¿Te apetece entrar a tomar algo? Él agitó la cabeza.

-No, es tarde. Y es mejor que me marche. Dana dejó escapar la respiración que había estado conteniendo. Por una parte se alegraba de que él hubiera rechazado su invitación, y por otra deseaba estar a solas con él. Quería que la volviera a besar. Y más cosas.

-Entonces, buenas noches -dijo ella, mirándolo.

Él tiró de su mano y la llevó de la zona iluminada de su porche, a otra más oscura. Ella sabía que se avecinaba un beso, lo deseaba, y gimió con placer en el momento en que sus bocas se tocaron. Sintió un calor intenso, un abrumador placer cuando su lengua se encontró con la suya. Ella se quedó allí, de pie, agarrada a los sólidos hombros de Jared para sujetarse, mientras él la llevaba a otro mundo, deleitándose en sus labios como si fuera una comida para saborear.

Cuando finalmente Jared dejó de besarla, ella tuvo que apoyar la cabeza en su pecho viril, mientras contenía la respiración. Jared podía despertarle la pasión con sólo tocarla, con un solo beso, o una mirada. Y ella había sentido su sólida erección presionando su vientre a través de la tela de su falda. Estaba tan excitado como ella.

-Entra en la casa, Dana —susurró Jared contra sus labios, después

de soltarla suavemente. Dio un paso atrás.

Ella tragó saliva.

-Buenas noches, Jared -dijo y se dio la vuelta para abrir la puerta con la llave.

-Buenas noches. Mañana por la noche voy a jugar al billar con mis primos y Reggie, pero el sábado por la mañana te recogeré temprano. ¿A las siete te parece bien?

Ella se dio la vuelta y al verlo sintió un revoloteo de mariposas en el estómago. Jared había dado un paso atrás y había quedado bajo la luz. Era alto y apuesto. ¡Y estaba tan atractivo con esa pose tan sexy!

-Sí. A las siete está bien. Cuando vengas estaré lista para que nos marchemos.

-De acuerdo.

Dana le dedicó una última mirada y abrió la puerta.

Una vez adentro, se apoyó en la puerta hasta que su respiración se hizo más lenta.

¿Cómo haría para sobrevivir a un fin de semana a solas con Jared Westmoreland?

Jared se quedó de pie al lado de Dana mientras ella ponía el ramo de flores a su madre.

Cuando la había recogido a primera hora, la había encontrado fresca y animada, lo opuesto a él a primeras horas de la mañana. Podía ser insufrible antes de beber al menos un par de tazas de café. Pero ella le había abierto la puerta con una sonrisa, lista para salir.

Durante el viaje habían hablado de distintas cosas, de recuerdos de cuando ella había estado en Brunswick, de sus padres... Dana le contó que solían comer al aire libre en el patio, recordó cuando iban a la iglesia los domingos, y que ella iba siempre a saludar a su padre cuando volvía del trabajo.

Habían parado una vez para comer, pero el resto del trayecto lo habían hecho sin parar hasta el pueblo. Una vez allí, habían buscado una floristería para comprar un ramo, y luego habían ido al cementerio.

Jared había pensado quedarse en el coche, para que ella tuviera un momento de intimidad, pero una parte de él quería estar con ella, a su lado, y hacerle saber que estaba con ella, compartiendo aquel momento, que ella era importante para él.

Después de un momento de silencio, Dana se irguió y se apoyó en él con naturalidad, y él le dio el apoyo que necesitaba.

La envolvió con sus brazos alrededor de sus hombros y la apretó contra él.

-¿Estás bien?

Ella intentó sonreír, y cuando Jared vio sus lágrimas se le hizo un nudo en la garganta.

-Sí, estoy bien. Sólo que este año es más duro, porque mis padres cumplirían treinta años de casados. Se casaron el día del cumpleaños de mi madre -Dana lo miró con los ojos nublados-. Mi madre siempre le recordaba a mi padre que el día de su cumpleaños debía recibir dos regalos, y él, por supuesto, la satisfacía. Se querían mucho. En cierto sentido, pienso que, si tenían que morir, fue mejor que lo hicieran juntos. No puedo imaginarme a mi padre viviendo sin mi madre y viceversa. Empezaron a salir desde la época del instituto, y ¡estaban tan unidos, tan compenetrados! Pero lo más bonito es que nunca me hicieron sentir excluida. Mi padre decía que yo era el mejor regalo del amor entre ellos.

Jared asintió. Sabía que ella necesitaba hablar, sacar sus emociones fuera. Y él empezaba a darse cuenta de que algunos matrimonios duraban. El de sus padres había durado. El de los padres de Dana también. Y el de sus tíos.

Durante un rato se quedaron callados, como si necesitasen el silencio. El admiraba su fuerza para ir dos veces al año y enfrentarse al recuerdo del dolor de la pérdida con aquella entereza y ternura. El no podía imaginarse que lo llamasen un día, que le dijeran que sus padres ya no estaban, así de ese modo. Pero por lo menos, él tenía a sus hermanos si algo así le pasara. Dana no tenía a nadie.

Pero ese día Dana lo tenía a él, y Jared quería que lo supiera. Jared le tomó la mano y entrelazó sus dedos a los suyos. Se alegraba de haber ido, de estar con ella en un momento como aquél, tan privado. Para él era importante que fuera su hombro en el que ella se estaba apoyando. Y por primera vez en su vida sintió que estaba en peligro. En peligro de perder su corazón.

-Gracias, Jared. Él la miró.

-No tienes que agradecérmelo, Dana. En este momento no podría estar en mejor lugar que en éste, contigo -dijo con sinceridad-. ¿Estás lista para marcharnos?

-Sí.

Una vez en el coche, Jared tomó el camino a Jekyll Island. Su secretaria les había hecho reservas en un hotel. No sabía si a Jeannie le habría parecido raro que estuvieran en habitaciones separadas, pero no le había dicho nada.

Miró a Dana.

-¿Tienes hambre? Ella agitó la cabeza.

-No. Estoy agotada y creo que voy a dormir una siesta cuando lleguemos al hotel.

El sonrió. Era posible que estuviera cansada, pero no se le notaba. Estaba estupenda con esos pantalones y esa camiseta. Volvió a mirarla. No había habido ninguna ocasión en que él no se sintiera excitado con la ropa que llevase.

Jared se imaginó con ella en el hotel, en sus brazos, haciendo muchas cosas, pero no durmiendo la siesta.

Dana se despertó acalorada y sudada. Quiso retener el sueño en que Jared estaba con ella en la cama, desnudo, rodeándola con sus brazos, apretado contra su cuerpo.

Había sentido la humedad de su piel, la perfección de sus músculos bajo sus manos, y la textura del vello de su pecho rozándole los senos, cuyas cimas se habían endurecido con su contacto.

Dana se incorporó en la cama y respiró profundamente mientras se quitaba el cabello de la cara.

Cuando Jared la había acompañado a la puerta de su habitación le había dado un beso en la muñeca, pero no había sido un beso cualquiera. Había sido un beso caliente. Su lengua se había deslizado por su muñeca y luego le había succionado la zona, dejándole una marca. Su marca.

Se miró la muñeca. Todavía sentía el calor. Luego miró la puerta de su habitación, la que separaba sus habitaciones, un escudo, una barrera, una puerta que conectaba ambas habitaciones. Pero si se abría…

Se preguntó si Jared estaría en su dormitorio. ¿Habría dormido una siesta? ¿Habría soñado con ella?

Se levantó y decidió que era hora de disfrutar de algún placer físico. El otro día Jared le había demostrado lo que su cuerpo se había estado perdiendo. Le había dado una muestra de lo que podía ser el placer, si ella decidía aceptarlo.

El visitar la tumba de sus padres le había hecho pensar en lo impredecible que podía ser la vida. La vida no tenía garantías, no había promesas. No había nada para siempre.

Lo único que existía era el momento. Y había que atraparlo. Jared siempre había sido sincero con ella. Nunca le había ocultado lo que pensaba del matrimonio. La semana siguiente, si todo iba bien con la operación de su madre, él desaparecería de su vida. Pero, ¡maldita sea!, ella no quería que desapareciera sin haber probado algo que recordaría siempre.

Se dio la vuelta cuando oyó el suave golpe en la puerta que conectaba ambas habitaciones. Se ajustó el cinturón de la bata de seda y fue a abrir. Cuando lo vio respiró profundamente, y aspiró su fragancia. Allí estaba, alto, apuesto, sexy y ardiente. Le dio un vuelco el

corazón.

Con cualquier ropa era igualmente atractivo. Un hombre que cualquier mujer querría para sí. Cualquier mujer desearía que la desnudase, que la besara hasta dejarla sin sentido, y que le hiciera el amor con ardiente pasión.

Y era el hombre al que cualquier mujer querría darle su corazón.

De pronto se dio cuenta de que ya se había enamorado completamente de él. Lo amaba con todo su ser. Durante las últimas dos semanas lo había conocido lo suficiente como para saber que era un hombre inteligente, íntegro. Se lo había demostrado desde el primer día en que ella había ido a su oficina y él había ido más allá de lo que cualquiera consideraría ético y le había dado el consejo de que se preservara de más problemas y humillación, metiéndose en pleitos que le harían perder más dinero.

También le agradecía la forma en que le había demostrado que el sexo no estaba sobrevalorado, y que valía la pena si se hacía con la persona apropiada. Y ese mismo día, había ido a Brunswick con ella a darle su hombro y a compartir con ella su dolor.

-Espero que no te haya despertado de la siesta, Dana.

Ella tragó saliva al mirarlo.

-No, estaba despierta. ¿Has dormido? Él sonrió

-No, no he podido. Y me he puesto a ver un partido de tenis por televisión. Jared miró la cama de reojo.

-¿Te parece bueno el alojamiento? -preguntó él.

Ella sonrió. Era uno de los mejores hoteles de la playa.

-Es maravilloso, Jared. Gracias. No esperaba algo tan lujoso.

Jared asintió. Él sabía que no lo esperaba. Ésa era una de las cosas que la hacían tan especial.

Dana estaba muy sexy. Y para colmo, había una cama.

-¿Quieres que demos un paseo por la playa antes de la cena? -preguntó Jared-. Podemos cenar en el restaurante de abajo o, si prefieres, en nuestras habitaciones.

Dana bajó la mirada y tomó una decisión rápida.

-Me encantaría dar un paseo por la playa, y si no te importa, prefiero cenar aquí.

-De acuerdo.

Ella lo siguió mirando, y notó que él se había dado cuenta de que algo había cambiado en ella. También sabía que él cumpliría su palabra, que se tomaría las cosas con calma, con paciencia, y que no la presionaría, pero que estaría dispuesto cuando ella quisiera. Y cuando él se lanzara, no lo pararía nadie. ¡Eso esperaba!

Ella quería todo lo que él quisiera darle. Y sabía que no habría

camino de retorno. Pero serían recuerdos inolvidables que atesoraría el resto de su vida, aunque durasen un momento.

-Será mejor que te deje vestirte, entonces —dijo él.

Ella sonrió.

-Sí. Así podremos aprovechar lo que queda de luz.

Él asintió. Luego se inclinó y le dio un beso, suave, que la embriagó.

Luego dejó de besarla pero no dejó de mirar su boca. Finalmente, respiró profundamente.

-Llamaré en la puerta cuando esté lista –susurró Dana.

Cerró la puerta y se apoyó en ella.

¡Qué beso! Jared era un maestro de la seducción!

Sonrió. Jared era un maestro excelente. Sabía que había más lecciones que aprender, pero le había dado suficientes clases para lo que necesitaba hacer con él.

En aquel momento no podía pensar en otra cosa que en sus planes para excitar a Jared Westmoreland.

Capítulo Ocho

Jared pensó que Dana quería volverlo loco. Loco de deseo.

Dudaba seriamente que pudiera mantener la cordura, y su control, durante mucho más tiempo. En cualquier momento la estrecharía en sus brazos, la tumbaría en la mesa y la tomaría como postre. Dana era una tentación. Se le hacía la boca agua.

La seducción había empezado cuando ella había llamado a su puerta y le había dicho que estaba dispuesta a dar un paseo por la playa. Él se había sentido seducido por su atuendo: un par de shorts de tela vaquera y una camiseta con cordones en el escote. Había sentido la tentación de desatarle los cordones y dejar sus pechos libres. Y no quería pensar lo sensual que sería su vientre liso desnudo, con ese ombligo al que se había aficionado tanto hacía unos días.

Habían caminado de la mano por la playa, disfrutando de la puesta de sol y del océano. Habían hablado de un montón de cosas. Sobre el tiempo, la economía, sobre libros que habían leído y comidas exóticas que habían probado. Luego la conversación había pasado al tema de la familia Westmoreland y la expectación que tenían ante el nacimiento de los mellizos de Jayla y Storm en unos meses. Dana escuchó, y notó la excitación en la voz de Jared. Sintió tristeza al pensar que ella ya no estaría cerca de él para compartir ese momento

en la vida de Jared. Él también debía de haberse dado cuenta.

Dana lo miró. Él la estaba mirando tan intensamente que ella se sintió derretir. El tema de los mellizos le recordaba que ellos no tenían un futuro juntos.

Durante el resto del paseo fueron callados, cada uno envuelto en sus pensamientos. Pensamientos que prefirieron no compartir.

Cuando volvieron al hotel, reacios, fueron a cambiarse para cenar, cada uno a su habitación. Una hora más tarde llevaron la comida a la habitación de Jared. Hasta él habría admitido que era una noche romántica a la luz de las velas y con suave música de fondo, cortesía de la administración del hotel. Evidentemente, Jeannie había dicho que eran una pareja recién comprometida cuando había hecho la reserva del hotel, y el personal del hotel había querido quedar bien con ellos, por si aún no tenían decidido dónde pasarían la luna de miel.

Una luna de miel que nunca tendría lugar.

Por segunda vez Jared se sentía torpe, como si se le hubieran paralizado los sentimientos. No hacía más que pensar que la relación de Dana y él no tenía un futuro juntos. Se decía todo el tiempo que

dejase ya esa historia, que volviera en sí, pero lo obsesionaba. Se ordenó que dejase de regodearse en aquello. No era momento para pensar en ello. Lo único que quería hacer era concentrarse en la mujer que tenía enfrente, sorbiendo el champán que les había obsequiado el hotel, mientras ella lo observaba con aquellos hermosos ojos.

La temperatura de su cuerpo aumentó unos grados. Se había estado excitando durante toda la cena con todo lo que hacía ella. ¡Hasta verla abrir la boca para comer lo excitaba! Tenía un par de labios muy sensuales y cada vez que los usaba, él sentía que se incendiaban sus partes bajas.

No pudo evitar preguntarse en qué estaría pensando Dana. No había estado muy conversadora y el abogado que había en él, siempre alerta y agudo, estaba esperando que ella le dijera algo. Algo que le diera la pista de lo que estaba pasando por su cabeza.

Como el suspense lo estaba matando, dijo:

-¿En qué estás pensando? Ella sonrió.

-Estaba pensando cuánto me alegro de que hayas venido y cuánto disfruto de tu compañía.

-Yo también disfruto de la tuya. Era verdad. Nunca se había sentido tan cómodo con una mujer que le gustaba y a la que deseaba.

-Me has dicho que querías hablar conmigo sobre una fiesta que dan Thorn y Tara —dijo Dana.

-El fin de semana siguiente al Día de la Madre es el primer aniversario de la boda de Thorn y Tara. Están organizando una gran celebración, y quería saber si estás libre para ir conmigo ese viernes por la noche.

Dana sonrió.

-Pero es dos semanas más tarde de la operación de tu madre.

-Sí, ¿hay algún problema con eso?

-Creí que, si todo iba bien con lo de tu madre, no estaríamos...

Jared le tomó la mano y preguntó:

-¿Que no estaríamos qué?

-Saliendo. Que terminaríamos, que romperíamos nuestro compromiso.

Jared se quedó pensando un momento. Aunque era verdad que en un momento dado él había pensado romper su relación en cuanto pudieran, ahora tenía que tener en cuenta algunas cuestiones.

-A mi familia, sobre todo a mi madre, le parecería raro que rompiéramos inmediatamente después de la operación. Creo que deberíamos esperar por lo menos un par de semanas para darles la noticia.

Y no sabía cómo iba a hacer para dejarla marchar, pensó Jared.

-Tarde o temprano habrá que poner fin a esto, Jared. No podemos seguir engañando a todo el mundo.

Jared miró la mano de Dana, luego la soltó lentamente.

-Supongo que tienes razón. Si todo va bien, y mi madre no necesita más tratamientos, tal vez la fiesta de Thorn y Tara sea la última vez que nos veamos. ¿Te parece?

-Sí, de acuerdo.

Eso quería decir que sólo les quedaban tres semanas de estar juntos. Ella ya sentía una gran pena en su corazón, pero no quería estropear aquella velada.

-La cena ha estado estupenda -dijo ella, limpiándose la boca con una servilleta.

Jared se excitó. Le hubiera encantado limpiar cualquier miga de su boca con su lengua.

Jared se abrió el primer botón de la camisa. Se había vestido informalmente para cenar, con unos pantalones color caqui y una camisa negra. Dana llevaba un vestido estampado con una abertura interminable a un lado. Aquel vestido lo había estado volviendo loco hasta que por fin ella se había sentado.

-Me gusta la vista que se ve desde el balcón -dijo ella yendo hacia el ventanal, con la copa en la mano.

-Sí, es espectacular.

Pero no estaba hablando del paisaje, en realidad.

-Debe de ser hermosa de noche -ella se dio la vuelta y lo miró con un brillo que él interpretó como deseo.

¿O serían imaginaciones suyas?

-Sí, lo es. Si nos quedamos un rato aquí, veremos lo hermosa que es. Pronto será totalmente de noche.

-¿Te imaginas estar ahí de pie, debajo de esas estrellas?

Casi se le va de la lengua que más bien se imaginaba tumbado con ella, debajo de las estrellas, haciéndole el amor.

Jared agarró su copa y lentamente se acercó a Dana. Cuando se detuvo delante de ella, un denso silencio se alzó entre ellos mientras él le sostenía la mirada, observaba su respiración irregular y olía su fragancia.

Estaba excitada.

El era un hombre con experiencia, que conocía a las mujeres, y hubiera reconocido aquella fragancia en cualquier lugar, sobre todo la de Dana. Y era la misma fragancia en la que se había ahogado aquella noche que habían jugado a «Luz roja, luz verde». La misma que lo había llevado casi al límite mientras la había estado observando tener su primer orgasmo. Si hubiera tenido alguna forma de embotellar esa

fragancia, lo habría hecho. Aquella noche se mezclaba con el perfume que se había puesto. Y la mezcla era una bomba para sus sentidos.

-Hagamos un brindis -propuso Dana. Sus palabras rompieron el silencio y la concentración de Jared.

-¿Por qué brindamos, Dana? -preguntó él con voz sensual.

Jared estaba sintiendo un deseo cada vez más intenso. No le hubiera costado nada agacharse, levantarle el vestido e ir directamente a la fuente de esa fragancia. Con sus dedos y su lengua...

-Propongo un brindis por la vida.

-¿Por la vida? -Jared le clavó la mirada.

-Sí, nos la pueden arrebatar, en cualquier sitio, en cualquier momento. Por eso debemos vivir la vida al máximo, debemos disfrutarla, apreciarla. Porque cuando se va, se acabó todo. Y no se puede hacer nada.

Jared pensó en sus palabras. La vida. No podía dejar de pensar en lo distinta que había sido su vida desde que había aparecido Dana. «Irrumpido», era una palabra más exacta. En el transcurso de ocho semanas la había conocido, se la había presentado a su familia, y les había hecho creer que estaba comprometido con ella, había comprado un anillo muy caro, que tenía intención de dejarle, y había fingido el papel de hombre enamorado.

-De acuerdo. Brindaremos por la vida -dijo Jared levantando la copa para chocarla con la de Dana.

Tomaron un sorbo de champán.

-Mmm... ¿Quieres que nos divirtamos un poco? -preguntó ella, mirándolo por encima del borde de la copa.

-¿Qué clase de diversión propones? Ella sonrió.

-Me gustaría jugar a un juego -dijo Dana con una leve sonrisa.

-¿Un juego?

-Sí. El juego del escondite. Yo me escondo y tú me buscas.

Jared sonrió. Le gustaba la idea de hacer eso.

-¿Y qué pasará cuando te encuentre?

-Eso depende -respondió ella con una sonrisa.

-¿De qué?

-De dónde me encuentres.

Jared pensó en varias posibilidades mientras echaba una ojeada a la habitación.

-No hay muchos sitios donde esconderte -comentó Jared. Ella sonrió.

-¡Oh! Entre tu habitación y la mía hay unos pocos.

Jared le hubiera dicho que esconderse de él no le serviría de nada puesto que su fragancia la delataría. En lo concerniente a ella, su nariz

era como un radar.

-De acuerdo. ¿Qué quieres que haga entonces? -preguntó él.

-Que te vayas de la habitación durante diez minutos. Cuando vuelvas, la habitación estará a oscuras totalmente, y recuerda que estaré escondida en mi habitación o en la tuya.

Jared asintió. Aquél era el segundo juego al que jugaban juntos, y para alguien que vivía una vida muy estructurada, era agradable dejarse llevar por Dana.

-Te doy diez minutos. Nada más -dijo Jared mientras iba hacia la puerta-. Volveré en diez minutos, estés lista o no.

Dana lo observó dedicarle una última devastadora sonrisa antes de cerrar la puerta.

Ella respiró profundamente y sonrió seductoramente.

Estaría lista cuando Jared volviera.

Jared volvió a los diez minutos exactos.

Entró en su habitación a oscuras. No pudo evitar sonreír cuando encendió la luz. Dana debía de haberse imaginado que su perfume la delataría, porque había perfumado la habitación para despistarlo.

Miró alrededor y vio que sus sandalias estaban al lado del sofá. Evidentemente, se las había quitado allí. Él se acercó y recogió una de ellas. Eran bonitas, y ella tenía un pie muy pequeño y sexy. Dejó el zapato en el suelo y miró el sofá. Al parecer, las sandalias no eran lo único que había dejado. Jared también recogió un pañuelo que Dana había llevado alrededor de la cintura.

Jared miró alrededor, con las orejas en alerta. La puerta que conectaba ambas habitaciones estaba abierta. Atravesó la habitación en dirección al dormitorio de Dana. Estaba a oscuras y entonces encendió una lámpara. Miró alrededor. No faltaba nada, ni había sonido alguno que la delatara. Y su perfume también estaba en aquella habitación. Salió del dormitorio hacia el salón de la suite. Miró hacia el sofá y pestañeó. Allí, formando un charco en el suelo, estaba su vestido.

Sintió una punzada de deseo. Aquél era un juego muy peligroso. No había esperado que tomara aquel rumbo tan rápidamente, pero no se quejaba. Él le había dicho que sería ella quien decidiría cuándo estaba preparada para que su relación alcanzara otro peldaño. Y ahora era él quien tenía que encontrarla.

Él era el cazador y encontraría a su presa.

Con determinación, caminó hacia la pequeña cocina que tenía una encimera y una mesa. Abrió un armario y lo encontró vacío.

Entonces volvió sobre sus pasos en dirección al dormitorio de Dana para mirar en el cuarto de baño. Lo encontró casi vacío. Un sujetador de encaje rojo colgaba de una lámpara del techo. Él extendió la mano y

tiró de él.

Se estaba excitando demasiado.

Cuando entró nuevamente en la habitación de Dana, se agachó y miró debajo de la cama grande: Nada. Abrió el ventanal y salió al balcón. No había nada.

Sintió frustración mezclada con una intensa excitación. La presión de su erección contra sus calzoncillos lo estaba matando. Cuando encontrase a Dana se cobraría aquella tortura.

Atravesó nuevamente la puerta que conectaba ambas habitaciones y volvió al salón de la suite de él. Miró alrededor. La puerta de la habitación estaba cerrada y él recordaba haberla dejado abierta. Sintió la esperanza de una posibilidad, y su cuerpo se excitó aún más mientras atravesaba la habitación lentamente. Miró hacia abajo cuando iba a agarrar el picaporte y descubrió encaje rojo. Se agachó y lo recogió. Era poca cosa, un trocito de tela, pero sabía bien lo que era y de dónde procedía.

Se llevó la prenda a la nariz e inhaló la fragancia de Dana, distinta de su perfume. Decidiendo que definitivamente no la necesitaría más, Jared se llevó la minúscula prenda al bolsillo de atrás del pantalón.

Abrió lentamente la puerta de la habitación y se internó en la oscuridad. Luego cerró la puerta.

Dana contuvo la respiración. Jared la encontró por fin. No le había salido bien lo de esconderse. Había creído que se lo había puesto fácil a Jared, pero, evidentemente, no había sido así.

Ella había seguido todos sus movimientos desde su escondite. Y ahora estaba allí, en su dormitorio, en su cama, esperándolo, completamente desnuda.

La decisión estaba tomada. Y no se arrepentía.

Recordaría aquella noche toda la vida. Porque sabía que Jared no hacía nada a medias. Era meticuloso, metódico, eficiente.

-Sé que estás aquí, Dana -susurró Jared en la habitación a oscuras-. Y estés preparada o no, aquí estoy.

Ella oyó sus pasos, lentos, pero decididos. Oyó el sonido de su respiración, rápida e irregular. Contuvo la respiración cuando Jared estuvo más cerca de la cama. Sintió su presencia y olió su esencia masculina.

Y cuando él encendió la lámpara, se miraron. Luego Jared bajó la mirada hasta la sábana que cubría el cuerpo desnudo de Dana. Después volvió a mirar su rostro.

-Te he encontrado -dijo Jared un momento más tarde.

Su voz fue tan sensual que ella sintió fuego en su piel.

-¿Y? ¿Qué he ganado?

-Lo que quieras -respondió ella.

-¿Lo que quiera? -preguntó Jared con los ojos oscuros de deseo.

-Sí, lo que quieras.

-¿Estás segura?

-Sí.

-¿Y estás preparada? -sonrió él.

Quería estar totalmente seguro. Una vez que empezara a hacerle el amor, sería imposible parar. Se acercó y le quitó un mechón de la cara. Necesitaba tocarla.

-Estoy preparada, sí.

-¿No vas a arrepentirte?

Dana respiró profundamente. Sabía lo que le estaba preguntando y por qué. Tarde o temprano él desaparecería de su vida, dependiendo de los resultados de la operación de su madre. Ella lo sabía y lo aceptaba. Y estaría preparada cuando sucediera.

Pero quería aferrarse a aquel momento. Celebrar la vida. Con él.

-No habrá arrepentimiento, Jared. Sé cómo es el juego.

Lentamente, Dana se levantó, dejando caer la sábana. Y oyó cómo Jared tomaba aliento.

Se puso de rodillas y acarició su pecho. Luego deslizó la mano hacia su vientre liso.

-¿Vamos a hablar toda la noche o vamos a hacer lo que hemos querido desde el principio? -preguntó ella.

Él extendió la mano y dibujó su pezón con el dedo, jugando con la punta.

-¿Y qué es lo que crees que hemos querido?

-Un poco de nosotros.

-¿Un poco?

-Bueno, enteros -sonrió ella.

Jared la estrechó en sus brazos y la besó, encendiendo una explosión de pasión. La besó con un hambre apasionada. Y fue como si las emociones fluyeran sin poder parar.

Dana rodeó a Jared con sus brazos y lo abrazó. Quería disfrutar de lo que él quisiera darle, y se preguntó por qué se había negado aquel placer tanto tiempo. Jared era un hombre muy especial que siempre la había tratado como a una dama. Y le estaría eternamente agradecida por ello.

Jared la soltó lentamente y dio un paso atrás. A Dana le temblaron las piernas por el impacto del beso. Jared siguió mirándola con aquella intensidad masculina. Ella sintió calor en el vientre, un fuego que iba bajando hacia sus piernas.

-Esta noche voy a hacer todas esas cosas que he estado soñando hacerte -susurró él-. Quiero verte llegar nuevamente al orgasmo, que tengas varios, una y otra vez. Pero esta vez no estarás sola. Yo estaré ahí contigo, compartiendo el placer -sus palabras eran la seducción envuelta en seda.

Dana lo vio quitarse la camisa. Su torso desnudo era fuerte, musculoso. Era bonito con aquel color oscuro que a ella tanto le gustaba.

Jared tiró la camisa a un lado. Luego se sentó en una silla para quitarse los zapatos y los calcetines. Luego se puso de pie y se quitó los pantalones.

-Cuando te dije que esperaría a que tú estuvieras preparada, sabía que sería una prueba muy dura para mi paciencia. He estado esperándote interminablemente y esta noche voy a demostrarte cuánto.

Dana siguió observándolo. Jared se quitó los pantalones totalmente y la ropa interior. Ella pestañeó cuando vio su tamaño. Había sentido su erección muchas veces, pero verla era otra cosa. Estaba muy bien dotado.

-Mmm... Interesante -susurró ella, mirándolo.

-¿Interesante? -se rió él-. ¿Nada más?

-Esperaré a ver cómo funciona para hacer más comentarios.

Él se rió. Le encantaba compartir esa camaradería con ella, y a la vez sentir el fuego del deseo en todo su cuerpo.

-Créeme. Funcionará bien. De hecho, he pensado que podría hacer horas extras.

Se quedaron en silencio, mirándose, como si tomaran consciencia de lo que iba a suceder.

Jared caminó hacia la cama y tomó las manos de Dana. Se las llevó a los labios y besó sus palmas.

-Provocas cosas en mí que ninguna mujer ha provocado. No quiero que pienses que lo que vamos a hacer es otro revolcón en la cama. Es algo muy especial para mí. Único.

Él amor que Dana sentía por Jared aumentó al oírlo. Ella lo amaba con toda su alma. Y esa noche quería entregarse físicamente al hombre que amaba. Dana decidió que ya habían hablado bastante, y tiró de las manos de Jared y cayeron en la cama.

El cuerpo de Jared terminó encima del suyo. Él la miró, sintiendo el calor de su piel contra la de ella, y le agarró la cara entre las manos. Estudió sus facciones como si quisiera grabarlas en su memoria.

Y entonces él la besó, con desesperación, devorándola. Y no pudo parar. La deseaba con un ardor que no podía comprender. Oyó el gemido de pasión que se escapó de labios de ella y sintió el calor de sus

dedos acariciando su espalda mientras la lengua de él seguía penetrando la dulzura de su boca. Finalmente, la necesidad de respirar y de protegerla de un embarazo lo hizo apartarse.

-Tengo que protegerte -dijo él con ardiente deseo.

Se puso de pie y fue hasta donde estaban los pantalones. Buscó algo en el bolsillo. Sacó el tanga de Dana en lugar de su cartera. Lo miró un instante y dijo:

-Bonito color.

Ella se rió, un poco avergonzada.

-Me alegro de que te haya gustado.

Jared lo tiró a un lado y buscó en el otro bolsillo. Sacó su cartera y de ella un preservativo. Varios. El sabía que ella lo estaba mirando mientras se lo ponía, y se sintió abrumado por las sensaciones que experimentaba al prepararse para adentrarse en ella.

Cuando terminó, preguntó:

-¿Qué opinas?

Vio el deseo en los ojos de Dana.

-Pienso... que te quiero dentro de mí, Jared.

Jared respiró profundamente. Lo abrumaba el deseo que sentía por ella, y sabía que no se debía al tiempo que hacía que no estaba con una mujer.

Caminó lentamente hasta la cama, se metió en ella y estrechó a Dana en sus brazos. La besó apasionadamente y se entregó a su deseo. Luego deslizó la boca hasta sus pechos, decidido a terminar lo que había hecho el otro día. Sus labios y su lengua la torturaron de placer. Se trataba de un hombre que quería que su mujer se excitara todo lo posible. Jared se tomó el tiempo necesario para volver a acostumbrarse a su piel, sin prisas. Le gustó el modo en que sus pezones se pusieron duros cuando se los puso en la boca, mientras se deleitaba en ellos golosamente.

Cuando la fragancia de Dana se volvió embriagadora, su mano se movió con precisión y se deslizó hacia abajo, hasta su parte más íntima. La encontró completamente húmeda. Jared recordó una escena de sus sueños con ella y deseó representarla. Se movió y deslizó la boca desde sus pechos hasta su ombligo, saboreando su piel.

Siguió dándole besos. Rodó con ella y la dejó de espaldas. Luego le besó la espalda, los hombros. Luego volvió a rociar con ella y la miró a los ojos. Por su mirada supo que Dana estaba intentando calcular su próximo movimiento. El se echó hacia atrás y sin decir nada, su mano se abrió paso entre sus piernas. Luego bajó la boca y la dirigió a su centro con hambrienta intensidad.

Las caderas de Dana se levantaron automáticamente, y para

asegurarse de que se quedaban allí, Jared las sujetó mientras la devoraba íntimamente. La oyó gemir con cada empuje de su lengua. Probó su calor, su fuego y su pasión.

-Jared!

Rápidamente Jared se apartó y se puso encima de ella. La besó en el mismo momento que entró en ella con un empuje suave. Ella le dio la bienvenida en su cuerpo. Él se empezó a mover, haciendo sus empujes más fuertes y profundos, con un solo pensamiento en mente: no guardarse nada, compartir todo con ella y afrontar las consecuencias luego.

Y cuando el cuerpo de Dana explotó en un millón de partículas debajo de él y la llevó a la cima del placer en una espiral de sensaciones, él dejó de besarla y hundió la cara en el cuello de ella. Y la besó allí. La marcó. Y siguió llevándola al punto más alto con empujes regulares que demostraban su posesión.

Esa misma explosión lo sorprendió a él. Gritó su nombre mientras su cuerpo se agitaba con la magnitud de un terremoto, la fuerza de un huracán y el efecto de una tormenta de relámpagos. Había encontrado un intenso placer en su cuerpo, demasiado magnífico como para medirlo, demasiado extático para describirlo.

Y supo, cuando la tierra finalmente dejó de dar vueltas, y cuando se relajó su cuerpo, agotado y sintiéndose en una nube, que aquélla era una experiencia que no había compartido con ninguna mujer.

Y, en ese momento, Jared se dio cuenta de que apartarse de ella sería lo más duro que tuviese que hacer en su vida.

Poco después de medianoche, Jared, descalzo, estaba apoyado en la baranda del balcón. El incesante golpe de las olas contra la orilla, emulaba los latidos de su corazón y la irregularidad de su respiración.

Tenía sensaciones que jamás había sentido, y que provenían de distintas direcciones. Dejó escapar un largo suspiro, intentando reprimirlas. Pero era inútil. Ninguna mujer lo había conmovido tanto como Dana aquella noche, y no había sido todo físico.

Habían hecho el amor toda la noche, una y otra vez. Había compartido mucho más que su cuerpo con ella. Había compartido su alma. Era como si ella se hubiera metido dentro de su corazón y estuviera allí agazapada todavía.

Después de hacerle el amor la última vez, había permanecido tumbado, despierto mientras ella se había dormido a su lado. Él había suspirado de satisfacción durante un rato después de aquello. Cuando la miraba, se sentía conmovido por lo pacífica que parecía. Luchando con sentimientos que le resultaban ajenos a él, se había levantado y se había puesto los pantalones. Antes de salir de la habitación había

mirado desde el quicio de la puerta. La luz de la luna iluminaba el cuerpo de Dana, acurrucada en su cama, su cuerpo desnudo apenas cubierto mientras dormía. Sus pechos firmes lo habían tentado otra vez.

Jared dejó escapar un suspiro, tratando de que sus pensamientos volvieran al presente. Con Dana había encontrado una absoluta satisfacción. Daba igual la cantidad de mujeres con las que se hubiera acostado, o con las que pudiera acostarse en el futuro. Sólo en sus brazos podía encontrar aquella sensación de plenitud.

Jared se dio la vuelta, intuyendo la presencia de Dana inmediatamente. Sintió un nudo en la garganta al ver que llevaba puesta la camisa de él, que apenas la cubría.

Se miraron un momento. Y luego ella dijo suavemente:

-Me he despertado y he pensado que me sentía sola en la cama sin ti.

Jared no quiso decirle que el motivo por el que se había levantado había sido que necesitaba distanciarse de ella. Necesitaba aclararse los pensamientos. Hacer el amor con ella había sido una bomba.

-Quería oír el sonido del océano -mintió Jared. Respiró y agregó-: Pero, ¿sabes qué es lo que más quiero hacer?

-No, ¿qué?

-Hacerte el amor otra vez.

Una parte de él hubiera querido reunir fuerzas para decirle que durmieran el resto de la noche separados. Se estaban metiendo en algo con lo que no habían contado. Y que decididamente él no quería. Pero cuando ella se fue acercando a él, lo único que pudo hacer fue abrir los brazos.

Jared la abrazó. Sintió que la fuerza de voluntad que había estado intentando recuperar, se le escapaba, y la apretó contra su cuerpo. Ella le rodeó los brazos y se quedaron un momento así, cuerpo contra cuerpo, alma con alma. Y pareció que sus curvas se amoldaban perfectamente a su cuerpo musculoso.

Y entonces la alzó en brazos y con paso rápido la llevó a la cama. Jared se inclinó y la besó. Fue un beso apasionado, profundo, sensual y exigía total entrega. Los gemidos de placer de Dana hicieron que él se tensara de excitación.

La soltó para quitarle la camisa, y luego se quitó los pantalones. Después de tomarse el tiempo para ponerse protección, la abrazó otra vez. Ella susurró su nombre, y Jared quiso demostrarle desesperadamente con su cuerpo lo que ella provocaba en él y cuánto la deseaba.

Y el saber que su deseo era igualado por el de

Dana, no hacía más que aumentar su pasión. Y se decidió a pasar la noche haciendo el amor con aquella mujer, que se había abierto paso hasta su alma.

Pero él no podía dejar que ella se instalara en su corazón, pensó cuando empezó a besarla.

Capítulo Nueve

-Gracias por estar aquí, Dana.

Dana sonrió a Jared cuando éste le agarró la mano y se la apretó suavemente, mientras se sentaban uno al lado del otro en la sala de espera del hospital.

Ella sabía que estaba preocupado por el resultado de la operación de su madre.

-No tienes que agradecérmelo, Jared. Yo he querido estar aquí.

Ella miró el reloj de la pared. Los médicos les habían dicho que la operación no duraría mucho tiempo, y que el médico saldría a hablar con la familia cuando terminasen.

El hermano menor de Jared, Reggie, había acompañado al señor Westmoreland al bar a tomar un café. Y sus otros hermanos llamaban constantemente a su teléfono móvil para estar al tanto de la operación. Su tía y su tío estaban allí y varios de sus primos con sus esposas. La familia Westmoreland estaba muy unida, obviamente. Ella los admiraba por ello.

-¿Quieres que te traiga algo? -le ofreció Dana.

-No, gracias -él sonrió-. Estoy bien. Lo que quiero de verdad, es algo que no puedo tener ahora -sonrió picaramente-. Pero puede ser después.

Dana sintió que se apoderaba de ella un calor interior y que se ponía roja. Esperaba que nadie lo notase. Desde que habían estado en Jekyll Island habían empezado a pasar más tiempo juntos. Habían cenado en casa de Jared y habían salido a cenar fuera un par de veces aquella semana, habían visto varias películas y habían ido a celebrar el cumpleaños de Thorn a Chase's Place.

Y cada vez que hacían el amor era mejor que la anterior. Las noches en que él se había quedado a dormir, a ella le había gustado despertarse en sus brazos. Nunca había tenido que lamentar nada. Todo era satisfacción. La intimidad que habían compartido era tangible, y tan profunda que ella había llorado varias veces de emoción.

Aquella noche iba a volver a cenar en casa de Jared y le apetecía sinceramente. Dana esperaba que tuvieran motivos para celebrar, y tenía esperanzas de que todo saliera bien.

Intentó distraer a Jared con cualquier conversación, aunque sabía que él, como todos los demás, miraba constantemente el reloj. Su padre había vuelto y estaba caminando de un lado a otro de la sala de espera.

Todos miraron al médico cuando éste entró en la sala.

Jared y su padre corrieron hacia él.

-¿Cómo está ella? -preguntó el señor Westmoreland con voz temblorosa.

El doctor Miller sonrió y palmeó el hombro del señor Westmoreland.

-Está bien. Y los análisis del laboratorio confirman que el bulto no era más que un tejido adiposo. Sarah se encuentra bien, y cuando se le pase el efecto de la anestesia podrá marcharse. Claro que la semana próxima tendrá que venir a la consulta para controlar su evolución.

James Westmoreland suspiró de alivio y Dana vio la alegría en todos los demás.

-Gracias, doctor Miller.

-De nada -el médico miró a Jared y a sus primos-. ¿Cuál de ustedes es el que se ha comprometido?

-Yo. ¿Por qué?

-Porque es de lo único que ha hablado su madre, desde que salió en silla de ruedas hacia la sala de operaciones hasta un segundo antes de la anestesia. Está muy contenta, y está ansiosa por empezar a planear la boda. Enhorabuena —el médico se dio la vuelta y salió de la sala de espera.

Jared miró a Dana. Sus dedos apretaron el bolso. Fue un gesto inconsciente que sólo él notó. Ella había aceptado seguir dos semanas más con la farsa. Pero Jared comprendía que sintiera un peso. Él también lo sentía.

Miró su rostro. Sabía que aún después de que terminase su «compromiso» permanecerían sus recuerdos. No lo abandonarían nunca.

Suspiró profundamente mientras atravesaba la habitación hacia donde estaba Dana de pie. Necesitaba el contacto con ella. Su cercanía.

-Mi madre está bien -dijo. Ella sonrió.

-Eso he oído. Me alegro -respondió ella tan suavemente que apenas se la escuchó.

Movido por la alegría de que su madre estuviera bien y porque tenía ganas de probar los labios de Dana, Jared la besó.

-Si seguís así, se cumplirá la predicción de tu madre -dijo James riendo, de pie junto a su hijo mayor.

-¿Y cuál es?

-Que habrá otra boda en la familia Westmoreland antes del verano.

Dana se había enamorado de la casa de Jared desde que la había visto hacía dos semanas.

Era una casa de dos plantas, en uno de los barrios más caros de Atlanta.

Todas las habitaciones eran bonitas, incluida la sala de proyecciones.

Tenía cinco habitaciones, seis cuartos de baño, y una gran cocina de campo, un salón y un comedor, así como un comedor de a diario. Hasta tenía un garaje para cuatro coches. Y había descubierto que era dueño de una moto. Jared le había explicado que todos los hombres de la familia tenían una ThornByrd, la marca de motos que fabricaba su primo Thorn.

La casa, pensó Dana, era como el dueño: grande, interesante, fascinante.

-Ponte cómoda -le dijo Jared.

Habían pasado la mayor parte del día en casa de sus padres, después de que le hubieran dado el alta a su madre. Jared había llamado a sus hermanos y les había dado la buena noticia y les había dicho que su madre estaba bien.

-¿Necesitas que te ayude? -preguntó Dana, sentándose frente a la barra de la cocina.

Lo observó moverse eficientemente en la cocina.

-No. Vamos a comer algo ligero y sencillo.

-Mmmm... Déjame que adivine, ¿perritos calientes y limonada?

-No, es algo más sustancioso que eso. De hecho, es una de las pocas recetas secretas de la familia Westmoreland que Chase quiere compartir: pollo a la cacerola. Lo he preparado esta mañana antes de marcharme al hospital. Así que lo único que hay que hacer es calentarlo. También voy a preparar una ensalada para acompañarlo. Y he pensado que una copa de vino nos sentaría bien.

Dana lo vio sacar una fuente del frigorífico y meterla en el microondas. Luego sacó los ingredientes de la ensalada.

-¿Estás seguro de que no quieres que te ayude? La última vez que había cenado con él allí, había pedido la comida a un servicio de comidas preparadas.

Él la miró y sonrió.

-No. Ya has hecho demasiado. Realmente te agradezco haberte tomado el día en el trabajo y haber venido al hospital. Ha sido muy importante para mí, y sé que para mi familia también, sobre todo para mi madre. ¡Estoy tan contento de que las pruebas hayan salido bien! En cierto modo, me había preparado para lo peor.

Dana sintió el tono angustiado de su voz e inmediatamente se levantó y se paró frente a él. Puso una mano en su brazo.

-Pero como has dicho, Jared, los resultados han sido buenos y eso es lo importante. Y ella está bien.

Jared asintió. Luego hubo un silencio entre ellos. La miró. La

atmósfera se cargó de deseo. La deseaba. Siempre la deseaba.

Recordaba todos los detalles de cuando habían hecho el amor la noche anterior. Habían vuelto del cine y en cuanto habían cerrado la puerta, el deseo se había apoderado de él. La había levantado en brazos y la había llevado a su habitación. La había desnudado y luego se había quitado rápidamente la ropa, y con apenas tiempo de ponerse el preservativo, le había hecho el amor.

Extendió un brazo hacia ella en el mismo momento en que sonó el microondas.

-Creo que es hora de comer -dijo él, respirando profundamente.

Ella Sonrió.

-Sí, supongo que sí.

-¿Vas a venir a nadar conmigo? -preguntó Jared más tarde cuando habían terminado de cenar, y de recoger.

Ella se sonrió.

-¿Y quién te ha dicho que sé nadar?

-Simplemente, me he imaginado que sabrías nadar, y si no sabes, yo te enseñaré.

-¿Eres un experto nadador?

-No lo hago mal.

Dana pensó que si nadaba con la misma maestría con que hacía el amor, debía de ser muy bueno.

-Sé nadar. Mis padres quisieron que aprendiese a los cuatro años. Vivir en la Costa Este, tan cerca del océano, supone aprender a nadar cuanto antes

-Dana lo miró-: Pero hay un pequeño problema.

-¿Cuál?

-No he traído traje de baño.

-Eso no es problema. Estoy seguro de que aquí habrá alguno que te quede bien.

-No te preocupes —le dijo ella con un brillo de decepción en los ojos.

Inmediatamente, Jared se dio cuenta de qué le había molestado a Dana.

-Es un traje de baño que se dejó Delaney, Dana. Solía dejar varios aquí por si venía y quería nadar-tiró de ella hacia él-. Nunca he nadado con una mujer en esta casa -susurró.

Nunca le había explicado a ninguna mujer su vida personal, pero por alguna razón sintió necesidad de hacerlo.

Dana se regañó internamente por sentirse molesta. Él no tenía por qué explicarle nada.

-Lo siento. No tengo derecho a recriminarte algo así, Jared. Lo que

haces no es asunto mío.

-No hace falta que te disculpes -le dijo él después de mirarla a los ojos un rato. Le dio un suave beso en los labios. Luego la besó más profundamente y cuando dejó de besarla, dijo-: Bañémonos desnudos.

-Sí, pero hay otro problema.

-¿Cuál?

-Nunca he nadado desnuda.

-Siempre hay una primera vez. Venga, vayamos a bañarnos.

Cuando empezaron a caminar, Jared le rodeó los hombros con el brazo y la llevó a la zona donde estaba la piscina.

Dana olió el cloro al entrar en un pasaje que conducía a la piscina. Jared extendió la mano y encendió una luz que iluminó una zona llena de plantas. Decir que la piscina era impresionante hubiera sido desmerecerla. Estaba rodeada en la intimidad de unos muros con ladrillo a la vista y tenía un cielo raso de cristal en forma de bóveda. Definitivamente aquel lugar era un paraíso para un nadador.

Dana sonrió cuando dejaron de caminar y ella miró hacia el cielo y vio cómo se reflejaban las estrellas y la luna en la piscina.

-¿Y? ¿Prefieres un traje de baño o prefieres no ponértelo?

Ella sonrió picaramente.

-Creo que me voy a sentir más cómoda con un traje de baño.

Él la observó y se preguntó si aquélla era la misma mujer que había jugado a un escondite tan inquietante aquel fin de semana. Había sido muy apasionada. Y ahora parecía que se ponía tímida.

Pero él estaba seguro de que unos cuantos besos le quitarían parte del pudor.

-Pero te advierto que pienso quitarte el traje de baño en la primera oportunidad que tenga -susurró él, inclinándose y agarrando el lóbulo de su oreja con la boca y succionando suavemente.

Dana suspiró y cerró los ojos. Era una suerte que él la estuviera sujetando por la cintura, porque si no, se habría derretido.

-Me he imaginado que intentarías hacer algo así.

Jared le tomó la mano y la llevó hacia una zona rodeada de palmeras.

-Al menos, te lo he advertido... La llevó a una habitación grande que parecía un vestuario.

-Puedes cambiarte aquí -sonrió Jared-. Las toallas están en ese armario y en ese cajón hay un traje de baño que puede valerte.

-¿Y tú?

Jared sonrió picaramente.

-Yo no tengo problema en nadar desnudo, Dana.

Dicho esto, se dio la vuelta y la dejó sola en la habitación.

Dana se desabrochó nerviosamente los botones de la blusa y se la quitó. Miró alrededor. Las paredes estaban cubiertas de espejos. Le hizo gracia verse desnuda en todos ellos. Luego vio un sofá cama a un lado y no quiso imaginarse a Jared en ella con alguna mujer haciendo el amor y reflejándose desnudos en los espejos. Él le había dicho que no había ido ninguna mujer a nadar a su casa, pero eso no quería decir que ninguna mujer hubiera estado con él en esa habitación. Pero ése no era asunto suyo, como le había dicho anteriormente a Jared. Pero la parte de ella que lo amaba sintió pena ante la idea de otra mujer.

Dejó escapar un largo suspiro y se quitó la falda. Intentó desviar sus pensamientos a otros temas. La cena había estado deliciosa y el vino perfecto.

Era evidente que el resultado de la operación de su madre le había quitado un peso de encima a Jared. Estaba más relajado. Estar a su lado la hacía sentir cosas. Cada vez que le sonreía, ella se derretía. Yesos ojos con ese brillo de inteligencia y agudeza la sobresaltaban. Jared era el primer hijo de sus padres, pero no parecía ser el heredero indiscutible. Todo lo que Jared tenía se lo había ganado con su trabajo. Se merecía todo lo que había conseguido, porque era un hombre excepcional. Era decidido y feroz, pero a la vez tenía una amabilidad innata que a ella la enternecía.

Jared era el hombre al que amaría el resto de su vida.

Suspiró mientras se recogía el pelo. No podía lamentarse de nada. Y no debía regodearse en la imposibilidad de un futuro con Jared.

Momentos más tarde se miró en el espejo. Jared no le había dicho nada de que el traje de baño fuera un bikini. Parecía nuevo y le quedaba muy bien, aunque mostraba más carne de lo que hubiera deseado. Jared la había visto desnuda varias veces desde el fin de semana que habían pasado juntos, pero por alguna razón sentía pudor.

Tal vez fuera porque cada vez que lo miraba veía deseo en sus ojos. Y la advertencia que le había hecho de que no iba a tardar en quitarle el traje de baño le daba escalofríos recordarla. No dudaba que ésa fuera su intención.

Dana agarró una toalla y se envolvió con ella alrededor de la cintura. Tomó aliento y salió del vestuario.

Lo primero que notó fue que Jared había bajado las luces. Lo segundo, que él ya estaba en el agua, de pie en la parte baja, apoyado en la pared de la piscina. La idea de que estaba completamente desnudo la excitaba. Tenía un cuerpo musculoso, firme, y cada vez que entraba en contacto con él, ardía de pasión.

-Quítate la toalla, Dana.

Dana caminó hasta el borde de la piscina y la miró.

-¿Y si no me la quito? -lo miró a los ojos. Una sonrisa se dibujó en las comisuras de los labios de Jared.

-Entonces es posible que salga de la piscina y te la quite yo. Y ya que te quito la toalla, tal vez te quite todo lo demás.

-Mmm... Es una amenaza muy tentadora... Jared nadó hasta donde estaba ella.

-No es una amenaza, Dana. Es una promesa.

Ella dio un paso atrás cuando lo vio salir del agua, desnudo. Se dio cuenta de que tenía puesto un preservativo, dejando muy claro qué pensaba hacer. Chorreando agua, se paró delante de ella. Se inclinó y la besó tiernamente mientras le desataba la toalla con la punta del dedo. Ella notó que se caía al suelo, pero él seguía besándola, así que apenas le dio importancia. Además, no le importaba que él llevase a cabo sus amenazas en aquel momento.

-Estás muy guapa -le dijo él sensualmente-. Pero no llevarás este traje de baño por mucho tiempo...

Movió la muñeca y le quitó la parte de arriba del su bikini. Luego se inclinó y le acarició los hombros con la punta de la lengua. Le dio pequeños besos en el cuello, y luego se deslizó hasta sus pechos. Los tomó en su boca de uno en uno.

Cuando ella empezó a estremecerse, él fue bajando lentamente, se puso delante de ella y le quitó la parte de abajo del bikini.

-Tu cuerpo me deja sin respiración, Dana -dijo Jared mientras le daba besos en el vientre-. Y tu fragancia me vuelve loco -se movió hacia abajo y sujetó sus caderas. La miró y vio que ella lo estaba observando, mientras agarraba sus anchos hombros-. Me encanta besarte toda...

Jared sintió un estremecimiento en todo su cuerpo femenino.

-Pero sobre todo me encanta besarte aquí -dijo Jared.

La oyó gemir cuando su boca se cerró en su parte más íntima. Estaba caliente y húmeda. Su lengua empezó a acariciarla lentamente y a saborearla completamente. Cuando ella se arqueó contra su boca, él se movió con insistencia, goloso, posesivo.

-Jared! -gritó su nombre ella.

La sintió explotar contra su boca, con cada una de sus terminaciones nerviosas. Él no pararía hasta que terminasen sus últimos temblores, hasta verla totalmente derretida y entregada a su placer. De pie, la estrechó en sus brazos y la abrazó fuertemente. Luego la llevó a un banco y la abrazó. La puso en su regazo y la apretó contra su cuerpo.

-Eres increíble, Jared -susurró ella en un medio suspiro, con los ojos casi cerrados. El sonrió.

-¿Eso es algo bueno o malo?

-Mmm... Supongo que es algo bueno. Él se rió.

-¿Sólo lo supones? ¿No estás segura? Ella le rodeó el cuello con las manos.

-Dame unos segundos para recuperarme y te lo diré con seguridad.

-No te daré unos segundos, cariño. Te deseo demasiado -y la volvió a besar.

Sus labios estaban hambrientos, su lengua caliente. El cuerpo de Dana respondió inmediatamente y empezó a excitarse otra vez.

-Ven, vamos a nadar un poco. Él se puso de pie con ella en brazos y caminó hacia la piscina.

-El agua tiene la temperatura controlada, así que está tibia.

Se metieron en la piscina. Nadaron en ambas direcciones. Cuando llegaron a uno de los bordes él tiró de ella y la abrazó. La besó y la acarició toda, hasta volverla loca.

Ella gimió su nombre cuando él deslizó un dedo dentro de ella, y la acarició.

-Envuélveme con tus piernas -le ordenó.

Ella lo miró. Le rodeó el cuello con los brazos y él la colocó donde quería que estuviera. Y entonces se deslizó dentro de ella, y descubrió que estaba caliente y húmeda todavía.

Se internó en ella, profundamente.

-Esto es el paraíso -le dijo Jared.

Y empezó a moverse dentro de ella, haciéndole el amor, dando y compartiendo.

El agua golpeaba contra sus pieles, sacudiendo su pasión, absorbiendo el calor de sus cuerpos desnudos, llevándolos hacia la fiebre de la cima.

La experiencia fue intensa, estremecedora. A Dana le afectó tanto física como mentalmente. Fue una experiencia sexual que llegó tanto a su físico como a su alma. Y cuando Jared aumentó su ritmo, ella se apretó contra él y se entregó a una espiral de placer que sólo podía terminar en un punto. Cada empuje la llevaba más y más alto. Le clavó los dedos en la espalda cuando no pudo más y llegó sin remedio a la cima del placer.

Jared dejó escapar un gemido gutural cuando sintió el estremecimiento de Dana y notó que sus caderas se movían contra su masculinidad, empujándolo más profundamente dentro de ella. Y entonces Jared se desató. Perdió totalmente el control y con un último empuje se desintegró. Ese último empuje los conectó de un modo especial, haciendo que compartieran las sensaciones simultáneamente. La sangre galopaba en sus oídos y su nombre tembló en los labios de Jared al mismo tiempo que su cuerpo se agitaba, liberándose de la

tensión acumulada de una forma tan intensa que lo dejó perplejo.

Sintió que Dana temblaba, su respuesta fue desinhibida, total, completa.

Él la abrazó fuertemente, y se entregó a la multitud de sentimientos que los unía. Ella era suya.

Capítulo Diez

-Quiero que vuelva mi esposa, Jared. No quiere verme ni hablar conmigo. ¿Qué me aconsejas que haga?

Jared suspiró profundamente. Era difícil contestar a algo así, cuando él mismo no sabía cómo manejar su vida sentimental.

Habían pasado dos semanas desde la operación de su madre, y aquella noche era la fiesta de aniversario de Thorn y Tara. Y el acto final en el que actuarían Dana y él como pareja.

Se suponía que esa noche romperían su compromiso.

-Jared, ¿me estás escuchando?

Jared volvió a mirar a su cliente. Evidentemente, Sylvester pensaba que él tenía todas las respuestas. Lo que era un error. Él se dedicaba a terminar con los matrimonios, no a unirlos.

-¿Has intentado rogarle?

La última vez que había hablado con el abogado de Jackie, éste le había dicho que su cliente quería divorciarse. Que no quería seguir casada con un hombre que la había acusado de infiel.

-Te hablo en serio, Jared.

-Y yo también. Ella no quiere saber nada de reconciliación.

-No puedo perderla. La amo, Jared. Y haré lo que esté a mi alcance para salvar mi matrimonio. Estaba equivocado. Sabía que era una buena mujer, y sin embargo, pensé lo peor de ella. No podía creer que alguien pudiera amarme completamente, y con devoción.

Era extraño ver a Sylvester en aquel estado por una mujer. En el pasado, no había tenido ningún problema en terminar un matrimonio rápidamente.

«El amor. ¡Qué increíble!», pensó Jared.

Aquella palabra le trajo a Dana a la memoria. Lo que sentía por ella era deseo, lascivia. Sin embargo, otras veces no había tenido problema en desenredarse cuando una relación se empezaba a poner pegajosa.

Pero con Dana... Aunque la relación se estaba volviendo pegajosa...

Indudablemente era hora de cortar, sin lamentos.

-¿No puedes hacer nada, Jared?

Sylvester lo sobresaltó.

-Es posible. Intentaré que Jackie y tú tengáis un encuentro en privado, sin su abogado y sin mí. No puedo prometerte nada, pero lo intentaré. Una vez que estéis solos, está de tu mano convencerla de que te perdone.

Notó el brillo de esperanza en los ojos de Sylvester. Evidentemente,

el hombre amaba profundamente a su esposa.

-¿Estás bien, Dana? -preguntó Cybil estudiando la cara de su amiga.

Dana levantó la cabeza de los papeles de su escritorio e intentó sonreír.

-Sí, estoy bien -rápidamente desvió la mirada, sabiendo que no podía ocultar sus sentimientos a Cybil.

-Si estás bien, entonces, ¿por qué has estado llorando?

Dana volvió a mirar los papeles.

-¿Quién te ha dicho que he estado llorando?

-Yo -contestó Cybil. Al ver que Dana no decía nada, agregó-: Yo no quería que te hicieran daño. Dana se levantó y fue hacia la ventana.

-No me han herido. He disfrutado de cada uno de los momentos que he pasado con Jared.

-Y te has enamorado perdidamente de él -comentó Cybil lo obvio.

-Sí. Me he enamorado de él. No he querido que sucediera, pero ha sucedido. Amo a Jared con toda mi alma, y no lo lamento.

-De acuerdo. ¿Y ahora qué? -Cybil caminó hacia ella y se puso delante. Dana desvió la mirada.

-Ahora hemos llegado al fin de la historia. Esta noche se termina todo, y mañana vuelvo a ser una mujer sin compromiso -un profundo dolor se instaló en su corazón.

¿Cómo iba a poder volver a la soledad de su vida después de conocer a Jared? Y no sólo se trataba de Jared. También echaría de menos a la familia Westmoreland. Ellos habían llenado un vacío en su vida del que no había tenido consciencia, la necesidad de tener una familia.

-Ben y yo vamos a ir a las Islas Amelia por la mañana para jugar un partido de tenis. Ven con nosotros.

Dana sonrió.

-No te preocupes. Sobreviviré -rió forzadamente—. No será el primer compromiso que se rompe -dijo en broma.

-Pero será el único que te importe, sea o no ficticio.

Dana asintió. :

-Sí, será el que de verdad importa.

-¿Y podrás soportar las preguntas que te hagan los de la oficina el lunes? ¿Las especulaciones? ¿El cotilleo?

Dana respiró profundamente.

-Estaré preparada para lo que sea, Cybil.

Pero supo al decirlo, que mentía.

-Tengo la impresión de que no estás de buen humor esta noche.

Jared sonrió forzadamente a su primo Storm y bebió el ponche que tenía en las manos.

-Si tú lo dices...
-Siempre he oído decir que, si quieres una respuesta directa, no le preguntes a un abogado -se rió Storm.
-Sí, eso dicen -respondió Jared, y volvió a beber.
Jared miró alrededor, y vio a toda la gente que había ido a celebrar el aniversario de Thorn y Tara. Aun después de un año de su boda, le parecía raro que Thorn se hubiera casado. Jared había pensado que no habría mujer sobre la tierra que pudiera aguantar el temperamento de Thorn Westmoreland. Evidentemente, se había equivocado. Tara parecía manejar muy bien a su primo. Y era evidente que estaban muy enamorados.
La boda de Storm, hacía seis meses, también había sido una sorpresa. El soltero más codiciado de Atlanta, el que había jurado que jamás se casaría, ahora estaba felizmente casado y con mellizos en camino.
-¿Qué sucedió? -le preguntó a Storm.
-¿Qué sucedió con qué? -preguntó Storm alzando una ceja.
-Contigo y el matrimonio. Habías jurado no casarte ni enamorarte, pero lo hiciste y quiero saber qué pasó.
Storm sonrió.
-Como estás comprometido para casarte, no entiendo por qué me haces este examen. Pero, por si todavía no lo entiendes, o quieres analizarlo con lógica, la respuesta es muy sencilla. Lo que sucedió fue el amor. Conocí a una mujer sin la que no podía vivir. Al principio creí que era algo físico solamente, puesto que había una fuerte atracción entre nosotros, pero luego descubrí que había algo más. Me gustaba estar con ella, ir a sitios en su compañía, ver su sonrisa, y compartir pensamientos con ella... Yo sentía que era diferente a otras mujeres que había conocido...
Storm se rió antes de continuar:
-Me llevó tiempo darme cuenta de mis sentimientos, pero cuando lo hice, supe lo que quería y a quién quería. Y también supe lo que podía perder si no aceptaba la verdad y actuaba de acuerdo a esos sentimientos. Necesitaba a Jayla en mi vida, como parte de mi vida, tanto como necesitaba respirar.
Jared miró a Storm con cara de preocupación.
-Eras vulnerable. Storm agitó la cabeza.
-Ese es un punto de vista subjetivo, pero equivocado, Jared. Yo estaba enamorado. Estaba tan profundamente enamorado que no podía alejarme. Jayla le había dado sentido a mi vida, pero desde mi punto de vista, Dana ha hecho lo mismo con la tuya. Se nota cuando se os ve juntos. Nunca te he visto tan atento con ninguna mujer. Durante los

últimos diez minutos has estado inquieto, esperando que vuelva con Tara de ver la casa. La amas, hombre. Yo pensé que a mí me había dado fuerte, ¡pero a ti te ha dado peor! ¡Estás peor que Thorn! ¡Y él ni siquiera sabía que estaba enamorado de Tara hasta que casi fue tarde!

Jared tomó otro sorbo. Se preguntó qué diría su primo si supiera que estaba equivocado, que él no estaba enamorado de Dana, y que todo el compromiso había sido una farsa.

Antes de contestarle, apareció Dana, y todo se le borró de la mente. Tara y Thorn se habían hecho construir la casa y se habían mudado hacía pocos meses. Era una bonita casa, situada en las afueras de la ciudad en un terreno que había sido de la familia Westmoreland desde hacía varias generaciones.

-Bueno, aquí está tu chica, Jared. Y si eres tan listo como creo, estoy seguro de que se desvanecerán tus dudas. Dana es un tesoro que merece tenerse. Si yo estuviera en tu lugar, daría un paso más. No me quedaría conforme con ponerle un anillo en el dedo. La haría oficialmente mía cuanto antes.

-¿Y qué me dices del riesgo?

-¿Qué riesgo?

-De divorcio.

Storm agitó la cabeza.

-Llevas muchos casos de divorcio, Jared. Cuando uno está enamorado, no piensa en el fracaso. Sólo piensas en el éxito y la prosperidad. La vida está llena de riesgos. Cada vez que dejo la estación de los bomberos y voy a luchar contra el fuego me enfrento a un riesgo. No tienes que regodearte en lo malo que pueda pasar, y debes aceptar que hay algunos riesgos que hay que asumir. Tú tienes que creer que es para siempre -Storm dejó el vaso de vino en una mesa que había junto a él-. Creo que voy a ir a ver a mi esposa y le voy a dar un enorme beso...

-¿Por qué? -preguntó Jared.

-Por ninguna razón en especial. Porque sí.

Jared observó alejarse a Storm antes de volver la atención a Dana. Ella lo miró y sonrió. Jared le devolvió la sonrisa y luego suspiró profundamente, y pensó en lo bien que parecían las cosas en aquel momento. Dana se llevaba bien con su familia. Parecía parte de ella.

Siguió observando. Y de pronto se dio cuenta de que todo lo que había dicho Storm era verdad. Aunque quisiera negarlo y lo hubiera negado, la verdad estaba muy clara. Estaba enamorado. Quería que Dana fuera parte de su vida.

Quería, que estuviera siempre a su lado.

¿Cuántas veces se había recordado que su compromiso con ella era

sólo ficticio, que daba igual cuánto disfrutase de estar con ella, que iba a llegar el final, y que él volvería a salir con mujeres que no buscaban un compromiso? Pero todo el tiempo había sabido que su vida estaría vacía sin Dana.

¿Cuántas veces había añorado que las cosas siguieran como estaban, pero se había convencido de que él no necesitaba una mujer en su vida, que había visto el lado feo del matrimonio y que no quería asumir ese riesgo? Pero Storm tenía razón. Había algunos riesgos que valía la pena asumir.

La idea de Dana con otro hombre, compartiendo lo que había compartido con él, le resultaba insoportable. Cuando él se había metido en aquella representación, no había tenido intención de bajar la guardia. Pero la había bajado. Y ella se había abierto paso en su corazón fácilmente. Él había intentado resistirse, tratando de convencerse de que lo que sentía por ella era sólo lascivia, pero sabía que no. Que lo que sentía por ella era amor. Y si era sincero, hasta podía admitir que se había enamorado de ella el mismo día que Dana había aparecido en su despacho. Desde aquel momento la había querido con una pasión desesperada.

Se preguntaba qué querría Dana. ¿Sentiría algo por él? ¿Habría alguna posibilidad de que ella lo amase?

Sólo había una forma de saberlo. Si lo amaba, todo sería más fácil. Si no, haría lo que le había aconsejado a Sylvester: le rogaría, porque no tenía intención de dejarla escapar. Haría cualquier cosa por ganarse el corazón de Dana para siempre, ya fuese con la razón o con la seducción.

Dana no tuvo que preguntarle a Jared si quería entrar en su casa esa noche cuando la acompañó. Ella quería que entrase y esperaba que así lo hiciera. Era su última noche juntos y ella quería un recuerdo más. Además, quería darle el anillo de compromiso.

Cuando había vuelto de ver la casa de Thorn y Tara lo había encontrado diferente. No era nada que pudiera palparse, pero ella lo intuía. Él siempre había sido atento cuando habían estado juntos, pero aquella noche estaba doblemente atento. Y para alguien que se suponía que iba a anunciar al día siguiente a su familia que había roto su compromiso, le pareció poco creíble. Al contrario, parecía un novio solícito que la adoraba. Había estado todo el tiempo dándole besos y agarrándole la mano. Y a la vista de cualquiera habrían parecido una pareja muy enamorada.

Luego lo había sorprendido mirándola varias veces de un modo extraño. Una vez, en un momento en que había estado hablando con Daré, le había agarrado la cara y le había dado un beso delante de toda

la familia. La había besado lentamente, firmemente, antes de susurrarle seductoramente: «Vamonos», al oído.

Así que allí estaban, de vuelta en casa. Cuando Jared cerró la puerta ella se preguntó qué tendría en mente. Pero fuese lo que fuese, ella estaba decidida a no perder la compostura.

-Ha sido una bonita fiesta, ¿verdad? -comentó ella, tratando de iniciar una conversación.

Jared se apoyó en la puerta, sin decir nada, mientras la miraba intensamente.

-Sí, ha sido bonita -contestó.

-Y la motocicleta que Thorn le trajo a Tara es maravillosa. ¡Y pensar que él la ha hecho con sus propias manos! ¡Debe de haberle llevado horas hacerla! Es un regalo muy especial.

-Sí, lo es.

-Es evidente que son felices juntos -agregó Dana, sabiendo que había empezado a divagar-. Se ve que están muy enamorados...

-Sí. De hecho, todos mis primos que se han casado parecen estar enamorados. Ella lo miró.

-¿Y qué me dices de Chase? ¿Crees que seguirá a sus hermanos en el matrimonio?

Jared se apartó de la puerta y se puso frente a ella.

-Sí, pienso que sí, cuando encuentre a la mujer apropiada.

Dana asintió. Se preguntaba si Jared cambiaría de opinión alguna vez acerca del matrimonio y el amor, o si seguiría dejándose influir por su profesión.

Sabiendo que tenía que hacer algo que no podía postergar, Dana extendió la mano y con pulso tembloroso se dispuso a darle el anillo de compromiso.

-Es hora de que te devuelva esto -se lo dio.

-No. Quiero que te lo quedes. Ella pestañeó.

-No puedo hacer eso.

No podía creer que él le sugiriese tal cosa.

-¿Por qué no? Tú querías quedarte con el anillo de Cord.

-Sí, pero para pagar los gastos de la boda. El fingir estar comprometida contigo no me ha costado nada -dijo suavemente.

Sólo le había costado su corazón, pensó Dana.

Él no dijo nada durante un momento y luego la tomó en sus brazos y la abrazó fuertemente. Luego se apartó levemente, y la miró.

Dana notó que la miraba del mismo modo que la había mirado durante la fiesta.

Ella mantuvo su mirada y sintió que un torbellino de emociones se expandía por todo su ser. Cada vez que había pensado en que aquélla

sería la última vez que se vieran, la había invadido una gran desesperación. Pero no quería que la última noche con Jared terminase triste. No había empezado de ese modo, y no quería que terminase así.

Jared se inclinó y la besó. Inmediatamente Dana notó que había algo diferente en aquel beso. Seguía siendo apasionado, pero también tenía una gran ternura que la conmovió profundamente, casi la hizo llorar de emoción. Era como si él estuviera poniendo metódicamente su impronta en ella.

Un momento más tarde, cuando él se apartó, ella tuvo que agarrarle la mano para mantener el equilibrio. El corazón le latía aceleradamente.

-Juguemos a un último juego -susurró él.

-¿Un último juego?

Ella pensó en los dos juegos a que habían jugado. Y se excitó.

Él la miró un momento.

-Sí, juguemos a Verdad o Desafío.

Con un suspiro, Dana se miró las manos, admirando el anillo que él le había puesto nuevamente. Luego alzó la mirada otra vez.

-Hace años que no juego a eso, desde la época del instituto, en que nos quedábamos a dormir en casa de alguna compañera.

-Entonces, ¿sabes cómo se juega, no?

-Sí.

Pero algo le decía que Jared tendría su versión del juego. ¿Qué se atrevería a decir Jared? ¿Y realmente quería ella desnudar su alma y su corazón diciéndole la verdad sobre lo que le preguntase?

Jared la siguió mirando.

-Bien, entonces, empecemos. Tú primero -murmuró Jared.

Dana suspiró profundamente y preguntó:

-¿Verdad o Desafío?

-Verdad -Jared sonrió.

-De acuerdo -respondió Dana. Hizo una pausa, preguntándose qué podía preguntar. Luego decidió hacer preguntas no comprometidas.

-¿Qué es lo que has disfrutado más de la fiesta de Thorn y Tara?

-Estar contigo.

Dana se estremeció al oír su respuesta. No había esperado que dijera eso.

Antes de que ella pudiera recuperarse, Jared preguntó:

-¿Verdad o Desafío?

-Verdad.

-¿Qué te ha gustado más de la fiesta de Thorn y Tara?

Dana suspiró. Había disfrutado de muchas cosas aquella noche, pero sabía qué era lo que más le había gustado.

Lo miró y dijo la verdad:

-El momento en que me has besado delante de todo el mundo.

Ella notó el oscurecimiento de sus ojos y su respiración irregular. Se excitó al verlo. Jared extendió la mano y le tocó la barbilla, y luego su dedo se deslizó al centro de su cuello, donde su pulso estaba latiendo.

-¿Verdad o Desafío? -lo desafió ella otra vez, apenas capaz de pronunciar las palabras.

-Desafío -dijo él sensualmente.

Dana tragó saliva. Jared estaba trazando círculos en su cuello con el dedo, algo que estimulaba tanto su mente como su cuerpo. Aquello sí que era un desafío.

-Te desafío a besarme como si yo fuera la única mujer para ti -dijo Dana.

Se dio cuenta de cómo debía de haber sonado, pero era su desafío y se preguntaba qué haría él al respecto.

Jared sintió que su sexo se tensaba en respuesta al desafío de Dana. Dudaba que ella supiera lo hermosa y sexy que estaba, esperando lo que iba a hacer él. Satisfacer su desafío no era problema para él, puesto que en su mente ella era la única mujer. Pero ella no lo sabía, y tal vez fuera hora de que lo supiera.

Jared extendió la mano y tiró de ella hacia él. La besó con toda la desesperación y necesidad que sentía. La oyó gemir en el momento que su lengua penetró su boca, y mientras la besaba, sintió el escalofrío que la recorría de pies a cabeza. Él la había besado muchas veces, pero ahora la estaba besando como a la mujer que había elegido para pasar el resto de su vida, y él quería expresárselo con su beso.

Había deseado besarla así toda la noche. Aquel beso delante de su familia había sido para ayudarlo a aguantar hasta aquel momento, hasta aquel beso. Su corazón estaba rebosante de amor y su cuerpo lleno de deseo.

Cuando ella le agarró la cabeza para besarlo más, él había deslizado una mano por debajo de la blusa, y había desabrochado el cierre delantero de su sujetador para tocar sus pechos. Sintió que sus puntas se endurecían debajo de sus dedos, y notó la reacción de Dana en el beso. Ella gimió y ese sonido fue como fuego lanzado a su cuerpo masculino. Luego, cuando se hizo necesario respirar, él dejó de besarla lentamente, y se echó hacia atrás.

Dana dejó escapar un gemido de frustración. No quería que dejara de besarla. Gracias a él, ella había descubierto todo el placer que se podía experimentar al hacer el amor.

-¿Verdad o Desafío?

Ella sintió un nudo en el estómago. Se mordió el labio inferior, y lo

miró.

-Desafío.

Él sonrió, aparentemente complacido. Luego dijo.

-Dame tu ropa interior.

Dana pestañeó, y se preguntó si habría oído bien, aunque sabía que sí. La habitación se cargó de electricidad cuando se levantó la falda. Se intensificó el calor en la mirada de Jared y la respiración de Dana se hizo irregular.

Mientras él la miraba, Dana se bajó las braguitas. Se las quitó y se las dio.

-Gracias -dijo Jared cuando las agarró.

Ahora era el turno de ella.

-¿Verdad o Desafío?

-Desafío-contestó Jared.

Un brillo pícaro asomó a los ojos de Dana cuando dijo:

-Dame la tuya.

Jared se rió suavemente mientras se desabrochaba el cinturón. Luego se bajó la cremallera. Dana lo observó quitarse los vaqueros y luego los calzoncillos negros, y respiró profundamente al verlo desnudo de cintura para abajo frente a ella. Desnudo y excitado.

Él le mantuvo la mirada y dijo:

-Verdad o Desafío.

-Desafío -sonrió ella íntimamente.

-Te desafío a que te quites el resto de la ropa.

El corazón de Dana empezó a latir más aceleradamente mientras se desabrochaba la blusa para quitársela. Se desprendió del sujetador que tenía a medio quitar. Luego dejó caer la falda al suelo. Su cuerpo se estremeció al ver la mirada de deseo de Jared.

-¿Verdad o Desafío? -preguntó ella, sintiéndose totalmente expuesta, y sexy a la vez, allí, desmida delante de él.

-Desafío -respondió Jared con voz sensual.

Ella asintió, preguntándose si volverían en algún momento a Verdad, puesto que el Desafío era mucho más divertido. Allí, desnuda en medio del salón de su casa, se sentía caliente, húmeda, lasciva.

-Quítate el resto de la ropa —le dijo ella. Jared no tuvo más que quitarse la camisa y estuvo listo.

-¿Verdad o Desafío? -la desafió Jared con voz se¬ductora mientras la miraba de arriba abajo.

Dana sentía que el cuerpo le ardía en cada lugar que él ponía sus ojos.

-Verdad -respondió ella.

-Ahora que estamos desnudos, ¿qué quieres que hagamos? -

preguntó Jared, quemándola con la mirada.

Ella le sostuvo la mirada. Volvían a la Verdad. Su cuerpo se moría por él. La zona entre sus piernas latía de deseo por él. Y sólo podía pensar en un modo de acabar con su tormento.

-Quiero que me hagas el amor. Aquí. Ahora. Y que no te guardes nada.

Sus palabras fueron tanto una verdad como un desafío, pensó Jared, mientras lo asaltaba un deseo irrefrenable y un amor poderoso. Quería darle todo lo que ella pedía.

Jared tiró de ella y la besó. Se ahogó en la humedad de su boca. Quería tocarla, probarla, marcarla como suya. Y aunque sabía que semejante cosa era imposible, quería seducirla para que lo amase tanto como él la amaba a ella.

Tiró de ella hacia la moqueta y dejó escapar un gruñido de deseo cuando dejó de besarla para devorar el resto de ella. Su lengua estaba caliente y la piel que probó aumentó el hambre que tenía de ella. Dana lo acarició por todas partes, haciéndole saber que sentía la misma necesidad de él. Cuando ella lo tomó en sus manos, y acarició su sexo suave y tibio, él respiró profundamente. Ella estaba ardiendo por él igual que él por ella, con el mismo fuego.

-No más -le dijo él, apartando sus manos.

Inmediatamente cubrió su cuerpo y entró en ella. Se adentró profundamente. Con la respiración irregular, empezó a empujar dentro de ella, mientras la miraba a los ojos, haciéndole el amor como si fuera a acabársele la vida y aquello fuera lo único que pudiera mantenerlo vivo.

Dana siguió el ritmo frenético de Jared, y exhaló con el impacto de cada empuje. La invadió el placer, y la hizo envolverle las caderas con sus piernas y empujó contra él para sentirlo en lo más profundo. Eso era lo que deseaba, y lo había pedido. Y él se lo había dado.

-Jared!

Ella se entregó a él con abandono. De pronto tuvo temblores por todo el cuerpo, de los pies a la cabeza. Un torrente de sensaciones la quemó en el centro de su feminidad, entre sus piernas, donde se unían sus cuerpos. Y cuando él aumentó el ya frenético ritmo, e hizo más profundos sus empujes, ella levantó su cuerpo del suelo, queriendo sentirlo en lo más profundo de su ser.

-¡Dana!

El cuerpo de Jared se estremeció con la fuerza de un orgasmo que lo trasladó a un mundo de éxtasis. Un profundo gruñido de satisfacción se escapó de sus labios, y su cuerpo explotó dentro de ella. Él no había sabido que hacer el amor a una mujer podía ser una experiencia tan

abrumadora, hasta que había hecho el amor con ella. Nunca había hecho el amor tan salvajemente, nunca había deseado que aquel éxtasis no acabase más.

Un momento más tarde, se colapso en el suelo, al lado de ella, y la estrechó en sus brazos, mientras ella yacía inerte, apoyada en su pecho, una vez saciada el hambre que tenían el uno del otro.

-¿Verdad o Desafío? —susurró ella, dándole un beso en el hueco debajo del cuello, y succionándolo.

Jared contuvo la respiración.

-Verdad -dijo, cuando pudo respirar normalmente.

-¿En qué estás pensando? -preguntó ella, alzando la mirada.

-Estoy pensando que lo que acabamos de compartir es impresionante, y que cada vez que hemos hecho el amor ha sido increíble. También pienso que eres hermosa, sexy... Una mujer que todo hombre querría tener. Y que te quiero de todas las maneras que un hombre quiere a una mujer. En la cama y fuera de ella. También estoy pensando que no hemos usado ninguna protección, pero que no me importa, porque no quiero que terminen las cosas entre nosotros esta noche.

Dana acarició el vello de su pecho. ¿Quería decir que la quería como amante, que no tenían que romper su relación aquella noche? Pero, ¿cómo explicaría a su familia que su prometida pasaba a ser sólo una amante? Por otra parte, ella sentía que quería algo más de Jared. Y era mejor rechazar unas migajas ahora que sufrir después.

-¿Verdad o Desafío, Dana? Su pregunta interrumpió sus pensamientos. Lo miró y dijo:

-Verdad.

Él le tomó la mano.

-¿En qué estás pensando?

Ella respiró profundamente y respondió:

-Estoy pensando en que no puedo conformarme con una aventura contigo.

-Eso está bien, porque yo no quiero una aventura.

Cuando vio la cara de confusión de Dana, Jared se incorporó y la estrechó en sus brazos. Luego la besó lentamente en la boca.

Cuando la soltó, dijo:

-Quiero algo más que una aventura, Dana. Quiero que seas la mujer que encuentre al llegar a casa todas las noches.

-No entiendo.

Con un suspiro tembloroso, Jared le aclaró:

-Entonces creo que es mejor dejar a un lado el juego y hablar sólo la verdad -dijo-. Estas últimas seis semanas, fingiendo ser tu prometido, el

hombre con el que te vas a casar, han sido las mejores de mi vida. Y esta noche, cuando me he dado cuenta de que nuestra relación iba a terminar, he tenido que enfrentarme a varias verdades. Una de las cuales ha sido el hecho de que me he enamorado de ti.

Dana pestañeó, en estado de shock.

-¿Te has enamorado de mí? Jared sonrió.

-Sí. Y quiero hacer real nuestro compromiso-dijo, y le acarició la mejilla-. Pero eso depende de lo que tú sientas por mí, Dana.

A Dana se le llenaron los ojos de lágrimas.

-¡Oh, Jared, yo también te amo! ¡Y deseo más que nada en el mundo que nuestro compromiso sea real!

Jared se rió con alegría y alivio y tiró de Dana hasta ponerla en su regazo.

-¡No sabes cuánto me alegro de oírlo! Entonces, Dana Rollins, ¿quieres casarte conmigo? ¿Ser mi esposa, la madre de mis hijos, y el amor de mi vida para siempre?

Jared le tomó la cara en sus manos y continuó:

-¿Quieres que ese anillo que llevas sea el símbolo de mi amor y mi promesa? ¿Y quieres creer que te honraré, te protegeré y te haré feliz?

Los ojos de Dana se llenaron más de lágrimas, y entre lágrimas se le escapó una risa gutural.

-Sí, quiero casarme contigo, Jared, y ser todo eso que has dicho.

Una felicidad imparable se apoderó de Jared.

-¿Sabes que eso significa que los Westmoreland serán tu familia?

-¡Cuánto me alegro! Les había tomado cariño y no quería desprenderme de ellos aunque fuera nuestra última noche juntos...

Jared la abrazó y ella apoyó la cara en su pecho.

-Eres muy hábil en hacer proposiciones seductoras, Jared Westmoreland -dijo ella.

-¿Sí?

-Sí.

-Mmmm... También soy bueno en otras cosas

-agregó Jared.

Ella lo miró y preguntó:

-¿De verdad?

-Sí.

-Demuéstramelo. Te desafío -dijo ella a punto de besarlo.

Jared rodó con ella. Se miraron a los ojos. Y él supo que la amaría el resto de su vida.

Y ésa era la verdad.

Epílogo

Dos meses más tarde...

Como había pronosticado Sarah Westmoreland, hubo otra boda en la familia antes del verano.

Jared bajó los escalones de la iglesia con su esposa de la mano. Ella se apoyó en su pecho cuando los asaltó una lluvia de arroz. Por el rabillo del ojo, Jared vio a sus padres. Había visto que su madre había llorado de la emoción. Era evidente que estaba feliz. Y sabía que ahora pondría la mira en casar a algún otro hijo. Jared se rió, hasta había puesto la mira en su primo Chase. No se salvaría nadie.

Cuando Jared y Dana se sentaron en la limusina, él la abrazó y la besó con todo su amor. Su lengua jugó con el interior de su boca, y él pensó que jamás se cansaría de su sabor.

Su siguiente parada era el salón del Centro Cívico de Atlanta. Se asombraba de que su madre, y su tía Evelyn con la ayuda de su tía Abby de Montana hubieran organizado una boda tan elegante cuando Dana y él habían fijado la fecha.

Jared dejó de besar a Dana y miró su rostro.

-¿Crees que se enfadarán los invitados si le digo al chofer que no vamos a ir a la fiesta, y que vaya directamente al aeropuerto para tomar el vuelo a St. Maarten?

Ella sonrió.

-Creo que sí. Tu madre y tus tías no nos lo perdonarían nunca.

Jared sonrió.

-Tienes razón. Lo menos que podemos hacer es aparecer.

-Estoy de acuerdo.

Jared tiró de ella y la puso en su regazo. No era fácil, debido a su vestido de novia. Era muy bonito, y Dana había estado muy guapa cuando había aparecido en la iglesia y había ido hacia el altar. El marido de su mejor amiga, Ben, había sido el padrino y Cybil había sido su dama de honor. También la habían acompañado al altar Delaney, Shelly, Tara, Madison, Casey y algunas amigas de la universidad de Dana. Jayla había tenido que quedarse al margen porque estaba a punto de dar a luz. Daré había sido el padrino de Jared y sus hermanos y el resto de sus primos habían sido acompañantes en el cortejo.

Sylvester Brewster había querido cantar en la boda como una forma de agradecimiento a Jared por haber posibilitado que su mujer volviera con él. Después de que Jared hubiera arreglado el encuentro entre ellos, ambos habían acordado ir a una terapia de pareja para arreglar su matrimonio. Estaban enamorados, y querían olvidar aquel episodio.

Dana levantó la mano para mirar sus anillos. Luego miró la mano de Jared y observó su alianza, idéntica a la de ella.

Lo miró a los ojos. Lo amaba sin reservas. De pronto se le ocurrió

una idea:

-Esta noche, más tarde, cuando estemos solos, deberíamos jugar a un último juego. Jared alzó una ceja y respondió:

-Creí que Verdad o Desafío era el último juego. Ella agitó la cabeza, sonriendo.

-¿Por qué parar si nos divierte? Y tengo el juego perfecto para nosotros.

Le había picado la curiosidad a Jared.

-De acuerdo. Dana se rió.

-Me he imaginado que querrías jugar.

Y entonces, Dana le agarró la cara y lo besó con toda la pasión que sentía por él, y Jared le devolvió el beso con el mismo ardor. Y ella supo que el día más importante de su vida había sido aquél en que se había transformado en la prometida ficticia de Jared.